



OLIVIA DARCY

Un bebé por
SORPRESA

MONTANA LES DA UNA
SEGUNDA OPORTUNIDAD...
Y UN BEBÉ

UN BEBÉ POR SORPRESA

TENTACIÓN EJECUTIVA
LIBRO 7

OLIVIA DARCY

Copyright © 2026 por Olivia Darcy

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

¡REGALO!

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

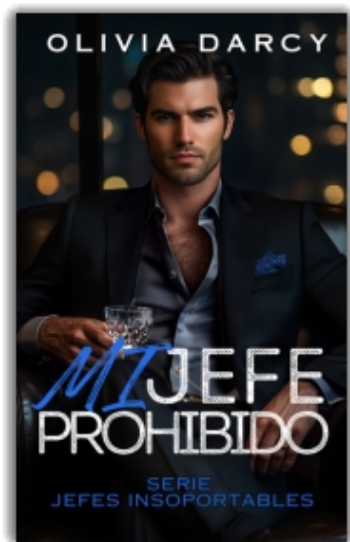
[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[EPÍLOGO](#)

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA!**

ESCANEA EL CÓDIGO QR



O pulsa [AQUÍ](#)

PRÓLOGO

AIDEN

La carretera está vacía a las cinco y media de la mañana.

Solo estamos yo, el asfalto y los pensamientos que no consigo apartar de mi cabeza por mucho que lo intente.

Maya y Matt.

Ayer los vi en el rancho. Con las ecografías extendidas sobre la mesa. Con la mano de Matt en la tripa de mi hermana. Con mi hermana riéndose de algo que él acababa de decir, con una felicidad que se le desbordaba.

Y yo debería estar contento por ellos.

Lo estoy.

Pero también me duele de una forma que no sé cómo explicar.

Porque veo lo que tienen y sé que es justo lo que siempre he querido. Tener a alguien a quien amar así. Alguien por quien levantarme cada mañana con ganas. Alguien a quien cuidar y proteger y hacer feliz.

Una familia propia.

Y la única mujer a la que he querido darle todo eso se marchó hace diez años.

Annie Calloway.

Su nombre me golpea en el pecho cada vez que lo pienso. Los ojos color miel, la risa que hacía callar todo lo demás.

La noche antes de irse le dije que me gustaba.

Como un puto cobarde.

Cuando lo que quería decirle es que la amaba. Que me moría por ella. Que me pasaría el resto de la vida demostrándole lo feliz que podía hacerla si me dejaba intentarlo.

Pero no lo hice.

La dejé ir con un «me gustas» que no significaba nada comparado con lo que sentía de verdad.

Y llevo diez años pagando el precio de esa decisión.

Debería haberla perseguido. Debería haberle dicho que no me importaba el tiempo o la distancia. Que encontraríamos la forma porque lo que sentía era demasiado grande como para dejarlo morir.

Pero tenía dieciocho años y era idiota.

Y ahora tengo veintiocho y sigo siéndolo porque sigo pensando en ella. Diez años después. Como si todavía tuviera alguna oportunidad.

El letrero de Millbrook aparece a mi derecha. Las letras blancas que necesitan una mano de pintura desde hace años.

«Bienvenido a Millbrook. Población: 2.847»

Dos mil ochocientas cuarenta y siete personas.

Y ninguna de ellas es Annie.

Giro hacia la calle principal. El pueblo está dormido todavía. Las tiendas cerradas. Las farolas encendidas. Solo la panadería tiene luz.

Aparco frente a la comisaría. Bajo del coche patrulla. Subo los escalones y abro.

Dentro huele a cerrado y a ese desinfectante que Tommy usa cada noche para limpiar antes de irse. Enciendo las luces.

Llevo media hora en mi despacho revisando el informe del robo en la gasolinera cuando escucho la puerta principal abrirse.

Levanto la vista. Tommy, mi ayudante, debe haber venido a trabajar antes de lo que esperaba.

—¿Tommy?

No contesta.

Escucho pasos rápidos. Nerviosos. Los de alguien con prisa.

Luego la puerta se cierra.

Silencio.

Frunzo el ceño. Dejo el informe sobre el escritorio. Me levanto.

—¿Tommy? ¿Eres tú?

Nada.

Salgo del despacho. El pasillo que lleva a la entrada principal está vacío. La luz del amanecer entra por las ventanas tiñendo todo de naranja.

Lo oigo.

Un llanto. Pequeño, agudo, desesperado.
Me quedo clavado en el sitio.
Camino hacia la entrada. Cada paso hace que ese llanto se vuelva más fuerte. Más claro.
Doblo la esquina.
Y me quedo helado.
Hay una cesta sobre el mostrador de la entrada: de mimbre, antigua, con una manta azul doblada encima.
Y el llanto viene de ahí.
—Joder.
Cruzo la distancia en tres zancadas. Aparto la manta.
Y ahí está.
Un bebé.
No puede tener más de tres meses. Quizá menos. Es tan pequeño que me da miedo tocarlo.
Está envuelto en una manta, con los puños cerrados junto a la cara, los ojos apretados, la boca abierta en un llanto que me está partiendo el pecho.
—Dios mío.
Miro a mi alrededor esperando que aparezca el padre o la madre del niño, pero no hay nadie.
Solo estoy yo. Y este bebé que alguien ha dejado en mi comisaría.
Miro en la cesta. Debajo del bebé hay algo. Un papel doblado.
Lo saco con dedos que tiemblan.
La letra es temblorosa. De alguien que ha escrito esto de prisa.
Sheriff Aiden:
Por favor, cuídalo. Sé que lo harás bien. No puedo quedarme, pero sé que él estará seguro contigo. Confío en ti ya que siempre te preocupas por todos.
Gracias.
Eso es todo.
No hay ni una firma. Ni un nombre. Ni ninguna explicación.
Solo esas palabras que me dejan más anonadado que el bebé que sigue llorando en la cesta.
Confío en ti.

Alguien confía en mí lo suficiente como para dejarme a su hijo.
Y yo no tengo ni idea de qué hacer con él.
No puedo encargarme de un bebé.
Dejo la nota sobre el mostrador. Vuelvo a mirar al bebé.
Sigue llorando. Con una desesperación que me revuelve el estómago.

No puedo dejarlo ahí.
Lo cojo. Con mucho cuidado. Es tan jodidamente pequeño.
Lo sostengo contra mi pecho, torpemente, sin saber muy bien dónde poner las manos, dónde apoyar su cabeza, si lo estoy haciendo bien o si la estoy cagando.

—Ya está —murmuro—. Ya está. No pasa nada.
Pero sí pasa. Pasa que tengo un bebé en brazos que alguien ha abandonado.

Pasa que ese alguien me conoce. Ha escrito mi nombre. Me ha pedido a mí que lo cuide.

Pasa que este bebé me está mirando ahora con unos ojos azules enormes llenos de lágrimas y siento que algo dentro de mí se rinde.

Lo mezo un poco, como he visto hacer a la gente, arriba y abajo, con movimientos suaves.

El llanto se calma. Solo un poco. Pero es algo.
—Eso es —susurro—. Tranquilo.
El bebé bosteza. Un bostezo diminuto que le arruga toda la cara.
Y a pesar de la situación, se me escapa media sonrisa.

—Eres muy pequeño, ¿verdad?
El bebé no contesta. Pero deja de llorar del todo.
Vuelvo a mi despacho con él. Me siento en mi silla. Lo sostengo contra mi pecho porque soltarlo me parece una mala idea.

Saco el móvil con la mano libre. Busco el número de servicios sociales del condado. Marco.

Suena tres veces antes de que contesten.
—Servicios sociales del condado de Park. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Aiden Cooper. Sheriff de Millbrook. Tengo un problema. Han abandonado un bebé en mi comisaría.

—Entiendo. —La voz al otro lado se vuelve más seria—. ¿El bebé está bien?

—Sí. Parece sano. Pero necesito que alguien venga.

—Por supuesto. Vamos a mandar a una trabajadora social de inmediato. ¿Puede quedarse con el bebé hasta que llegue?

—Sí.

—¿Hay alguna identificación de los padres?

—No. Solo hay una nota. Pero no dice quiénes son los padres. Solo me piden que lo cuide.

—De acuerdo. La trabajadora social estará ahí en unas dos horas. Tome los datos que pueda. Y si el bebé necesita algo urgente, vuelva a llamarnos.

—Lo haré.

Cuelgo.

Dos horas. Dos horas con este bebé antes de que vengan a llevárselo.

Y no sé por qué, pero esa idea no me gusta nada.

Miro al bebé que sigue en mis brazos. Ya no llora. Solo me observa con esos ojos pequeños e inocentes.

—No sé quién eres —le digo en voz baja—. Pero lo averiguaré. Y voy a cuidar de ti hasta entonces.

El bebé parpadea despacio.

Y ese gesto tan simple me decide.

No voy a dejar que se lo lleven.

Quiero ser yo quien se encargue de él.

Sea quienes sean sus padres me lo han dejado a mí.

CAPÍTULO 1

ANNIE

La alarma del móvil suena como si estuviera a kilómetros de distancia.

Me giro. Alargo el brazo y tanteo la mesilla de noche sin abrir los ojos. Mis dedos encuentran el teléfono y le doy a lo primero que toco.

Silencio.

Perfecto.

Me doy la vuelta. Hundo la cara en la almohada que todavía huele al suavizante que compré la semana pasada. A lavanda. Me envuelvo mejor en el edredón.

Solo cinco minutos más.

Cinco minutos y me levanto. Lo prometo.

Cierro los ojos.

Y es tan fácil volver a dormirme que ni siquiera me doy cuenta de que lo he hecho hasta que los vuelvo a abrir y la luz que entra por la ventana ya no es esa luz suave del amanecer.

Es brillante. Demasiado brillante. Demasiado alta en el cielo.

El corazón se me acelera.

Me incorporo de golpe. El edredón cae a mis pies. Cojo el móvil de la mesilla.

Son las 06:47.

—No. No, no, no, no, no. No puedo llegar tarde al trabajo.

Me quedo mirando la pantalla como si fuera a cambiar el número por arte de magia. Como si los dígitos fueran a retroceder con la fuerza de mi mirada.

No lo hacen.

Salto de la cama. Mis pies descalzos tocan el suelo frío de madera. Doy dos pasos y tropiezo con las zapatillas que dejé tiradas en mitad de la habitación anoche cuando llegué.

Me agarro al marco de la puerta antes de estamparme de bruces contra el suelo.

El pulso me late en la garganta.

¿Cómo demonios he apagado la alarma sin darme cuenta?

Pero ya sé por qué.

Porque anoche me quedé hasta las tres de la madrugada leyendo esa maldita novela romántica. Esa donde el protagonista está bastante enamorado como para perseguir a la chica. Donde le dice que la quiere delante de todo el mundo. Donde lucha por ella aunque tenga que cruzar medio país para encontrarla.

Donde hace todo lo que cierto hombre nunca hizo por mí.

Y ahí está.

Estoy pensando de nuevo en él.

Aiden Cooper.

El nombre que llevo diez años intentando borrar de mi cabeza.

El nombre que está prohibido. Que no debería ni pensar. Que no tiene ningún derecho a estar en mi cerebro ocupando espacio cuando debería haberlo superado hace años.

Su nombre se dibuja en mi mente. Con letras grandes y tan nítidas que podría tocarlas.

Me apoyo en el marco de la puerta. Respiro hondo para calmarme. Una vez. Dos.

Pero no funciona.

No pasa nada.

Da igual que no me quisiera.

Da lo mismo.

Yo tengo una vida que me gusta.

Mi corazón, ese traidor que lleva diez años sin ponerse de mi lado, me susurra bajito que es mentira. Que me estoy mintiendo. Que llevo años mintiéndome.

Lo ignoro.

Porque es lo que hago siempre.

Tengo la vida de mis sueños. Punto.

O, por lo menos, tengo el trabajo de mis sueños. Ese que me costó sudor y lágrimas conseguir. Ese por el que me dejé la piel estudiando. Ese que me permite ayudar a niños que lo necesitan de verdad.

Y al cual no puedo llegar tarde.

Cruzo el pasillo a medio correr. Entro en el baño. Abro el grifo con más fuerza de la necesaria. El agua sale helada. Me echo un puñado en la cara sin pensarlo.

El frío me corta la respiración.

Me quedo ahí. Con las manos apoyadas en el lavabo. Mirándome en el espejo.

Tengo el pelo hecho un desastre. Una marca roja de la almohada me cruza la mejilla izquierda. Y las ojeras. Dios. Las ojeras que tengo podrían facturarse como equipaje de mano.

Estupendo.

Cojo el cepillo de dientes. Le echo pasta. Me cepillo con una mano mientras con la otra intento domar mi pelo y meterlo en una coleta.

No funciona. El pelo se resiste. Yo insisto.

Al final consigo una coleta que se parece más a un nido de pájaros que a algo presentable, pero es lo que hay.

Me enjuago la boca. Escupo. Me echo más agua en la cara.

Vamos, Annie. Muévete.

Salgo del baño y voy directa al armario. Abro las puertas de par en par.

¿Qué me pongo?

Cojo lo primero que veo. Unos vaqueros y una camisa blanca que rezo al cielo para que no tenga arrugas. También una chaqueta negra que encuentro en el respaldo de la silla del escritorio.

Me visto en tiempo récord. Los vaqueros primero. Salto a la pata coja mientras me los subo. La camisa. Los botones. Dios ¿Por qué hay tantos botones?

Mis dedos tiemblan.

Respira. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

La chaqueta. Las zapatillas.

¿Dónde están las malditas zapatillas?

Las veo asomando por debajo de la cama. Me agacho. Las cojo. Me siento en el borde del colchón y me las pongo mientras mi cerebro repasa la lista de cosas que no puedo olvidar.

Llaves. Cartera. Móvil.

El teléfono está en la mesilla. Lo cojo.

Y la cartera... ¿dónde dejé la cartera?

Ahí. La cartera está en el escritorio. Debajo de un montón de papeles.

La cojo.

Las llaves.

Las llaves están... en el recibidor. Creo.

Salgo de la habitación. Voy a la cocina de camino al recibidor porque si no desayuno algo voy a desmayarme antes de llegar al trabajo.

Saco una rebanada de pan del paquete que tengo en el mostrador. La meto en la tostadora. Bajo la palanca.

Y me quedo ahí, de pie, con las manos apoyadas en la encimera, mirando la tostadora como si fuera lo más interesante del mundo.

Cuando lo que estoy haciendo en realidad es intentar no pensar. Intentar no recordar. Intentar borrar de mi cabeza la imagen de un chico de dieciocho años con ojos verde avellana que me dijo que le gustaba la noche antes de que me fuera.

«Me gustas, Annie.»

Tres palabras. Tres palabras que no significaban nada.

Porque si hubiera sentido algo de verdad por mí me habría pedido que me quedase.

Pero no lo hizo.

Y yo me fui.

Y llevo diez años intentando convencerme de que fue lo mejor.

La tostada salta.

El ruido me sobresalta. Me llevo la mano al pecho. El corazón me late desbocado.

Relájate.

Cojo la tostada. Me quemo los dedos. La dejo caer en un plato con un ruido seco. Abro el bote de mantequilla. Cojo un cuchillo y unto la tostada sin prestar mucha atención a lo que hago.

Le doy un mordisco.

Está ardiendo.

Cambio la tostada de una mano a otra para no quemarme más mientras voy hacia el recibidor.

Las llaves están en el cuenco de cerámica que tengo junto a la puerta. Ese que compré en una tienda de artesanía hace dos años pensando que haría parecer a mi piso un hogar.

Las cojo.

Abro la puerta.

Y luego salgo con la tostada en la boca, las llaves tintineando en una mano y la cartera en la otra.

Bajo las escaleras de mi edificio a trompicones. Paso junto al buzón sin mirarlo. Salgo a la calle.

El aire fresco me golpea en la cara. Huele a hierba recién cortada y al aliento de la ciudad por la mañana. A café. A coches. A gente con prisa.

Como yo.

Llego al coche. Un Honda Civic del 2018 que tiene demasiados kilómetros pero que sigue funcionando. Abro. Me meto dentro. Cierro de un portazo.

Meto la llave en el contacto y arranco.

El motor tose un par de veces antes de encenderse del todo.

Vamos. Tú puedes.

Salgo del aparcamiento. Giro a la derecha. Me incorporo al tráfico de la mañana.

Y me repito lo mismo que me he repetido cada día durante los últimos diez años.

Hoy no voy a permitir que nada me recuerde a un hombre que odio.

No solo por dejarme marchar sin luchar.

Sino por tener la desfachatez de estropearme la vida romántica para siempre.

Porque mi estúpido corazón, ese que tendría que haberse rendido hace años, sigue sin encontrar a ningún hombre ni la mitad de interesante que él.

Y eso me cabrea.

Me cabrea muchísimo.

El tráfico está imposible.

Claro que está imposible. Todo Missoula está intentando llegar al trabajo a la vez.

Estoy parada en un semáforo en rojo. La tercera en la fila. Tamborilando con los dedos en el volante al ritmo de una canción que ni siquiera estoy escuchando.

El semáforo se pone en verde.

El coche de delante no se mueve.

—Vamos —murmuro—. Está en verde. Verde quiere decir avanzar. Nada.

Toco el claxon. Suave. Solo un toque.

El coche arranca. Por fin.

Avanzo. Giro a la izquierda. Esquivo a un ciclista que se cruza sin mirar. Freno en seco. El cinturón de seguridad se me clava en el pecho.

—Madre mía. ¿Todo el mundo está confabulado contra mí?

El ciclista sigue como si nada. Ni siquiera se gira.

Respiro hondo. Suelto el aire despacio.

Tranquila.

Llegas tarde, pero llegas.

Veinte minutos más tarde —veinte minutos que se me han hecho eternos— aparco frente a la oficina de servicios sociales del condado de Park.

Bajo del coche. Cierro de un portazo y echo a correr hacia la entrada.

Llevo una zapatilla medio desatada. Me doy cuenta cuando el cordón se me engancha con el otro pie y casi me caigo.

Genial.

La puerta principal se abre antes de que llegue.

Sale Rebecca.

Con su pelo rubio recogido en una trenza perfecta. Con el maquillaje impecable, una sonrisa de oreja a oreja y un ramo de

flores en las manos que parece salido de una revista.

—¡Annie! —exclama—. ¡Llegas tarde!

—Lo sé. Lo siento.

Llego hasta ella. Me paro. Me apoyo en las rodillas e intento recuperar el aliento.

Rebecca se ríe.

—No te preocupes. Hoy te perdonamos todo.

Levanto la vista.

—¿Perdona?

—Sí. Ven. Tienes que ver esto.

Me coge del brazo antes de que pueda decir nada. Me arrastra dentro del edificio.

Lo veo.

Hay globos.

Globos por todas partes. Rosas. Plateados. Blancos. Flotando cerca del techo y atados a las sillas con cintas largas que se mecen cada vez que alguien pasa cerca.

Y también hay una tarta.

Enorme. Con glaseado blanco y flores de azúcar tan bonitas que dan pena de comer.

Y hay gente.

Toda la oficina está ahí. Riendo. Hablando. Con vasos de plástico en las manos.

Y en el centro de todo está Sarah.

Sarah, con su pelo castaño perfectamente liso cayéndole por los hombros. Con un vestido azul claro que le queda como si lo hubiera mandado hacer a medida. Con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes.

Y con un anillo en el dedo.

Un anillo que brilla tanto que probablemente se vea desde el espacio.

—¡Se ha comprometido! —grita Rebecca junto a mi oído.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Qué?

—¡Sí! Mark le pidió matrimonio anoche. Fue súper romántico. La llevó a cenar a ese restaurante italiano nuevo que hay en el centro.

¿Sabes cuál? El que tiene velas y las vistas al río. Y le pidió matrimonio ahí. Delante de todo el mundo.

Rebecca sigue hablando.

Pero yo ya no la escucho.

Porque mi compañera Sarah me ha visto. Y viene hacia mí. Con una sonrisa y una felicidad que se le desborda. Como si brillara por dentro.

—¡Annie! —dice—. ¿Has visto el anillo?

Me enseña la mano.

El anillo es precioso. De oro blanco con un diamante en el centro rodeado de piedras más pequeñas. Es elegante y delicado. Es justo lo que Sarah habría elegido.

—Es precioso —consigo decir.

Y lo digo de verdad.

Me alegro por ella.

De verdad que me alegro.

Pero algo se retuerce dentro de mí. Una envidia oscura. Una voz que me susurra que esto nunca me va a pasar.

Porque el único hombre al que he querido, nunca me quiso lo suficiente.

—Mark estaba tan nervioso cuando me lo pidió —explica Sarah—. No paraba de hablar. De todo y de nada. Y yo pensaba que le pasaba algo. Que igual estaba enfermo o...

Sigue hablando.

Yo sigo sonriendo.

Asintiendo en los momentos adecuados.

Diciendo cosas como «qué bonito» y «me alegro mucho por vosotros».

Pero por dentro solo pienso en él.

Otra vez.

Aiden.

Su nombre.

Ese nombre que tendría que haber olvidado hace años.

Ese nombre que sigue ahí. Grabado en algún sitio de mi cerebro del que no consigo borrarlo por mucho que lo intente.

Debería ir a hacerme un exorcismo.

Porque no es normal seguir pensando en él.

No después de diez años.

—Annie.

Una nueva voz me sobresalta.

Levanto la vista.

Mi jefa Margaret está en la puerta de su despacho. Mirándome. Ronda los sesenta, lleva el pelo gris recogido en un moño impecable y unas gafas de pasta negra, y arrastra una expresión seria que no se le altera ni cuando algo tiene gracia.

Y esa mirada me pone la piel de gallina.

—Tenemos que hablar —dice.

Su voz no deja espacio para la discusión.

—Ven. Tengo un caso para ti.

Se me tensa el estómago.

Un caso.

Vale.

Un caso significa concentrarme. Significa dejar de pensar en bodas y anillos y promesas que nunca me hicieron.

Significa trabajo.

Y el trabajo se me da bien.

—Claro —respondo.

Margaret asiente. Se da la vuelta. Entra en su despacho.

Y yo la sigo.

Las voces de la celebración se van apagando a mi espalda. La puerta se cierra detrás de mí con un clic suave.

El despacho de Margaret huele a café y a papel. Siempre huele así. Hay archivadores por todas partes. Carpetas apiladas en el escritorio. Una planta en la esquina que tiene mejor aspecto que la mayoría de las relaciones que he tenido.

Margaret rodea el escritorio. Se sienta. Me señala la silla que hay frente a ella.

Me siento.

Ella abre una carpeta. Verde. Fina. No hay muchos papeles dentro.

Lee algo y frunce el ceño.

Ese gesto me acelera el pulso sin saber por qué.

—Es un caso de abandono —dice sin levantar la vista.

Se me corta la respiración.

—¿Un abandono?

—Sí. De un bebé de unos tres meses. Lo han dejado esta mañana temprano.

El estómago se me revuelve.

Un bebé.

No es la primera vez que me toca un caso así. Llevo años trabajando con menores en situaciones difíciles. He visto de todo. Familias rotas. Niños que no tenían dónde ir. Bebés que llegaban al sistema sin nombre.

Pero nunca es fácil.

Nunca deja de dolerme.

—¿Dónde? —pregunto.

Mi voz suena más firme de lo que me siento.

Margaret levanta la vista de la carpeta.

—En una comisaría —responde—. En un pueblo pequeño. Rural. Van a necesitar ayuda con el protocolo.

Asiento.

Vale.

Un pueblo pequeño.

Eso puedo manejarlo.

He trabajado en pueblos pequeños antes. Sé cómo funciona. La gente se conoce. Todo el mundo sabe todo de todo el mundo. Hay que ir con cuidado. Ser respetuosa. Pero en un lugar así es mucho más fácil encontrar a los padres.

Puedo hacerlo.

—¿Cuándo tengo que salir? —pregunto.

—Hoy. Cuanto antes.

—Vale. ¿Y dónde es exactamente?

Margaret vuelve a mirar la carpeta.

Lo dice como si no fuera nada.

Como si no acabara de lanzarme una bomba en mitad del pecho.

—En Millbrook.

El mundo se detiene. Todo se detiene. El sonido, el aire, mi corazón.

Me quedo ahí. Sentada. Mirándola.
Sin poder moverme. Sin poder respirar. Sin poder procesar lo que acaba de decir.

Millbrook.

No. No puede ser. El destino no puede ser tan cruel.

—¿Dónde? —consigo decir.

Pero mi voz sale rota. Pequeña. Una garra me aprieta el cuello.

Margaret me mira. Frunce el ceño.

—En Millbrook —repite—. Es un pueblo en...

—Sé dónde está Millbrook.

Las palabras me salen cortantes. Más de lo que pretendía.

Margaret entorna los ojos.

—¿Hay algún problema, Annie?

Sí. Hay un problema. Un problema enorme. Un problema que llevo diez años intentando enterrar.

Millbrook.

El pueblo donde crecí. Donde fui a la escuela. Donde me enamoré por primera y única vez.

Donde me rompieron el corazón.

Aiden.

No puedo volver allí. No puedo.

CAPÍTULO 2

AIDEN

Diez años

Me han mandado a la oficina del director.

Otra vez.

La silla de plástico duro se me clava en el trasero y llevo aquí sentado lo que parecen horas. Aunque serán diez minutos. El director está al teléfono con mi tío. Oigo el tono de su voz, no las palabras.

Está enfadado.

Claro que está enfadado.

Le he dado un puñetazo a Derek Matthews en mitad del patio.

Me miro las manos. Tengo los nudillos rojos. Me duelen un poco, pero no tanto como debería dolerme si fuera una persona normal que se arrepiente de las cosas.

No me arrepiento de haberle pegado.

Derek es el doble de grande que Tommy Jenkins y lo tenía acorralado contra la pared del gimnasio. Lo estaba insultando. Y Tommy estaba llorando y nadie hacía nada.

Así que lo hice yo.

Le di un puñetazo.

Justo en la nariz.

Y por eso estoy aquí ahora.

La puerta del despacho se abre.

Levanto la vista y me quedo mirando a la niña que entra.

Tiene el pelo pelirrojo recogido en dos trenzas que le llegan casi hasta la cintura. Pecas por toda la nariz y las mejillas. Sus enormes ojos color miel me miran durante un segundo antes de mirar al director.

Y lleva un libro en las manos.

Un libro gordo con una portada azul que agarra contra su pecho como un tesoro.

La señora Parker la empuja suavemente hacia dentro.

—Siéntate ahí, Annie —le dice señalando la silla que hay a mi lado—. El director hablará contigo en un momento.

Es Annie Calloway.

Todo el mundo conoce a los Calloway. Viven en una casa enorme en la colina. La que tiene columnas blancas y un jardín que parece de película. Su padre es importante. Trabaja en algo relacionado con política. Mi tío dice que son gente de ciudad que ha venido aquí a dárselas de importante.

Pero ahora mismo Annie Calloway no parece importante.

Parece... pequeña.

Camina hasta la silla, se sienta con cuidado y coloca el libro en su regazo, con las manos encima, como si tuviera miedo de que alguien se lo quite.

La señora Parker se va y cierra la puerta.

El director sigue hablando por teléfono. Diciendo algo sobre responsabilidad y consecuencias y que esto no puede seguir así.

Miro a Annie de reojo.

Ella mira al frente, con la espalda muy recta, como si estuviera en clase y no en la oficina del director esperando que la castiguen.

No parece asustada.

Parece... aburrida.

—¿Qué has hecho? —susurro.

Me mira. Parpadea dos veces.

—Estaba leyendo en clase.

—¿Y?

—Y la señora Parker me ha pedido que guardara el libro. Tres veces.

—¿Y no lo has hecho?

—No.

La miro. Intentando decidir si está bromeando.

No lo está.

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros.

—Estaba en la mejor parte. Charlotte acababa de escribir «RADIANTE» en la telaraña y Wilbur no sabía qué significaba y yo tenía que seguir leyendo para saber si iba a entenderlo o no.

No tengo ni idea de qué me está hablando.

—¿Quién es Charlotte?

—Una araña.

—¿Una araña?

—Sí.

—¿Estás leyendo un libro sobre una araña?

—Y sobre un cerdo. Se llama Wilbur. Van a matarlo para hacer jamón, pero Charlotte está intentando salvarlo escribiendo palabras en su telaraña para que los humanos piensen que es especial.

La miro como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—Eso es lo más raro que he oído en mi vida.

Frunce el ceño.

—No es raro. Es precioso.

—Es un libro sobre una araña que escribe.

—Una araña que salva a su mejor amigo.

—Pero es una araña.

—¿Y qué? Las arañas también pueden tener sentimientos.

Abro la boca para decir algo, pero me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué decir.

Así que la cierro.

Annie me mira durante un segundo más y luego vuelve a mirar al frente.

El director cuelga el teléfono. Se gira hacia nosotros.

—Aiden Cooper —dice con esa voz que usan los adultos cuando están muy decepcionados contigo—. Tu tío viene de camino. Vamos a tener una conversación muy seria sobre la violencia y las consecuencias.

Asiento.

Ya sé lo que va a pasar. Mi tío va a venir. Va a disculparse con el director. Luego vamos a volver al rancho y me pondrá a limpiar establos durante una semana.

No pasa nada.

Lo he hecho antes.

El director se gira hacia Annie.

—Y tú, señorita Calloway. Tu madre también viene de camino. Tres avisos en una misma clase no son aceptables. ¿Lo entiendes?

Annie asiente.

—Sí, señor.

—¿Vas a volver a hacerlo?

Annie lo piensa durante un segundo.

—Probablemente sí —responde—. Si estoy en una parte interesante.

Me tapo la boca con la mano para no reírme.

El director suspira. Se pellizca el puente de la nariz como si le doliera la cabeza.

—Esperad aquí los dos.

Sale del despacho.

En cuanto la puerta se cierra me giro hacia Annie.

—¿Le has dicho que probablemente sí?

—Es la verdad.

—Pero no se lo tienes que decir.

—¿Por qué no?

—Porque te va a castigar más.

Se encoge de hombros otra vez.

—Mis padres van a castigarme de todas formas. Al menos así soy honesta.

La miro y noto un cosquilleo nuevo. Pequeño, pero real.

Esta niña es rara. Rara de verdad.

Me gusta.

—¿Cómo se llama? —pregunto señalando el libro.

—*La telaraña de Charlotte*.

—¿Es bueno?

Me mira. Y esta vez los ojos le brillan.

—Es el mejor libro que he leído en toda mi vida.

—¿Cuántos libros has leído?

—Cincuenta y tres.

—Eso no son tantos.

—Tengo ocho años.

Tiene razón. Para tener ocho años cincuenta y tres libros son un montón.

—¿Y de qué van los otros?

—¿Los otros cincuenta y dos?

—Sí.

Sonríe.

Y madre mía.

Tiene una sonrisa preciosa.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta.

AIDEN

Trece años

Estamos en el lago.

Es julio y hace tanto calor que el aire parece moverse cuando respiras. El agua del lago está fría y clara y llevo toda la mañana tirándome desde el muelle con Matt mientras nuestros tíos pescan en la orilla.

Ahora estoy tumbado en la hierba, dejando que el sol me seque, con los ojos cerrados y el sonido del agua de fondo.

—Aiden.

Abro los ojos.

Annie está de pie junto a mí. Con un bañador azul de una pieza y una toalla enrollada en los hombros. El pelo pelirrojo le cae mojado por la espalda, dejando manchas oscuras en la toalla.

—¿Qué?

—¿Vienes?

—¿Adónde?

Señala hacia el otro lado del lago. Donde hay un grupo de rocas grandes que sobresalen del agua.

—Quiero ir hasta allí.

—Está lejos.

—Lo sé. Por eso te pido a ti que me acompañes.

Me incorporo. Me escurro el agua del pelo.

—¿Por qué yo?

—Porque nadas rápido. Y porque si me ahogo me salvarás.

—¿Vas a ahogarte?

—No lo sé. Nunca he nadado hasta tan lejos. Por eso necesito que vengas.

La miro.

Tiene once años. Sigue siendo pequeña, aunque ya no tanto como cuando la conocí. Ha crecido. Y tiene más pecas que nunca: el sol de verano se las ha multiplicado.

También sigue llevando un libro a todos lados, aunque ahora lo deja en la orilla cuando se mete en el agua.

—Vale —digo levantándome—. Vamos.

Sonríe. Y ahí está otra vez: esa sonrisa que me oprime el pecho de una forma rara.

Caminamos hasta el borde del agua. Nos metemos. El agua está fría y me corta la respiración durante un segundo.

Annie chilla.

—¡Está helada!

—Es un lago. ¿Qué esperabas?

—No sé. ¿Algo menos frío?

—Eres de ciudad.

—No soy de ciudad. Nací aquí.

Eso es técnicamente cierto aunque todo el mundo sabe que los Calloway la adoptaron cuando era un bebé. Vinieron de fuera. De algún sitio importante. Y la trajeron aquí.

Pero Annie dice que nació aquí.

Y supongo que tiene razón.

Millbrook es su hogar.

Igual que el mío.

Nos metemos hasta que el agua nos llega por la cintura. Luego nos lanzamos a nadar hacia las rocas del otro lado.

Annie nada bien. No tan rápido como yo, pero bien. Con brazadas firmes y constantes.

Llegamos a las rocas. Nos agarramos, respirando fuerte.

—Lo hemos conseguido —dice Annie.

—Te lo dije.

—No me has dicho nada. Solo has venido.

Tiene razón.

Nos quedamos ahí, agarrados a las rocas, con el agua moviéndose a nuestro alrededor.

—¿Qué vas a hacer este verano? —pregunta Annie.

—Trabajar en el rancho. Como siempre.

—Eso suena aburrido.

—No es aburrido. Es trabajo.

—¿Y no haces nada divertido?

—Depende de lo que consideres divertido.

—No sé. Ir a algún sitio. Conocer gente nueva. Tener aventuras.

—Esto es Montana. No hay muchas aventuras.

Annie se ríe.

Y el sonido es tan claro y limpio que me afloja algo por dentro.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Qué vas a hacer?

—Leer.

—Ya lo sé. Pero además de leer.

—No hay nada además de leer.

—Annie.

—Vale. Vale. Mi madre quiere que haga un curso de verano. Algo relacionado con arte o música. Dice que tengo que desarrollar mis habilidades.

—¿Qué habilidades?

—No lo sé. Las que se supone que tienen las niñas como yo.

—¿Las niñas como tú?

Se encoge de hombros. Hay tristeza en ese gesto. Una tristeza pequeña que no me gusta nada.

—Ya sabes. Las niñas de familias importantes. Las que tienen que ser perfectas y educadas y aburridas.

—Tú no eres aburrida.

Me mira.

Y los ojos se le encienden.

Me olvido de que estamos en mitad de un lago helado.

—¿No?

—No. Eres la persona menos aburrida que conozco.

Sonríe.

Y ahí está otra vez.

Esa sonrisa que aviva el sol.

—Gracias, Aiden.

—No tienes que darme las gracias.

—Quiero hacerlo.

Me quedo ahí. Mirándola. Sin decir nada.

Y me doy cuenta de algo.

Algo de lo que probablemente debería haberme dado cuenta hace tiempo.

Annie Calloway tiene la sonrisa más bonita que he visto en mi vida.

Y haría cualquier cosa por verla sonreír así todos los días.

ANNIE

Quince años

Estoy enamorada de Aiden Cooper.

No sé cuándo ha pasado.

Solo sé que un día lo miré y me di cuenta de que el corazón me late distinto cuando está cerca. De que me sudan las manos cuando me habla. De que pienso en él a todas horas. Incluso leyendo. Incluso cuando debería estar concentrada en otra cosa.

Y ahora mismo está caminando a mi lado en silencio.

Lo cual es raro.

Porque Aiden nunca está en silencio conmigo.

Siempre estamos hablando. De todo. De nada. De los libros que leo. De las cosas que hace en el rancho. De lo que queremos hacer cuando seamos mayores.

Pero hoy no ha dicho ni una palabra desde que salimos del colegio.

Y estamos llegando a mi casa.

Le miro de reojo.

Tiene las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. La mandíbula tensa. Los ojos fijos en el camino.

Está nervioso. Lo noto. Y eso me pone nerviosa a mí también.

Últimamente me acompaña a casa todos los días. Aunque mi casa está en el otro extremo del pueblo, aunque después tenga que

volver andando, aunque le llevaría la mitad de tiempo irse directo al rancho.

Pero siempre viene conmigo.

Todos los días.

Y yo he dejado de preguntarle por qué.

Porque tengo miedo de la respuesta.

Tengo miedo de que me diga que solo lo hace porque somos amigos. Porque me tiene lástima. Porque soy la niña rara que siempre lleva un libro y no tiene más amigos que él.

Y no quiero oír eso.

Prefiero seguir imaginando que lo hace porque le gusto.

Aunque probablemente no sea verdad.

Llegamos frente a la verja de mi casa y la cruzamos. Las columnas blancas brillan bajo el sol de la tarde. El jardín está perfectamente cuidado, como siempre.

Todo parece perfecto.

Menos yo.

Que tengo la ropa arrugada. El pelo hecho un desastre. Y un libro metido en la mochila que debería haber terminado hace una semana, pero que no puedo terminar porque cada vez que intento leer pienso en Aiden.

Me giro hacia él.

—Estás muy callado —digo.

Me mira. Parpadea como si acabara de darse cuenta de dónde estamos.

—¿Qué?

—Que estás callado. No has dicho nada en todo el camino.

—Ah. Sí. Perdona.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Mientes fatal.

Se pasa la mano por el pelo. Un gesto que hace cuando está nervioso.

—No me pasa nada, Annie.

Pero sé que me está mintiendo.

Llevamos años siendo amigos. Sé cuándo le pasa algo.

Y ahora mismo le pasa algo.
—Vale —digo, aunque no me lo creo.
Me doy la vuelta para subir las escaleras de la entrada.
—Annie.
Me giro.
Aiden está ahí. De pie. Mirándome con una expresión que no sé cómo leer.
—¿Sí?
Abre la boca. La cierra. Se pasa la mano por el pelo otra vez.
Y luego se da la vuelta como si se fuera a ir.
Pero se detiene.
Le oigo murmurar algo.
Algo que suena como «vamos, Aiden, échale huevos».
¿Qué?
Se gira. Y esta vez hay algo diferente en su expresión.
Algo decidido.
Camina hacia mí. Rápido. Con esas zancadas largas que da cuando tiene prisa.
Se detiene justo delante de mí.
Tan cerca que tengo que levantar la cabeza para mirarlo.
El corazón se me acelera.
—Sí —dice.
—¿Sí qué?
—Sí hay algo.
—¿El qué?
—Algo que llevo mucho tiempo queriendo hacer.
Se me seca la boca.
El pulso me golpea en la garganta. En las muñecas. En todos lados.
Aiden me mira.
Y luego baja la vista.
A mis labios.
Oh Dios.
Oh Dios, oh Dios, oh Dios.
Va a besarme. Aiden va a besarme. Mi primer beso va a ser con mi mejor amigo, aquí, ahora, delante de mi casa.

Y no puedo respirar. No puedo pensar. Solo puedo mirarlo mientras se inclina hacia mí.

Despacio.

Tan despacio que cada segundo parece una eternidad.

Cierro los ojos.

Y entonces lo oigo.

El sonido de un coche.

Entrando por el camino de la casa.

Abro los ojos de golpe.

El coche de mi padre. Negro. Brillante. Imposible de ignorar.

Aiden se aparta de mí como si se hubiera quemado. Da un paso atrás. Otro. Se pasa la mano por el pelo.

—Yo... tengo que irme —dice.

—Aiden.

—Mañana. Te veo mañana.

Y se va. Así, sin mirar atrás. Se aleja rápido por el camino mientras el coche de mi padre se detiene frente a la casa.

Me quedo ahí, de pie, con el corazón todavía latiéndome a mil por hora y los labios esperando un beso que nunca llegó.

Y solo puedo pensar una cosa:

¿Iba a besarme?

¿De verdad iba a besarme?

Mi padre se baja del coche.

—Annie —dice—. ¿Qué haces ahí parada?

No respondo. Porque no sé qué decir. Porque acabo de estar a punto de besarme por primera vez con mi mejor amigo. Con el chico del que estoy enamorada.

Y no tengo ni idea de si él siente lo mismo o me lo estoy imaginando todo.

CAPÍTULO 3

AIDEN

El bebé está llorando.

De nuevo.

Llevo una hora con él y no consigo que se calme más de diez minutos seguidos.

Lo mezo despacio, arriba y abajo, como he visto hacer en las películas. Pero el llanto no para. Ese llanto agudo y desesperado que me parte el pecho.

—Tranquilo —susurro acercándolo más a mí—. Ya está. Estoy aquí. No pasa nada.

Pero sí pasa.

Pasa que este bebé me necesita y yo no tengo ni idea de qué hacer.

Lo miro. Tiene la cara roja, los puñitos cerrados, la boca abierta en un llanto que me destroza.

Y solo quiero ayudarlo.

Solo quiero que deje de llorar, que se sienta seguro, que sepa que no está solo. Que yo voy a cuidar de él.

—¿Crees que tiene hambre? —pregunta Tommy desde su escritorio con la cara llena de pánico.

Me giro hacia él.

—No lo sé. Puede ser.

—¿Y qué vas a hacer?

Buena pregunta.

No tengo leche. No tengo biberones. No tengo nada de lo que necesita un bebé.

Y la trabajadora social no va a llegar hasta dentro de una hora como mínimo.

Miro al bebé. Sigue llorando. Y cada segundo que pasa me siento más inútil. Más perdido.

No puedo quedarme aquí sin hacer nada.

—Voy a la farmacia —digo—. La señora Perkins tiene cinco hijos. Seguro que sabe qué necesita.

Tommy asiente.

—Vale. Yo me quedo aquí por si llama alguien.

—Gracias.

Cojo mi chaqueta del respaldo de la silla. Me la echo sobre los hombros. Luego, con mucho cuidado, acurruco al bebé contra mi pecho. Lo tapo con la chaqueta. Asegurándome de que le cubre la cabeza. De que está protegido del aire fresco de la mañana.

Es tan pequeño. Tan jodidamente pequeño. Y tan vulnerable.

Se me oprime el pecho.

Salgo de la comisaría.

El aire fresco me golpea en la cara. Huele a pino y a tierra mojada. El pueblo está empezando a despertarse: la panadería tiene las luces encendidas, el café de la esquina también.

Camino rápido hacia la farmacia. Está a dos calles. El bebé sigue llorando contra mi pecho pero ahora el sonido está más amortiguado por la chaqueta.

Aprieto la mano contra su espalda haciendo pequeños círculos. Intentando calmarlo.

—Ya está —murmuro—. Ya casi llegamos. La señora Perkins va a ayudarnos.

Llego a la farmacia. Empujo la puerta con el hombro. La campanilla suena.

La señora Perkins está detrás del mostrador. Organizando cajas de medicamentos. Levanta la vista.

Y cuando me ve se queda quieta.

—¿Aiden? —dice—. ¿Eso es...?

—Un bebé. Sí.

Se acerca. Rápido. Rodea el mostrador y se planta delante de mí. Me mira con asombro.

—¿De quién es?

—No lo sé.

Frunce el ceño.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Lo han abandonado en la comisaría esta mañana. Han dejado una cesta con él en la entrada. Sin nombre. Sin nada. Solo una nota pidiéndome que lo cuide.

La expresión de la señora Perkins cambia. De confusión a comprensión. Y luego a ternura.

—Oh, Aiden.

—Sí.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tengo que cuidarlo hasta que venga la trabajadora social. Pero lleva llorando un rato y creo... creo que tiene hambre. Y no tengo nada. Ni leche, ni biberones. Nada. Y no sé qué hacer.

Mi voz se quiebra un poco al final. Porque es la verdad: no sé qué hacer. Y me aterra estar fallándole.

La señora Perkins me mira. Con esa expresión que tienen las madres. Esa mezcla de comprensión y determinación.

—Vale —dice—. Déjame verlo.

Aparto la chaqueta del todo con cuidado. Dejando al descubierto al bebé.

La señora Perkins se inclina. Lo mira. Con atención. Estudiándolo.

—¿Cuánto tiempo crees que tiene? —pregunto.

—Hmm. Sin un médico es difícil saberlo. Yo diría que unos tres meses. Quizá un poco menos. Habrá que llevarlo a la clínica.

—Iré con la trabajadora social. En cuanto llegue.

—Bien. Pero ahora mismo lo que necesitamos es darle de comer.

—Se gira hacia los estantes—. Vamos a por leche de fórmula. Para su edad necesita...

Empieza a moverse. Cogiendo cosas. Botes de leche en polvo. Biberones de distintos tamaños. Tetinas. Un esterilizador pequeño.

Lo deja todo sobre el mostrador.

—¿Sabes cómo preparar un biberón?

—No.

—No pasa nada. Te enseño.

Y eso hace.

Me lo explica paso a paso. Cómo calentar el agua. Cuánto polvo echar. Cómo mezclar para que no queden grumos. Cómo comprobar la temperatura en la muñeca.

Yo escucho. Concentrado. Grabando cada palabra.

Porque este bebé me necesita.

Y no voy a fallarle.

—¿Quieres darle de comer aquí? —pregunta cuando termina de explicármelo—. Para asegurarte de que lo haces bien.

—Sí. Por favor.

Me señala la silla que hay en la esquina. Esa que usa para que la gente espere.

Me siento. Con mucho cuidado. El bebé sigue llorando. Más débil ahora. Como si estuviera cansándose.

La señora Perkins entra a la parte trasera de la farmacia a preparar el biberón mientras espero.

Sale poco después y me pasa el biberón.

—Ponlo así. —Me enseña el ángulo—. Y deja que vaya a su ritmo. No lo fuerces.

Asiento.

Coloco al bebé en el hueco de mi brazo. Lo pego un poco más a mí. Y acerco el biberón a su boca.

La tetina le roza los labios.

Y pasa algo increíble: deja de llorar. Abre la boca, agarra la tetina y empieza a chupar.

Con ganas.

Con una desesperación que me parte el alma.

—Ahí está —dice la señora Perkins en voz baja—. Tenía hambre.

Pero yo no puedo responder.

Porque estoy mirando al bebé.

A este bebé que hace tres horas no sabía que existía y que ahora está en mis brazos comiendo. Comiendo como si llevara horas esperando.

Tiene los ojos cerrados. Los puñitos apretados contra mi pecho. Las mejillas moviéndose con cada succión.

Y algo se me expande dentro. Enorme. Doloroso y hermoso a la vez.

El corazón se me hincha como nunca. Hasta dejarme sin aliento.
Lo que daría por ser padre.
Lo que daría por tener esto de verdad.
Un bebé. Una familia. Alguien a quien cuidar así. Alguien que me necesite. Alguien por quien levantarme cada mañana con un propósito.
Lo que daría por haber tenido hijos con Annie.
Su nombre aparece sin avisar.
Como siempre.
Annie.
Si no la hubiera dejado ir. Si hubiera luchado. Si le hubiera dicho la verdad esa noche.
Quizá ahora estaríamos juntos. Quizá tendríamos hijos propios. Quizá yo estaría en nuestra casa dándole de comer a nuestro bebé mientras ella me sonríe desde la puerta con la sonrisa que siempre me ha desarmado.
Quizás estaríamos construyendo la vida que siempre he querido.
Quizás.
Pero no lo hice.
Y ahora estoy aquí. Solo. Con un bebé que no es mío pero al que ya siento como si lo fuera.
Y con un corazón que sigue queriendo a una mujer que se fue hace diez años y que ya me habrá olvidado.
El bebé termina el biberón.
Aparto la tetina de su boca despacio. Lo coloco contra mi hombro como me ha enseñado la señora Perkins. Le doy palmaditas suaves en la espalda.
Eructa. Un eructo pequeño pero contundente.
La señora Perkins se ríe.
—Bien hecho, sheriff.
Miro al bebé. Ya no llora. Tiene los ojos cerrados. La respiración profunda y acompasada.
Se ha dormido. Rendido contra mi hombro.
Y me derrito por dentro.
—Tienes madera de padre —dice la señora Perkins.
No sé si es verdad.

Pero quiero que lo sea.

—Gracias —respondo—. Por todo.

—No hay de qué, cariño. Llévate todo esto. —Señala las cosas que ha dejado sobre el mostrador—. Biberones. Leche suficiente para varios días. El esterilizador para el microondas. Por si se alarga el tiempo que tienes que estar con él.

—¿Cuánto te debo?

—Nada.

—Señora Perkins.

—Nada —repite con firmeza—. Ese bebé te necesita. Y ya veo que vas a cuidarlo bien. Eso es suficiente para mí.

Se me cierra la garganta.

Esta mujer lleva toda la vida en Millbrook. Me vio crecer. Conoció a mis padres. Estuvo en su funeral.

Y ahora está aquí. Ayudándome con esto sin hacer preguntas. Sin juzgar.

Porque así es este pueblo.

—Gracias —consigo decir.

Asiente. Me ayuda a meter todo en una bolsa grande. Me la cuelga del brazo libre.

—¿Vas a quedarte con él? —pregunta—. Después de que venga la trabajadora social.

La miro.

Y la respuesta sale sin pensar.

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano.

Sonríe.

—Bien. Ese bebé tiene suerte de haberte encontrado.

No estoy seguro de eso.

Pero voy a hacer que sea verdad.

Salgo de la farmacia. Con el bebé dormido contra mi pecho y la bolsa colgada del brazo.

El sol está más alto ahora. Las calles más llenas. La gente me mira al pasar. Algunos sonríen. La señora Mitchell me saluda desde la puerta de la panadería. El viejo Joe me hace un gesto con la cabeza desde su banco.

Yo les devuelvo el saludo.

Pero no me detengo.

Porque tengo que volver a la comisaría. Tengo que esperar a la trabajadora social. Tengo que averiguar qué va a pasar con este bebé. Y tengo que asegurarme de que, pase lo que pase, va a estar bien.

Camino despacio. Para no despertar al bebé. Para no romper este momento de paz que hemos conseguido.

Lo miro.

Duerme con la cabecita apoyada en mi brazo. Con los labios entreabiertos. Con esa confianza absoluta que tienen los bebés cuando se sienten seguros.

Y algo dentro de mí se rompe y se reconstruye a la vez.

No sé qué va a pasar. No sé si voy a poder quedarme con él.

Pero sé una cosa: voy a luchar. Esta vez sí.

Llego a la comisaría. Empujo la puerta con el hombro. La campanilla suena.

Tommy levanta la vista desde su escritorio. Me mira. Mira al bebé. Sonríe.

—¿Todo bien?

—Sí. Tenía hambre.

—¿Y ahora?

—Está dormido.

—Menos mal. —Hace una pausa—. La trabajadora social ha llegado hace unos minutos. Está esperando en tu despacho.

El corazón me da un vuelco.

Ya.

Ya está aquí.

—Vale —digo—. Gracias.

Camino hacia mi despacho. Despacio. Con el bebé acurrucado contra mí.

Cada paso me acelera el pulso.

Porque sé que lo que pase en los próximos minutos va a cambiar todo.

La puerta está entreabierta. Veo una silueta al otro lado. Sentada en la silla frente a mi escritorio. De espaldas a mí.

Empujo la puerta con el pie.

Y el mundo se detiene.

Porque la mujer que está sentada en mi despacho se levanta.

Se gira hacia mí.

Y no puedo respirar. No puedo moverme. No puedo procesar lo que estoy viendo.

Pelo pelirrojo recogido en una coleta profesional. Chaqueta de trabajo impecable. Una carpeta en las manos.

Ojos color miel que se clavan en los míos.

Esos ojos que me persiguen en sueños.

Esos ojos que creía que nunca volvería a ver.

Annie.

Annie Calloway.

El corazón se me dispara. Se me olvida respirar. El aire se va. El suelo se mueve.

Ella me mira.

Y veo el shock en su expresión.

El mismo shock que debe estar reflejado en la mía.

Abre la boca. La cierra.

Yo hago lo mismo.

Nos quedamos ahí, mirándonos.

Han pasado de diez años. Y ahora está aquí, en mi despacho, a un metro de distancia.

Y solo puedo pensar una cosa:

Joder.

El destino acaba de darme una segunda oportunidad que no merezco.

La segunda oportunidad que no pensé que tendría jamás.

Y esta vez no voy a cagarla.

Esta vez no.

CAPÍTULO 4

AIDEN

Pasado

Annie se va mañana. Mañana. Una palabra tan pequeña que debería ser insignificante, pero que lleva días martilleándome el pecho.

Mañana Annie se va a subir a un coche con su familia y se marcha de Millbrook.

Y yo no puedo soportarlo.

Por eso estoy aquí.

En el parque. Son casi las once de la noche, el pueblo está dormido, las farolas proyectan sombras largas sobre la hierba y el aire huele a pino y a tierra mojada de la tormenta de ayer.

Y estoy esperando.

Porque le he pedido que venga. Porque necesito verla una última vez antes de que se vaya. Porque llevo días intentando encontrar el valor de decirle la verdad y esta es mi última oportunidad.

Oigo pasos. Levanto la vista.

Y ahí está. Annie. Caminando hacia mí con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. Lleva el pelo pelirrojo suelto y le cae por los hombros, y sus ojos color miel brillan bajo la luz de las farolas.

Se detiene frente a mí.

—Hola —dice.

Su voz suena suave. Cansada.

—Hola.

Nos quedamos ahí. Mirándonos. Sin decir nada durante un segundo que se hace eterno.

—¿Por qué querías verme? —pregunta al final.

Porque te quiero.

Porque llevo años queriéndote.

Porque no puedo imaginar mi vida sin ti.

Porque no quiero que te vayas.

Pero no digo nada de eso.

—Solo quería verte —respondo.

No es mentira.

Pero tampoco es toda la verdad.

Annie asiente. Se sienta en el columpio que hay junto a mí. Empieza a balancearse. Despacio. Con los pies rozando el suelo.

—No quiero irme —dice en voz baja después de unos minutos.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Lo sé.

—Este es mi hogar, Aiden. Millbrook es... es todo lo que conozco.

—Volverás.

Me mira. Y hay algo en sus ojos. Algo que parece esperanza mezclada con tristeza.

—¿Tú crees?

No lo sé. No tengo ni idea. Pero necesito creerlo porque la alternativa es insoportable.

—Sí —digo—. Volverás.

Se queda callada. Mirando al suelo. Moviendo los pies adelante y atrás.

—Mi padre dice que es una oportunidad increíble —continúa—. Que vamos a vivir en una ciudad importante. Que voy a ir a un colegio mejor. Que voy a conocer gente nueva.

—Suená bien.

—Suená horrible.

Se le quiebra la voz al final.

Y se me parte el pecho.

Me bajo del columpio y camino hacia ella. Me agacho hasta que quedamos a la misma altura.

—Annie.

—No quiero conocer gente nueva —me interrumpe—. Quiero quedarme aquí. Contigo. Con Maya. Con Matt. Con todo lo que conozco. No quiero empezar de cero en un sitio donde no conozco a nadie.

Tiene los ojos llenos de lágrimas.

Y joder. Annie nunca llora. Nunca.

Alargo la mano y le aparto un mechón de pelo que se le ha quedado pegado a la mejilla.

—Vas a estar bien —susurro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres Annie Calloway. Y tú siempre estás bien.

Sonríe. Pero es una sonrisa triste.

—No me siento bien.

—Ni yo.

Nos quedamos ahí. En silencio. Con mi mano todavía en su mejilla. Con sus ojos clavados en los míos.

Y sé que este es el momento. El momento de decirle la verdad. De decirle que la quiero, que la he querido desde hace años, que no puedo imaginar mi vida sin ella.

Que necesito que se quede conmigo. Que haré lo que sea. Que les suplicaré a mis tíos que la dejen quedarse en el rancho. Que les suplicaré a sus padres que no la obliguen a irse. Que no puedo soportar la idea de perderla.

Porque ella es lo único que me importa.

Abro la boca.

—Annie, yo...

Pero me detengo.

Porque ¿qué derecho tengo? ¿Qué derecho tengo a pedirle que se quede? ¿Qué derecho tengo a complicarle la vida cuando ella ya tiene suficiente con la que tiene?

Se merece algo mejor que un pueblo pequeño, mejor que un rancho, mejor que un chico que solo puede ofrecerle el corazón.

Se merece el mundo entero.

Y yo no puedo dárselo.

—¿Qué? —pregunta Annie—. ¿Qué ibas a decir?

Trago saliva.

El pulso me late en la garganta.

Dilo. Dile la verdad. Lucha por ella. Arriésgate a que te rechace.

Pero las palabras no salen.

Porque soy un cobarde.

—Me gustas, Annie —digo al final.

Se queda quieta. Tan quieta que parece de piedra.
Me mira, parpadeando, como si no estuviera segura de haber oído bien.

—¿Qué?

—Me gustas. Mucho.

Es lo más patético que he dicho en mi vida.

Me gustas.

Como si lo que siento por ella se pudiera resumir en dos palabras.
Algo pequeño. Algo simple.

Cuando la verdad es que lo que siento no me cabe en el pecho.

Annie sigue mirándome. Durante un segundo. Dos.

Y luego se levanta del columpio.

—Vale —dice.

Su voz suena rara. Plana.

—¿Vale?

—Sí. Vale. Gracias por decírmelo.

Gracias por decírmelo.

Como si acabara de hacerle un favor. Como si le hubiera contado algo intrascendente.

Se da la vuelta.

—Annie, espera...

Pero ya está caminando. Alejándose de mí. Con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, con la espalda recta, con esa forma de andar que conozco tan bien.

—¡Annie!

Se detiene.

Pero no se gira.

—Tengo que irme —dice—. Mañana salimos temprano.

—Lo sé, pero...

—Adiós, Aiden.

Y sigue caminando.

Y yo me quedo ahí. De pie en mitad del parque vacío. Viendo cómo la persona que más quiero en el mundo se aleja de mí.

Y no hago nada para detenerla. Nada.

Porque soy un puto cobarde.

Me paso la mano por el pelo. Me siento en el columpio que Annie acaba de dejar.

Todavía está caliente.

Y se me rompe el pecho.

Me gustas.

Eso es lo que le he dicho.

Cuando lo que quería decirle es que la quiero.

Que me muero por ella.

Que me pasaría el resto de mi vida esperándola si me deja intentar ser alguien para ella.

Pero no lo he hecho.

La he dejado ir con un «me gustas» que no significa nada comparado con lo que siento de verdad.

Me levanto del columpio. Camino hacia el borde del parque. Miro hacia el camino por donde Annie ha desaparecido.

Todavía puedo ir tras ella. Todavía puedo alcanzarla. Todavía puedo decirle la verdad.

Doy un paso. Y me detengo.

Porque ¿qué le voy a decir?

¿Qué cambiaría?

Ella se va de todas formas.

Y yo no tengo derecho a pedirle que se quede. No tengo derecho a complicarle más las cosas.

Así que me quedo donde estoy. Viendo cómo la noche se oscurece, mientras el pecho se me hace pedazos.

Y sabiendo que acabo de cometer el mayor error de mi vida.

ANNIE

Aiden me acaba de romper el corazón.

Cuando me ha dicho que quería verme he pensado... he pensado que iba a decirme algo.

Soy tan tonta.

Camino rápido por el camino que lleva a mi casa. Con las manos metidas en los bolsillos de mi chaqueta. Con los ojos ardiendo de lágrimas que no voy a dejar salir.

No hasta que llegue a casa. No hasta que esté en mi habitación con la puerta cerrada.

Me gustas.

Eso es lo que me ha dicho.

Me gustas.

Como si lo que hay entre nosotros pudiera resumirse en dos palabras.

Me muerdo el labio. Fuerte. Hasta que me duele.

Porque el dolor físico se aguanta mejor que el del pecho.

Llevo años esperando que Aiden me dijera algo. Años esperando que me mirara como algo más que su amiga. Años imaginando este momento.

Y cuando por fin llega, cuando por fin me dice algo...

Es eso.

Me gustas.

No «te quiero».

No «no te vayas».

No «lucharé por ti».

No «quédate».

Solo «me gustas».

Y duele. Duele de una forma que no sabía que era posible.

Porque si me quisiera de verdad habría dicho más. Habría hecho más. Habría luchado.

Pero no lo ha hecho. Y eso ya me lo dice todo.

Llego a mi casa, subo los escalones, abro la puerta con cuidado para no despertar a mis padres.

Dentro está oscuro, silencioso.

Subo las escaleras de puntillas, entro en mi habitación, cierro la puerta.

Y entonces me permito llorar.

Me dejo caer en la cama, hundo la cara en la almohada.

Y lloro como no he llorado en años.

Por Aiden. Por mí. Por lo que podríamos haber sido y nunca seremos.

Porque mañana me voy.

Sabiendo que el chico al que he querido durante años nunca me ha querido igual.

He sido tan estúpida durante tantos años.

CAPÍTULO 5

ANNIE

Media hora antes

Llevo media hora conduciendo y aún no consigo asimilar lo que está pasando.

Millbrook. Estoy volviendo a Millbrook.

Mis manos agarran el volante con tanta fuerza que los nudillos se me han puesto blancos. La carretera se extiende delante de mí. Recta. Interminable. Rodeada de árboles que reconocería con los ojos cerrados.

Porque esta carretera la he recorrido mil veces.

De niña. De adolescente.

Pero hace diez años que no vengo.

Llevo diez años evitando este lugar. Evitando los recuerdos. Evitándolo a él.

Aiden.

Su nombre se cuela sin permiso.

Como siempre.

Aprieto más el volante.

No pasa nada.

Es solo un caso.

Un bebé abandonado. Evalúo la situación. Gestiono el papeleo. Me aseguro de que el bebé está bien. Encuentro a los padres. Valoro si pueden quedarse con el niño o me lo tengo que llevar. Y me voy.

Pan comido.

Tres días como mucho.

Y las probabilidades de cruzarme con Aiden son... ¿cuántas? Seguro que pocas. Millbrook tiene casi tres mil habitantes. Es un pueblo pequeño, sí, pero no *tan* pequeño.

Además, quizá ya ni siquiera vive allí. Quizá se fue, como yo. Quizá tiene una vida en otro sitio: una esposa, hijos, una familia.

El estómago se me retuerce al pensarlo.

Pero lo ignoro. Porque da igual. Da igual si Aiden Cooper se ha casado o si sigue soltero o si se ha mudado a la otra punta del país.

Yo estoy aquí por trabajo. Por un bebé que me necesita.

No por él. Nunca por él.

El letrero de Millbrook aparece a mi derecha.

«Bienvenido a Millbrook. Población: 2.847»

La garganta se me agarrota.

Reduzco la velocidad. Giro hacia la calle principal.

Y veo que el tiempo no ha pasado.

La panadería sigue ahí, con el mismo letrero de madera pintado a mano. El café de la esquina también. La farmacia. La ferretería. Todo está igual. Tal y como lo dejé.

Excepto yo. Yo ya no soy la misma.

Aparco frente a la comisaría. Bajo del coche. Cojo la carpeta del asiento del copiloto.

Respiro hondo.

Tú puedes. Entrás, evalúas, sales. Fácil.

Empujo la puerta de la comisaría. Una campanilla suena cuando entro.

Dentro huele a café y al desinfectante industrial que usan en todos los edificios públicos. Hay un escritorio en la entrada. Un chico joven está sentado detrás. Tiene el pelo castaño. El uniforme impecable. Y tiene una expresión amable.

Me mira cuando entro.

—Hola —dice—. ¿Puedo ayudarla?

—Sí. Soy Annie Calloway. De servicios sociales del condado de Park. Me han enviado por el caso del bebé abandonado.

—Ah, sí. El sheriff la estaba esperando. Pero ha salido hace un momento. Ha ido a la farmacia con el bebé. Necesitaba darle de comer.

—¿Cuánto tardará?

—No mucho. Diez minutos, quizá. Puede esperarlo en su despacho si quiere. —Señala una puerta al fondo del pasillo—. Es la

última a la derecha.

—Gracias.

Camino por el pasillo. Mis zapatos resuenan en el suelo de linóleo. Llego a la puerta: está entreabierta.

Empujo.

El despacho es pequeño, ordenado. Hay un escritorio de madera oscura, dos sillas, un archivador en la esquina y una ventana que da a la calle principal.

Me siento en la silla frente al escritorio, dejo la carpeta sobre mis rodillas, cruzo las manos encima.

Y espero.

Los minutos pasan despacio. Demasiado despacio.

Miro el reloj de la pared: las manecillas se arrastran.

Cinco minutos. Diez.

Oigo abrirse la puerta principal.

Voces. Pasos.

Se me acelera el corazón.

Tranquila.

Es solo el sheriff. Vas a evaluar la situación. Vas a hacer tu trabajo. Y te vas a ir.

Los pasos se acercan.

Me levanto, me aliso la chaqueta, compruebo que la coleta sigue en su sitio.

Profesional. Tienes que ser profesional.

La puerta se abre.

Y cuando veo quién entra.

Se me para el corazón.

Aiden.

Está de pie en el umbral. Con un bebé en brazos. Con el uniforme de sheriff que le queda como hecho a medida.

Y me quedo sin aire.

Porque está... está...

Madre mía.

Está increíble.

Más alto de lo que recordaba, más ancho de hombros, con la mandíbula que antes era suave y ahora es una línea dura. Tiene el

pelo castaño un poco más corto y los ojos verde avellana idénticos.

Pero ya no es un chico.

Ahora es un hombre.

Un hombre que me está mirando como si acabara de ver un fantasma.

Nos quedamos ahí, mirándonos, durante un segundo que parece una eternidad.

Y solo puedo pensar una cosa:

Esto no puede estar pasando.

No puedo tener tan mala suerte. No puedo.

Aiden es el sheriff.

Aiden es el sheriff.

El hombre con el que tengo que trabajar. El hombre al que voy a tener que ver todos los días hasta que este caso se resuelva.

Y lo peor.

Lo peor de todo.

Es que mi maldito corazón me acaba de dar un vuelco. Y deja claro algo que llevo diez años negándome a admitir.

Sigo queriéndolo. Todavía. Después de todo este tiempo. Después de todo lo que pasó.

Sigo queriendo a Aiden Cooper.

Y voy a tener que fingir que no.

Voy a tener que mirarlo a los ojos y actuar como si verlo de nuevo no se me rompiera el corazón otra vez. Como si ese uniforme que le sienta tan endemoniadamente bien que debería estar prohibido no me destrozara por dentro. Como si el bebé que tiene en brazos no fuera lo más devastador que he visto en mi vida.

Porque no hay nada más peligroso para mi autocontrol que ver a Aiden Cooper sosteniendo a un bebé con esa ternura. Con ese cuidado infinito. Como si fuera un tesoro.

Trago saliva.

Respira.

Sé profesional. Tienes que ser profesional. Que no se note que estás a punto de desmayarte. Tienes que actuar como si esta situación no te afectase lo más mínimo.

—Hola, Aiden —consigo decir.

Mi voz suena firme.

Gracias al cielo.

Él parpadea. Como si acabara de salir de un trance.

—Annie.

Su voz es más grave de lo que recordaba.

Más profunda.

Y me revuelve el estómago.

Concéntrate.

—Soy la trabajadora social asignada al caso del bebé abandonado —continúo—. Necesito que me cuentes qué ha pasado.

Asiente, entra en el despacho, cierra la puerta detrás de él.

El espacio se vuelve más pequeño de repente.

Camina hasta su escritorio, rodea la mesa, se sienta en su silla con el bebé todavía en brazos.

Yo vuelvo a sentarme en la mía, con la carpeta en el regazo, las manos cruzadas encima, la espalda recta.

Como si esto fuera solo un trabajo.

Como si no me latiera el pulso a mil.

—¿Cuándo han abandonado al bebé? —pregunto.

—Esta mañana. Sobre las seis y media.

—¿Cómo?

—Alguien lo dejó en una cesta en la entrada de la comisaría.

—¿Y no viste a nadie?

—No. Quien fuera que lo dejó se fue antes de que yo saliera.

Asiento, abro la carpeta, saco un bolígrafo, empiezo a tomar notas.

—¿Había algo más con el bebé? ¿Alguna identificación?

—Solo una nota.

—¿Puedo verla?

Abre un cajón, saca un papel doblado y me lo pasa.

Nuestros dedos se rozan durante un segundo.

Una descarga eléctrica me sube por el brazo.

Aparto la mano rápido. Demasiado rápido.

Aiden me mira. Con una expresión que no sé cómo leer.

Desdoblo el papel. Leo.

Levanto la vista.

—¿Reconoces la letra?

—No.

—¿Alguna idea de quién puede ser la madre?

—No.

—¿O el padre?

Me mira. Directamente a los ojos.

Con una intensidad que no admite réplica.

—¿Cómo sé que no es tu bebé? —pregunto.

La pregunta sale antes de que pueda detenerla.

Aiden enarca una ceja.

—¿Perdona?

—Tienes que entender que tengo que hacer estas preguntas. Es el protocolo. ¿Cómo puedo estar segura de que tú no eres el padre y por eso te lo han dejado aquí?

Me sostiene la mirada.

Durante un segundo.

Dos.

Y luego dice:

—Llevo más de dos años sin acostarme con nadie.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—Que llevo más de dos años sin sexo, Annie. Así que, a no ser que haya un milagro de por medio, este bebé no es mío. —Hace una pausa—. Pero adelante. Hazme las pruebas si quieres. No tengo nada que ocultar. Lo que no voy a hacer es dejar que este bebé se vaya de mi lado.

Me quedo mirándolo.

Intentando procesar lo que acaba de decir.

Más de dos años sin sexo.

¿Por qué?

¿Por qué Aiden Cooper, que está más bueno de lo permitido, lleva dos años sin acostarse con nadie?

Y lo peor.

Lo peor de todo.

Es cómo me mira cuando lo dice.

Con esa intensidad.

Como si me dijera algo más.
Algo que no puedo descifrar.
Y mi estómago se llena de mariposas.
No. No, no, no.
Esto no puede estar pasando. No puedo sentir esto.
No después de diez años. No después de todo.
Pero mi corazón, ese idiota que no aprende, me late tan rápido
que lo noto en la garganta.
Y solo puedo pensar una cosa:
Estoy jodida. Jodida del todo.

CAPÍTULO 6

ANNIE

Respiro hondo e intento recuperar el control que acabo de perder.

Profesional. Tengo que ser profesional.

Da igual que me acabe de decir que no tiene sexo.

Tengo que centrarme en el caso.

—Bien. Ya he entendido que no eres el padre —digo tocando la carpeta del regazo—. Ahora lo primero que tenemos que hacer es llevar al bebé al médico. Confirmar su edad. Asegurarnos de que está sano.

Aiden asiente.

—De acuerdo.

—Yo me encargaré de eso —continúo—. Tú puedes quedarte aquí. Empezar a investigar. Preguntar en el pueblo si alguien ha visto a sus padres.

Se queda quieto. Inmóvil.

Me mira con una expresión que no sé cómo leer.

—No.

—¿Perdona?

—Que no. Voy a ir contigo.

—No es necesario. Puedo llevarlo yo sola.

—No es negociable, Annie.

—Aiden.

—Voy contigo —repito—. No voy a separarme del bebé.

Se me tensa la mandíbula.

—Eres el sheriff. Tienes trabajo que hacer aquí. Investigaciones que llevar a cabo. Yo soy la trabajadora social. Es mi trabajo gestionar estos casos.

—Y es mi responsabilidad cuidar de este bebé hasta que sepamos quién es.

—Esa es la descripción exacta de mi puesto.

—Me da igual. No quiero separarme de él.

Me mira con esa expresión testaruda que conozco tan bien, esa expresión que me dice que no hay forma de hacerle cambiar de opinión.

Y se me oprime el pecho.

Porque esto es justo lo que no quería.

No quiero estar con él. No quiero pasar más tiempo del estrictamente necesario en su presencia. No quiero sentir lo que siento cada vez que me mira así.

—Es más eficiente si nos separamos —insisto—. Tú investigas aquí. Yo llevo al bebé al médico. Luego nos encontramos y compartimos información.

—No.

—Aiden, sé razonable.

—Lo soy. Me lo dejaron a mí. En mi comisaría. Con una nota pidiéndome que lo cuide. No voy a soltarlo en manos de alguien que acaba de llegar.

Las palabras me golpean como una bofetada.

—Soy una profesional. Llevo años haciendo esto.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Entonces voy contigo. Punto.

Me quedo mirándolo. Intentando encontrar un argumento que funcione.

Pero no lo hay. Porque tiene razón.

Técnicamente, hasta que se resuelva la custodia, el bebé está bajo su cuidado. Y no puedo obligarlo a que se separe de él por mucho que es lo que deseo.

Por mucho que lo necesite.

—Vale —digo al final—. Pero antes de ir al médico, necesito que hagas algo.

—¿El qué?

—Manda fotos del bebé a otras comisarías de la zona. Pregunta en el pueblo. A ver si alguien ha visto a una mujer embarazada hace poco tiempo. O a alguien con un bebé recién nacido.

Tenemos que comenzar la búsqueda.

—Los padres tienen que ser de aquí —añado—. Alguien tiene que haberlos visto.

Aiden niega con la cabeza.

—No son de aquí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque si este bebé fuera de mi pueblo, lo sabría.

Lo miro. Intentando decidir si está siendo arrogante o simplemente realista.

—Millbrook tiene casi tres mil habitantes. No puedes conocer a todo el mundo.

—Puedo. Y lo hago.

Hay algo en la forma en que lo dice. Con esa seguridad absoluta. Sin un atisbo de duda.

Que me hace ver que tiene razón.

Porque así es Millbrook.

Un pueblo donde todo el mundo conoce a todo el mundo. Donde un embarazo se nota antes de que la propia madre se haga la prueba. Donde los secretos duran menos que el pan del día anterior.

—Vale —concedo—. Quizá no sean de aquí. Pero te conocen. Han escrito tu nombre en la nota. Te han pedido a ti que cuides del bebé. Eso significa algo.

—Lo sé. Y voy a averiguarlo.

—Bien. Entonces haz las llamadas. Manda las fotos. Pregunta. Y luego vamos al médico.

Asiente.

Se levanta y sale del despacho con el bebé todavía en brazos.

Y yo me quedo ahí, sentada, con el corazón latiéndome demasiado rápido y las manos temblando sobre la carpeta.

Esto va a ser imposible.

Media hora más tarde sigo en el despacho de Aiden.

He llamado a tres hospitales cercanos. Ninguno tiene registros de alguien que diese indicios de querer abandonar a su bebé, ninguno tiene informes de un nacimiento sin seguimiento posterior.

Nada.

Me froto la cara con las manos. El cansancio empieza a hacer mella. Sobre todo porque sé que él está cerca. ¿Cómo puede afectarme con tanta intensidad después de tantos años?

La puerta se abre.

Aiden entra. Con el bebé dormido contra su hombro.

Y me derribo al verlos.

Porque ver a un hombre así de grande sosteniendo a un bebé con tanta ternura es devastador.

No.

No puedes pensar así.

Estás muy cabreada con este hombre.

—¿Ya está? —pregunto.

—Sí. He mandado las fotos a cinco comisarías. He llamado a la señora Mitchell de la panadería, al viejo Joe, a Frank de la ferretería y he hablado con la señora Perkins de la farmacia. Nadie ha visto nada.

—¿Nada?

—Nada. Nada fuera de lo normal.

Me paso la mano por el pelo.

—Vale. Entonces tenemos que ampliar la búsqueda. Pueblos cercanos. Ciudades. Lo que sea.

—Lo haré. Pero primero vamos al médico.

Asiento.

Me levanto. Cojo mi chaqueta, mi bolso, la carpeta.

—Vamos.

Salimos del despacho, cruzamos la comisaría.

Tommy, su ayudante, está en su escritorio y nos mira cuando pasamos.

—¿Todo bien, sheriff?

—Sí. Volvemos en un par de horas.

—Vale. Yo me quedo aquí.

Llegamos a la puerta principal.

Y entonces Aiden se detiene.

Se gira hacia mí y me mira fijamente. Tanto que se me revuelven mil mariposas en el estómago.

—Necesito que lo cojas para que pueda poner la silla en el coche —dice.

—Claro —digo.

Mi voz suena más firme de lo que me siento al tenerlo tan cerca.

Aiden da un paso hacia mí. Luego otro.

Y de repente está tan cerca que siento el calor que irradia su cuerpo. Tan cerca que huelo su colonia: madera y algo limpio que siempre ha sido solo suyo y que me trae miles de recuerdos. Tan cerca que si me moviera un centímetro estaríamos tocándonos.

Se me acelera el corazón.

—¿Lista? —pregunta.

Su voz suena más grave. Más ronca.

Asiento.

Porque no confío en mi voz.

Aiden empieza a pasarme al bebé, despacio, con tanto cuidado que se me oprime el pecho.

Alargo los brazos. Mis manos rozan las suyas cuando tomo al bebé. Una descarga eléctrica me sube por el brazo.

Se me corta la respiración, pero no me aparto.

Aiden tampoco se mueve.

Nos quedamos ahí, con el bebé entre nosotros, con nuestras manos todavía tocándose, con nuestros cuerpos tan cerca que puedo sentir su respiración en mi cara.

Levanto la vista.

Y me encuentro con sus ojos.

Esos ojos verde avellana que me han atormentado durante diez años. Esos ojos que ahora me miran tan fijo que se me olvida respirar.

—Annie —susurra.

Su voz está cargada de algo que no puedo identificar. Algo que me cierra el estómago. Algo que me hace querer acercarme más y salir corriendo a la vez.

—No —consigo decir.

—¿No qué?

—Por favor. No hagas esto más difícil de lo que ya es.

—¿Hacer qué difícil?

—Esto. —Hago un gesto vago con la cabeza entre nosotros—. Vamos a olvidar que nos conocemos. Vamos a fingir que hoy es la primera vez que nos vemos. Que somos solo dos profesionales trabajando en un caso.

Me mira. Durante un segundo largo.

Y luego dice:

—No puedo.

—Tienes que poder.

—No puedo olvidarte, Annie. Ni te he olvidado. Ni nunca te voy a olvidar.

Se me para el corazón.

—Aiden.

—Tú tampoco me has olvidado.

—No sabes de qué hablas.

—Sí lo sé. Lo veo en tus ojos, en cómo te tensas cada vez que estoy cerca, en cómo cambia tu respiración cuando te miro.

—Estás equivocado.

—No lo estoy.

Me sostiene la mirada. Con esa fuerza que siempre me ha desarmado.

Y odio lo mucho que me hace sentir. Odio que después de diez años siga teniendo este poder sobre mí. Odio que mi corazón siga latiendo así cada vez que está cerca.

Me aparto, doy un paso atrás, rompiendo el contacto.

El bebé se mueve un poco en mis brazos, hace un ruidito suave, pero no se despierta.

—Vamos —digo—. Tenemos que ir al médico.

Aiden no dice nada.

Pero veo la forma en que aprieta la mandíbula, la forma en que sus manos se cierran en puños a los lados de su cuerpo.

Y sé que esto no ha terminado.

Que él sí que tiene ganas de revolver el pasado.

Salgo de la comisaría. El sol me golpea en la cara. Hace calor: el tipo de calor seco de Montana que se te mete hasta los huesos.

El coche patrulla de Aiden está aparcado justo enfrente. Un todoterreno grande, imponente.

El coche que cualquiera esperaría verle conducir.

Aiden abre el maletero, saca una silla de bebé y la instala en un momento.

—¿Cuándo has tenido tiempo de conseguir esto? —pregunto.

—La señora Mitchell me la ha traído hace media hora. Era de su nieto.

Me acerco y antes de dejarlo miro al bebé que tengo en brazos.

Y por primera vez desde que lo he cogido, lo miro de verdad.

Tiene los ojos cerrados, las pestañas largas descansando sobre las mejillas sonrosadas, la boca entreabierta en esa forma perfecta que tienen los bebés cuando duermen.

Es precioso.

Una preciosidad.

Tiene el pelo oscuro, suave, apenas una pelusa en la cabeza. Las manitas cerradas en puñitos, los dedos tan pequeños que parecen imposibles.

Y no entiendo cómo alguien puede abandonar a un bebé así.

No entiendo lo desesperados que tienen que estar los padres para dejarlo en una comisaría y marcharse.

Porque este no es un bebé descuidado. Este es un bebé que alguien ha querido, que alguien ha cuidado, que alguien ha alimentado y cambiado y mecido cuando lloraba.

La manta en la que está envuelto es suave, limpia, de buena calidad. El bebé huele a jabón para bebés, ese olor dulce y limpio que solo tienen los recién nacidos.

Alguien lo ha bañado esta mañana. Alguien lo ha vestido con ropa limpia. Alguien lo ha cuidado hasta el último momento.

Y luego lo ha dejado ir.

Se me cierra la garganta.

—¿Annie?

Levanto la vista.

Aiden me está mirando con una expresión preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo... —Miro al bebé otra vez—. Solo estaba pensando que los padres no son malas personas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mira cómo está. Limpio, bien cuidado, bien alimentado. Alguien ha querido a este bebé y luego lo ha dejado aquí, con alguien en quien confiaban. —Hago una pausa—. Eso no lo hace una mala persona. Lo hace una persona desesperada.

Aiden asiente. Despacio.

—Tienes razón.

—Lo sé.

Coloco al bebé en la silla con cuidado, le abrocho el cinturón, me aseguro de que está bien sujeto.

Y cuando me giro, Aiden sigue ahí.

Mirándome.

Con una expresión que me revuelve el estómago.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada.

—Me estás mirando.

—Lo sé.

—¿Por qué?

Se queda callado durante un segundo.

Y luego dice:

—Porque eres muy buena. Para cuidar. Para ver lo que otros no ven.

Las palabras me golpean en el pecho.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Porque no puedes... no puedes decir cosas así.

—¿Por qué no?

—Porque somos profesionales. Porque estamos trabajando en un caso. Porque...

—Porque te asusta.

Me quedo callada.

Porque tiene razón.

Me asusta. Me asusta lo que siento cuando me mira así. Lo mucho que quiero creerle. Lo fácil que sería volver a confiar en él.

Cierro la puerta del coche. Con más fuerza de la necesaria.

—Estás loco si crees que estar contigo me asusta lo más mínimo. Vámonos —digo, y rompo el hechizo.

Rodeo el coche, abro la puerta del copiloto, me subo.

Aiden hace lo mismo. Se sube. Arranca.

Y salimos hacia la clínica.

En silencio.

Un silencio que se vuelve más pesado con cada kilómetro que pasa.

Llegamos a la clínica diez minutos más tarde.

Esta igual que la última vez que la vi.

Es un edificio pequeño, de una sola planta, con un letrero en el que pone «Clínica Médica de Millbrook».

Aparcamos. Aiden baja primero.

Y cuando me bajo del coche, ya tiene al bebé en brazos.

Caminamos hacia la entrada. Yo unos pasos por delante, él detrás.

Como si pudiera mantener la distancia. Como si eso fuera a cambiar algo.

Entro en la clínica.

Hay una recepcionista detrás del mostrador. Una mujer de unos cuarenta años con el pelo rubio recogido en un moño.

Nos mira cuando entramos. Y su expresión cambia de profesional a sorprendida.

—¿Sheriff Cooper? —dice.

—Hola, Linda.

—¿Eso es...?

—Un bebé. Sí. Lo han abandonado en la comisaría esta mañana. Necesitamos que el doctor Jensen lo vea porque no tenemos ninguna información de él.

Linda se levanta. Rodea el mostrador.

—Dios mío. Por supuesto. Déjame avisarle.

Desaparece por un pasillo.

Yo me quedo ahí, de pie, con las manos en los bolsillos de mi chaqueta.

Sin saber qué hacer. Sin saber qué decir.

Aiden está a mi lado, tan cerca que si extendiera la mano lo tocaría.

Pero no lo hago. Por supuesto que no lo hago.

Linda vuelve.

—El doctor Jensen puede veros ahora. Seguidme.

Asiento.

La sigo por el pasillo. Aiden viene detrás.

Entramos en una consulta pequeña, con una camilla, una báscula e instrumentos médicos en la pared.

El doctor Jensen está dentro. Es un hombre de unos sesenta años, con el pelo gris, gafas y expresión amable.

—Sheriff —dice—. Linda me ha contado lo que ha pasado.

—Doctor Jensen —responde Aiden—. Esta es Annie Calloway. Trabajadora social del condado de Park.

El doctor me mira. Y su expresión cambia.

—¿Annie Calloway? —dice—. ¿La pequeña Annie de los Calloway?

Se me tensa el estómago.

—Sí. Hola, doctor Jensen.

—Dios mío. Han pasado años desde la última vez que te vi. ¿Cuántos?

—Diez.

—Estás idéntica. Bueno, no. Estás mayor. Pero sigues teniendo esas pecas. —Sonríe—. Tu madre solía traerte aquí cada vez que te caías. Que era bastante a menudo.

No puedo evitar sonreír un poco.

—Sí. No tenía una buena coordinación de pequeña.

—¿Y ahora trabajas en servicios sociales?

—Sí.

—Bien por ti. Seguro que tus padres están muy orgullosos.

Asiento. Porque no sé qué más decir.

El doctor Jensen mira a Aiden. Luego a mí.

—Bueno —dice—. Dejadme ver a este bebé.

—¿Puedo? —pregunta señalando al niño que Aiden tiene en brazos.

Aiden se lo pasa. Con cuidado.

El doctor Jensen lo coloca sobre la camilla. Empieza a examinarlo.

El bebé es muy bueno porque no se queja mucho.

Le mira los ojos, los oídos. Escucha su corazón con el estetoscopio, le palpa el abdomen, le mide la cabeza, el peso, la altura.

Nosotros esperamos.

Yo tomo notas en mi carpeta, escribiendo cada detalle, cada observación.

Intentando concentrarme en el trabajo. Intentando no pensar en el hombre que está a medio metro de mí.

Después de lo que parece una eternidad, el doctor Jensen se gira hacia nosotros.

—Está sano, muy bien cuidado, bien alimentado, sin señales de maltrato o negligencia. Yo diría que tiene unos tres meses, quizá un poco menos. Sin más pruebas es difícil precisarlo.

—¿Tres meses? —pregunto.

—Sí. Basándome en su peso, su altura y su desarrollo general, yo diría que sí.

Escribo la información.

—¿Necesita algo? —pregunta Aiden—. ¿Vacunas? ¿Medicación?

—No. Está perfectamente. Quien lo haya cuidado hasta ahora lo ha hecho de maravilla. No puedo asegurarlo al cien por cien sin más pruebas, pero yo diría que tiene todas sus vacunas. Está limpio, sano. Es un bebé muy afortunado.

Miro a Aiden.

Él me mira a mí.

Y sé que los dos estamos pensando lo mismo.

¿Por qué?

¿Por qué alguien que ha cuidado tan bien de un bebé durante tres meses de repente lo abandona?

—Gracias, doctor —digo.

—De nada. Si necesitáis cualquier cosa, no dudéis en llamarme.

Asiento.

Aiden coge al bebé. Lo sostiene contra su pecho.

Y salimos.

Caminamos por el pasillo, salimos de la clínica, volvemos al coche.

En silencio.

Un silencio que ya no es incómodo. Es algo más. Es compartido.

Porque los dos acabamos de darnos cuenta de lo mismo.

Este caso va a ser más complicado de lo que pensábamos.

Porque no buscamos a unos padres negligentes. Buscamos a unos padres que aman a su hijo. Y que, por lo que sea, no pueden quedarse con él.

Subimos al coche.

Aiden arranca.

Y mientras conducimos de vuelta a la comisaría, solo puedo pensar una cosa.

Aunque jamás lo reconocería en voz alta. Aunque me duela admitirlo.

Este bebé tiene suerte. Tiene suerte de que lo hayan dejado con Aiden Cooper.

Porque Aiden es muchas cosas. El hombre que no me quiso y me rompió el corazón. Un cabezota.

Pero es el hombre más protector que he conocido. Y sé sin la menor duda que este bebé va a estar bien.

Pase lo que pase. Va a estar bien.

CAPÍTULO 7

ANNIE

De vuelta en la comisaría, la frustración me come viva.

Llevo horas llamando a hospitales, a clínicas, a servicios sociales de condados cercanos.

Nada.

Este bebé ha aparecido de la nada.

Cierro la última carpeta, me froto los ojos. Me duele la cabeza. Llevo desde la mañana sin comer nada y son casi las tres de la tarde.

La puerta se abre.

Tommy entra con una bolsa de papel en las manos.

—He traído bocadillos —dice—. Pensé que tendríais hambre.

—Gracias —respondo.

Deja la bolsa sobre el escritorio, saca dos bocadillos envueltos, dos botellas de agua.

—De nada. —Hace una pausa—. ¿Alguna pista?

—Ninguna.

Asiente y sale del despacho.

Aiden está sentado en su silla, con el bebé dormido en sus brazos. Me mira.

—Tienes que comer algo.

—Lo sé.

Cojo uno de los bocadillos, lo desenvuelvo, le doy un mordisco sin prestar atención a lo que es.

Jamón y queso.

Como mecánicamente mientras reviso mis notas una última vez.

Aiden hace lo mismo. Comiendo con una mano mientras sostiene al bebé con la otra.

Y esa imagen me cierra el estómago. Es demasiado doméstica. Demasiado familiar.

Aparto la vista.

Termino el bocadillo, bebo un poco de agua, cierro la carpeta.

—Bien —digo—. Creo que ya he hecho todo lo que podía hacer aquí.

Aiden me mira.

—¿Y ahora qué?

—Ahora me llevo al bebé a mi oficina de servicios sociales. Allí tenemos más recursos, más contactos. Seguiré investigando desde ahí.

Aiden se queda quieto. Inmóvil.

—No.

—¿Perdona?

—Que no. El bebé no se va a ninguna parte.

—Aiden, no podemos quedarnos aquí sin hacer nada. Necesito llevarlo a ...

—El bebé se queda conmigo.

Me quedo mirándolo.

—Las cosas no funcionan así.

—Sí funcionan así. Me lo dejaron a mí. Con una nota pidiéndome a mí que lo cuide. Eso significa algo.

—Significa que te conocían. Que confiaban en ti. Pero eso no te da derechos legales sobre él.

—Me da la responsabilidad. Y no voy a dejar que te lo lleves.

Se me tensa la mandíbula.

—Yo soy la trabajadora social asignada a este caso. Es mi responsabilidad gestionar la situación. Y la situación requiere que el bebé venga conmigo.

Aiden se levanta, con el bebé todavía en brazos, camina hacia mí. Se detiene a medio metro y me mira tan fijo que me corta la respiración.

—Pues parece que nuestras vidas se han quedado unidas, Annie.

El pulso me sube de golpe.

—¿Qué?

—Has dicho que es tu responsabilidad. Y yo te digo que es la mía. Así que si quieres estar con el bebé, vas a tener que estar conmigo.

Y me lanza una sonrisa tan amplia que parece que acabe de ganar la lotería.

Mi estúpido corazón se acelera.

—Eso es ridículo.

—Es la realidad.

—No puedes... no tienes derecho a...

—Tengo todo el derecho. Me dejaron al bebé a mí, en mi comisaría, bajo mi cuidado.

Me levanto. Doy un paso hacia él.

—Por encima de mi cadáver.

Enarca una ceja.

—¿Perdona?

—No voy a quedarme contigo solo porque te parezca buena idea. Hay protocolos, hay leyes, hay procedimientos que seguir.

—Pues síguelos.

—Eso voy a hacer.

Cojo mi móvil. Marco el número de mi jefa Margaret con dedos que tiemblan de rabia.

Aiden me mira. Con una expresión tranquila que me pone de los nervios.

Como si supiera lo que va a pasar.

Margaret contesta al tercer tono.

—Annie. ¿Va todo bien con el caso?

—No. Tenemos un problema.

—Cuéntame.

—El sheriff se niega a dejar que me lleve al bebé de vuelta a Park.

—¿Por qué?

—Porque dice que se lo dejaron a él y que tiene derecho a quedárselo.

Margaret se queda callada durante un segundo.

—¿El bebé que fue abandonado en su comisaría?

—Sí.

—¿Con una nota a su nombre?

—Sí, pero...

—Entonces tiene razón.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—Si el bebé fue abandonado bajo su cuidado, eso establece una vinculación legal. El sheriff tiene derecho a quedarse con el bebé hasta que se resuelva el caso.

—Pero...

—Annie, escúchame. Tu trabajo es asegurarte de que el bebé está bien cuidado, de que se siguen todos los protocolos, de que se investiga correctamente. Y para hacer eso tienes que estar donde está el bebé. Él es un hombre de ley. Ojalá todos estos casos se diesen en circunstancias así.

—Margaret.

—Te estoy asignando este caso oficialmente. Quiero que te quedes en Millbrook, que trabajes con el sheriff, que hagáis todo lo posible por encontrar a los padres.

Dios mío. No me puedo creer que esto esté pasando.

¿Tanto me odia la vida?

—¿Durante cuánto tiempo?

—El que haga falta. Como ya sabes, hay un periodo de dos meses antes de que, si no aparecen los padres, el bebé pueda ser dado en adopción. Hasta entonces, tienes que agotar todas las vías para encontrarlos. ¿Entendido?

Se me cierra la garganta.

—Entendido.

—Bien. Mantenme informada.

Cuelga.

Y yo me quedo ahí, con el móvil en la mano, mirando la pantalla.

Si no resuelvo pronto este caso voy a tener que quedarme aquí. Durante dos meses. Dos meses en Millbrook.

Cerca de Aiden.

—¿Y bien? —pregunta.

Levanto la vista.

Me está mirando con esa expresión. Esa que dice que ya sabía lo que iba a pasar.

Tengo que forzarle para no mandarlo a la mierda.

—Tienes razón —digo entre dientes—. Tienes vinculación legal con el bebé. Puedes quedártelo.

—Lo sé.

—Pero yo también me quedo. Mi jefa me ha asignado el caso oficialmente. Tengo que asegurarme de que el niño está bien. Así que te aguantas conmigo.

—No hay problema —responde con una sonrisa enorme.

—Bien. Entonces voy a coger una habitación de hotel. Me quedo con el bebé allí. Y nos coordinamos cada día para...

—No.

—¿Otra vez no? Vamos, Aiden. No hagas todo tan difícil.

—El bebé no va a ningún hotel.

—El bebé se viene conmigo y yo me voy a un hotel.

—Y yo te estoy diciendo que no.

—No puedes decirme dónde alojarme.

—Puedo, si tiene que ver con el bebé. —Da un paso hacia mí—. Tu jefa ha dicho que tienes que asegurarte de que el bebé está bien cuidado y yo no me voy a separar de él. ¿Cómo vas a hacer eso desde un hotel?

—No seas cabezota, Aiden.

—No pienso transigir en esto.

—¡No estás transigiendo en nada!

—Solo quiero tener al bebé conmigo.

Sus palabras me derriten.

Y lo odio. Lo odio con toda mi alma.

—Tengo espacio —continúa—. Una habitación de invitados con baño propio. Privacidad. Y el bebé va a estar mejor en una casa que en un hotel.

—No voy a vivir contigo.

—No vas a vivir conmigo. Vas a vivir en mi casa. Que es diferente.

—No lo es.

—Sí lo es.

Nos quedamos ahí. Mirándonos. Con apenas un metro de distancia entre nosotros.

La tensión se palpa. Espesa. Eléctrica.

—Esto es una locura —digo.

—Es la única opción lógica.

—Tiene que haber otra forma.

—No la hay. —Su voz se suaviza—. Annie, sé que esto no es lo que querías. Sé que soy la última persona a la que querrías tener cerca. Pero el bebé nos necesita. A los dos. Y la única forma de hacer esto bien es trabajar juntos.

Se me hace un nudo en el estómago.

Porque tiene razón. En todo. Y eso me mata.

—Bien —digo al final—. Pero quiero que quede claro que esto es solo por el bebé.

—Por supuesto.

—Y que vamos a mantener las distancias.

—Lo que tú quieras.

—Y que en cuanto encontremos a los padres, me voy.

—Entendido.

No me fío de él. No me fío de cómo me mira.

Como si esto fuera más que un arreglo profesional. Como si significara algo.

—Te espero fuera —digo solo porque necesito un poco de espacio. Si me quedo delante de él durante más tiempo me voy a ahogar.

—Vale. Yo preparo al bebé para que nos vayamos.

Salgo del despacho, cruzo la comisaría.

Tommy me mira cuando paso.

—¿Todo bien?

—Perfectamente.

Mentira. Nada está bien.

Salgo de la comisaría. El aire fresco me golpea en la cara, pero no me ayuda.

Nada me va a ayudar.

Porque acabo de aceptar irme a vivir con Aiden Cooper. El hombre al que llevo diez años intentando olvidar. El hombre que me rompió el corazón. El hombre al que, aparentemente, mi estúpido corazón sigue queriendo.

Subo y bajo la calle intentando calmarme, pero no lo consigo.

Cuando regreso a la comisaría veo el todoterreno de Aiden con el maletero abierto.

Me acerco con curiosidad.

Y veo que dentro hay una cuna desmontada y bolsas llenas de ropa de bebé, pañales, biberones.

—¿De dónde ha salido todo esto? —pregunto cuando Aiden sale con el bebé.

—Me lo ha dado la gente del pueblo. —Coloca al bebé en la silla del coche—. La señora Mitchell trajo la cuna, el viejo Joe trajo ropa, la señora Perkins más leche y pañales.

—¿Cuándo?

—Mientras estábamos trabajando.

Me quedo mirándolo.

—Todo el mundo sabe lo del bebé.

—Es Millbrook. Todo el mundo sabe todo.

Claro. Por supuesto. Y por supuesto que quieren ayudar.

Porque así es este pueblo.

—¿Lista? —pregunta Aiden.

—No.

—Pues vamos de todas formas.

Cierra el maletero, rodea el coche y se sube.

Y yo me quedo ahí, de pie, sin saber qué demonios estoy haciendo con mi vida.

Subo a mi coche, arranco, sigo al todoterreno de Aiden.

Y mientras conduzco por las calles de Millbrook, solo puedo pensar una cosa.

Voy a tener que vivir bajo el mismo techo que Aiden Cooper hasta que encontremos a los padres del bebé.

Y no sé cómo voy a conseguirlo sin que se me rompa otra vez el corazón.

CAPÍTULO 8

AIDEN

La casa está tal y como la dejé esta mañana. Silenciosa, ordenada, vacía.

Excepto que ahora no lo está.

Porque Annie está de pie en mitad de mi salón. Y el bebé duerme en mis brazos.

Y joder.

No sé qué he hecho para merecer esto. No sé qué he hecho bien en esta vida para que el destino me dé esta segunda oportunidad, pero la voy a aprovechar.

Aquí están. Los dos. En mi casa.

Y algo me explota dentro hasta robarme el aire.

—Bueno —digo intentando que mi voz suene normal—. Esta es la casa.

Annie mira a su alrededor, con los brazos cruzados, con una expresión que grita que preferiría estar en cualquier otro sitio.

—Es bonita —dice.

Pero su tono es frío, cortante.

Está cabreada. Muy cabreada.

Y joder si eso no la hace todavía más irresistible. Siempre me gustó mucho que tuviese carácter.

—La cocina está ahí —continúo señalando—. El salón aquí. El baño de abajo, al fondo del pasillo.

—Genial.

—Las habitaciones están arriba. Te las enseño.

Camino hacia las escaleras. Annie me sigue. Siento su mirada clavada en la espalda.

Subo.

Llego al pasillo de arriba. Señalo la primera puerta a la derecha.

—Esta es la habitación de invitados.

Abro la puerta. La habitación es pequeña, pero acogedora, con una cama doble, armario y una ventana con vistas al jardín trasero.

Annie entra. Mira a su alrededor.

—Está bien.

—El baño está ahí. Tiene toallas limpias, jabón, todo lo que necesites.

—Perfecto.

—Mi habitación está al final del pasillo. Voy a montar la cuna ahí. Para tener al bebé cerca esta noche.

Asiente. Sin mirarme.

—Por supuesto. No esperaba menos —responde con ironía.

Nos quedamos ahí. En silencio.

La tensión se palpa. Espesa. Eléctrica.

Annie sigue sin mirarme, sigue con los brazos cruzados, con esa postura defensiva con la que levanta muros a toda velocidad.

—Voy a bajar las cosas del coche —digo—. ¿Puedes sostener al bebé?

Me mira. Por fin.

—Claro.

Le paso al bebé, con cuidado.

Nuestras manos se rozan. Nuestros cuerpos quedan demasiado cerca.

Y esa descarga eléctrica vuelve.

Annie aparta la vista, da un paso atrás. Coge al bebé, lo acurruca contra su pecho.

Y la imagen que forman los dos despierta una bestia dentro de mí.

Son míos.

Los dos. Están en mi casa. Donde deberían haber estado siempre.

—Ahora vuelvo —digo.

Bajo las escaleras, salgo de casa.

El todoterreno sigue con el maletero abierto, lleno de cosas.

Empiezo a sacar todo: la cuna desmontada, las bolsas de ropa, los pañales, los biberones.

Hago tres viajes, subiendo y bajando las escaleras.

Annie ha bajado al salón y está sentada en el sofá, con el bebé en brazos, mirando por la ventana.

No dice nada.

Yo tampoco.

Pero noto su rabia, su frustración.

Y una parte de mí —esa parte primitiva que llevo años intentando controlar— se alegra de cojones de que esté así.

Porque significa que le importa. Porque significa que esto le está afectando tanto como a mí.

Subo las cosas a mi habitación. Empiezo a montar la cuna.

Las instrucciones son un desastre. Están en tres idiomas y no entiendo ninguno.

Pero no me importa.

Porque Annie está en mi casa. Porque la oigo abajo, hablándole bajito al bebé. Porque esto es real.

Veinte minutos más tarde la cuna está montada, junto a mi cama, con las sábanas que me dio la señora Mitchell y una manta suave.

Perfecto.

Bajo las escaleras.

Annie levanta la vista cuando entro en el salón.

—¿Ya está?

—Sí.

—Bien.

Se levanta. Con el bebé todavía en brazos.

—Necesito ropa —dice—. Para dormir.

—Puedo dejarte algo mío.

—No hace falta.

—Annie. Vas a estar incómoda. Déjame que te deje algo.

Me mira. Resistencia y resignación se le mezclan en los ojos.

—Vale —dice al final—. Pero mañana voy a por mis cosas.

—Mañana vamos a por tus cosas —corrijo.

Frunce el ceño.

—Puedo ir sola.

—No voy a dejarte ir sola. Vas conmigo.

—Aiden.

—No es negociable.
Aprieta la mandíbula. Pero calla.
Subo las escaleras. Voy a mi habitación. Abro el armario.
Busco algo que pueda servirle.
Una camiseta. La primera que encuentro. Gris, suave, gastada de tantos lavados.
Unos pantalones de chándal, con cordón, para que pueda ajustárselos.
Los cojo. Bajo.
Annie sigue en el salón. Meciendo al bebé.
—Toma —digo ofreciéndole la ropa.
Me mira. Mira la ropa.
Y por un segundo veo algo en su expresión. Algo vulnerable. Pero desaparece tan rápido que casi creo que me lo he imaginado.
—Gracias —dice.
Coge la ropa. Nuestros dedos se rozan.
Y esa electricidad vuelve. Más fuerte esta vez.
Annie aparta la mano rápido. Como si se hubiera quemado.
—Voy a cambiarme.
—Vale.
Sube las escaleras.
Y yo me quedo ahí, de pie en mitad del salón, con el pulso latiéndome en la garganta.
Porque Annie Calloway está en mi casa. Porque está a punto de ponerse mi ropa. Porque llevo diez años soñando con esto y ahora está pasando.
Y no sé si voy a sobrevivir a esta noche.

Diez minutos más tarde estoy en la cocina.
Preparando el biberón para el bebé. Intentando concentrarme en algo que no sea en que Annie está arriba, en mi casa, vistiéndose.
Caliento el agua, mido el polvo de la leche, mezclo.
Y entonces la oigo.
Sus pasos en las escaleras.

Me giro.
Y el mundo se detiene.
Annie está ahí.
Al pie de las escaleras.
Vestida con mi ropa.
La camiseta le queda enorme. Le cae por un hombro dejando ver la curva del cuello, la clavícula, esa piel que llevo diez años sin ver.
Se ha enrollado los pantalones en la cintura, varias veces. Y aun así le quedan largos, arrastrando un poco por el suelo.
Tiene el pelo suelto. Cayéndole por los hombros en ondas desordenadas.
Y está...
Joder.
Está preciosa. Está jodidamente preciosa con mi ropa.
Se me olvida respirar. Se me olvida cómo funciona el cuerpo.
Solo puedo mirarla.
Y mi cuerpo reacciona como no toca.
Me pongo duro.
Así.
De golpe.
Solo de verla.
Vestida con mi ropa. En mi casa. Como si fuera suya. Como si siempre hubiera estado aquí.
Mía.
La palabra retumba dentro. Primitiva. Absoluta.
Mía.
—¿Estás bien? —pregunta Annie.
Su voz me saca del trance.
—Sí.
Pero mi voz sale ronca, rasposa.
Annie frunce el ceño, me mira como si intentara descifrar algo.
—¿Seguro?
—Sí. De maravilla.
Mentira. No estoy bien. Estoy del todo perdido.
Bajo la vista. Me concentro en el biberón, en comprobar la temperatura, en cualquier cosa que no sea mirarla.

Porque si la miro otra vez voy a hacer algo estúpido.
Como cruzar la distancia que nos separa. Como tocarla. Como besarla hasta que se olvide de por qué está cabreada.

—El biberón está listo.

Salgo de la cocina. Annie me sigue.

Acurruco al bebé contra mi pecho y me siento en el sofá.

Annie se sienta a mi lado, dejando un espacio entre nosotros.

Un espacio que parece demasiado grande y demasiado pequeño a la vez.

Le acerco el biberón al bebé. La tetina roza sus labios. Abre la boca, empieza a chupar.

Y nos quedamos ahí. Los dos en el sofá mirando al bebé entre nosotros.

En silencio.

Un silencio que no es incómodo. Es otra cosa.

Es íntimo. Es doméstico. Es todo lo que siempre he querido.

Miro a Annie de reojo.

Está mirando al bebé, con una expresión suave, tierna.

Y el pecho se me expande.

Porque esto.

Esto es lo que debería haber sido siempre.

Annie en mi casa, un bebé entre nosotros, una vida juntos.

Si no hubiera sido tan cobarde hace diez años. Si le hubiera dicho la verdad. Si hubiera luchado por ella.

Pero no lo hice.

Y ahora tengo esta segunda oportunidad.

Y no pienso desperdiciarla.

El bebé termina el biberón. Lo coloco contra mi hombro, le doy palmaditas suaves en la espalda.

Eructa. Un eructo pequeño pero satisfecho.

Annie sonríe.

—Bien hecho.

—Gracias.

—¿Quieres acostarlo?

—Sí.

Me levanto. Annie me sigue.

Subimos las escaleras, entramos en mi habitación.
La cuna está ahí. Perfecta. Esperando.
Coloco al bebé dentro, con tanto cuidado que casi contengo la respiración.
Lo tapo con la manta, le acaricio la cabecita.
El bebé suspira, se acomoda, cierra los ojos.
Y en menos de un minuto está dormido.
—Lo has hecho muy bien —susurra Annie.
Me giro hacia ella.
Está ahí. A medio metro. Con mi ropa. En mi habitación.
Y hay algo en sus ojos que no puedo descifrar.
—Tú también —respondo.
Nos quedamos ahí, mirándonos.
Y por primera vez en diez años me siento completo.

CAPÍTULO 9

ANNIE

Cuando el bebé se queda dormido, nos quedamos los dos, de pie junto a la cuna, mirándolo.

El silencio se extiende entre nosotros, espeso. Casi se palpa.

Y no sé qué hacer con él. No sé qué hacer con esta sensación de estar justo donde debería, cuando sé que no debería sentirla.

No con un hombre que me demostró hace años que le daba igual que me fuese.

El bebé respira suave, acompasado, ajeno a la tensión que llena la habitación.

—Tenemos que cenar —dice Aiden en voz baja.

Me giro hacia él.

Y me doy cuenta de que está demasiado cerca de mí.

—No tengo hambre.

—Annie. —Su voz es suave pero firme—. No has comido nada desde el bocadillo de esta tarde. Son casi las nueve.

Tiene razón. Y lo odio.

Odio que tenga razón. Odio que se preocupe. Odio que su preocupación me haga sentir cálida por dentro cuando debería estar furiosa.

—Vale —digo al final—. ¿Qué tienes?

—Puedo hacer pasta. O huevos. O pedir algo si prefieres.

—Pasta está bien.

Asiente.

Y ese gesto, tan simple y tan normal, me cierra el estómago.

Porque esto es lo que hacen las parejas.

Deciden qué cenar juntos, comparten el espacio, se cuidan el uno al otro.

Y nosotros no somos una pareja. No lo somos.

Aunque mi corazón parezca no haberse enterado.

Salimos de la habitación, bajamos las escaleras. En silencio.

Cada escalón me acelera un poco más el pulso.

Porque estoy bajando las escaleras de la casa de Aiden Cooper, vestida con su ropa, a punto de cenar con él, después de acostar a un bebé.

Como si esto fuera normal. Como si esto fuera algo que hacemos todos los días.

Llegamos a la cocina.

Tiene encimeras de madera oscura, electrodomésticos de acero inoxidable, una mesa pequeña junto a la ventana que da al jardín trasero.

Todo está limpio, ordenado, cuidado.

Como el resto de la casa.

Aiden siempre ha sido una persona muy cuidadosa. Todo lo contrario a mí.

Me siento en uno de los taburetes que hay junto a la encimera, porque no sé qué más hacer. Si supiera dónde están las cosas o no me importase rebuscar en su cocina, yo misma me pondría a preparar la cena.

Aiden se mueve por la cocina con una familiaridad que me oprime el pecho.

Abre un armario, saca un paquete de pasta.

Llena una olla con agua, la pone al fuego.

Saca tomates del frigorífico, una cebolla, ajo.

Y empieza a picar.

Yo lo observo.

No puedo evitarlo.

Observo cómo sus manos —esas manos grandes y fuertes que he visto sostener al bebé con tanta ternura— manejan el cuchillo con precisión. Observo cómo sus músculos se mueven bajo la camiseta cada vez que corta algo. Observo cómo se concentra con esa entrega que siempre ha sido suya.

Y se me revuelve el estómago.

Porque esto es demasiado doméstico. Demasiado íntimo. Demasiado parecido a algo que he soñado durante años y que nunca pensé que tendría.

Aiden cocinando para mí mientras yo lo observo vestida con su ropa.

Como si esto fuera real. Como si esto fuera nuestro.

Y lo peor de todo es que a mi corazón le gusta.

A mi estúpido e idiota corazón traicionero le encanta esta imagen.

Le encanta estar aquí. Le encanta verlo. Le encanta sentirse parte de esto.

Y eso me aterroriza.

Porque no puedo permitir que esto sea real. No puedo permitir que Aiden vuelva a tener este poder sobre mí. No puedo permitir que mi corazón crea que esto es algo más que un trabajo.

Eres tonta, me digo. Una tonta integral.

Llevas diez años intentando olvidarlo y bastan unas horas a su lado para que tu corazón se comporte como si nunca te lo hubiera roto en pedazos. Como si no te hubiera dejado ir con un «me gustas» que no significaba nada. Como si no hubieras pasado años llorando por él.

—¿En qué piensas? —pregunta Aiden.

Su voz me sobresalta.

—En nada.

—Tienes esa arruga entre las cejas que aparece cuando estás pensando demasiado.

Me tenso.

—No tengo ninguna arruga.

Se gira. Me mira. Y sonríe.

Una sonrisa pequeña, pero real.

—Sí la tienes. Justo ahí. —Señala su propia frente—. Siempre la has tenido. Desde que éramos niños.

Se me corta la respiración.

Porque se acuerda. Después de diez años, se acuerda de ese detalle.

—Aiden.

—Lo sé. —Vuelve a la cocina—. Esto es profesional. Solo trabajo.

Echa la pasta al agua hirviendo, remueve.

—Pero estás muy callada —continúa—. Y conozco ese silencio.

—No me conoces.

Se queda quieto.

Y luego se gira, despacio. Me mira con esa intensidad que siempre me ha desarmado.

—Te conozco, Annie. Siempre te he conocido.

—Hace diez años que no nos vemos.

—Y aun así sigo conociendo esa arruga entre tus cejas, sigo sabiendo que cuando cruzas los brazos es porque estás construyendo muros, sigo sabiendo que cuando te muerdes el labio inferior es porque estás intentando no decir algo.

Se me acelera el corazón.

Porque tiene razón. En todo.

Y eso lo complica todo más.

—Las personas cambian —digo.

—Sí. Pero tú sigues siendo tú. Y yo sigo siendo yo. Y lo que había entre nosotros sigue estando aquí. Lo sientas o no.

—Según tú no había nada. Así que eso desmonta tu argumento entero.

Aiden aprieta la mandíbula, molesto por mis palabras, pero no se defiende.

Regresa a los fuegos, termina la salsa, escurre la pasta, sirve dos platos. Los lleva a la mesa junto a la ventana y los coloca uno frente al otro.

—Ven —dice.

Me levanto, camino hacia la mesa, me siento.

Aiden se sienta frente a mí.

Y de repente el espacio parece más pequeño. Más íntimo. Como si la mesa no fuera suficiente distancia entre nosotros.

Empezamos a comer en silencio.

La pasta está buena, mejor de lo que esperaba. El tomate está en su punto, el ajo no es demasiado, todo está equilibrado.

—Cocinas bien —digo sin pensar.

—Gracias. Tuve que aprender: cuando vives solo, o aprendes o comes basura todos los días.

Asiento.

Seguimos comiendo.

El silencio se extiende. Pero no es incómodo. Es otra cosa.

Es consciente. Es cargado. Es como si los dos estuviéramos esperando que el otro diga algo, pero ninguno se atreve.

—Tenemos que ponerle nombre al bebé —dice Aiden de repente.

Levanto la vista.

—¿Qué?

—Un nombre. —Deja el tenedor—. De mientras. Hasta que sepamos cómo se llama de verdad.

Me quedo mirándolo.

—No sé si es buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque... porque ponerle nombre lo hace más real, más personal.

—Ya es personal, Annie.

Su voz es suave. Pero hay algo en ella. Algo definitivo.

—Ese bebé apareció en mi comisaría esta mañana —continúa—. Y desde ese momento ha sido personal. Pero ahora estamos aquí, los tres, en mi casa. Y va a estar con nosotros durante días. Quizá semanas. No podemos seguir llamándolo «el bebé».

Tiene razón.

Otra vez.

Y eso me frustra.

Porque el niño se merece tener un nombre.

—¿Qué nombre le pondrías tú? —pregunto.

Se queda pensando. Tamborilea con los dedos sobre la mesa.

Y ese gesto, tan familiar, me cierra la garganta.

Porque le he visto hacer eso mil veces.

Cuando estudiábamos juntos en la biblioteca. Cuando intentaba resolver un problema de matemáticas. Cuando estaba nervioso por algo, pero no quería admitirlo.

—¿Qué te parece Bob? —dice al final.

Lo miro. Incredula.

—¿Bob?

—Sí. Bob. Es un buen nombre.

—Es horrible.

—¿Qué tiene de malo Bob?

—Todo. Tiene todo de malo. No puedes ponerle Bob a un bebé.

—¿Por qué no?

—Porque... porque no. Porque es un nombre de señor mayor que trabaja en una ferretería. No de un bebé.

Aiden sonríe.

Y esa sonrisa me oprime el estómago.

—Tienes razón —dice—. Parece que tengo un pésimo gusto para los nombres.

—Desde luego.

—Entonces tú eliges.

—No he dicho que yo vaya a elegir.

—Pero lo harás mejor que yo. Según tú.

Aprieto los labios para no sonreír.

Porque esto. Esta conversación tonta sobre nombres ridículos. Resulta demasiado fácil. Demasiado cómoda. Demasiado parecida a lo que solíamos tener.

—Bien —digo al final—. Siempre me ha gustado el nombre Dean.

Aiden deja de sonreír.

Me mira. Tan fijo que se me acelera el pulso.

—¿Dean?

—Sí. —Bajo la vista a mi plato—. Si alguna vez tuviera hijos, me gustaría que uno se llamara Dean. No sé por qué. Simplemente siempre me ha gustado ese nombre.

El silencio que sigue es pesado. Tan pesado que se me pega a la piel.

Levanto la vista.

Aiden me mira de tal forma que se me olvida respirar.

—Entonces se llamará Dean —dice.

Su voz suena ronca. Cargada de algo que no puedo identificar.

—Si ese es el nombre que te gusta —continúa—, ese nombre tendrá tu primer bebé.

Me da un vuelco el corazón.

—No es mi bebé —consigo decir.

—Sí lo es.

—Aiden...

—Está a nuestro cargo, Annie. De los dos. —Se inclina hacia delante—. Tú eres la trabajadora social. Yo soy quien lo tiene bajo custodia temporal. Eso nos hace responsables de él. Juntos.

—Eso no lo hace nuestro.

—¿No?

—No.

—Entonces explícame qué lo hace nuestro. Porque desde donde yo estoy, un bebé que duerme en mi casa, al que tú y yo estamos cuidando juntos, al que le estamos poniendo nombre juntos, suena bastante nuestro.

Se me cierra la garganta.

Porque tiene razón.

Y porque la forma en que lo dice. Con esa voz, con esa mirada, con esa intensidad.

Hace que suene a algo más. Hace que suene a familia.

Y eso me aterroriza.

—Es temporal —digo—. En cuanto encontremos a sus padres...

—¿Y si no los encontramos?

—Los encontraremos.

—¿Y si no?

—Entonces entrará en el sistema. Será adoptado por otra familia.

—O podría quedarse aquí.

Se me corta la respiración.

—Aiden.

Me sostiene la mirada.

—Estás loco.

—Estoy hablando en serio.

—Hace menos de veinticuatro horas que lo conoces.

—Y ya lo quiero como si fuera mío.

Las palabras me golpean en el pecho. Con fuerza. Con una honestidad brutal que hace que se me llenen los ojos de lágrimas que no voy a dejar salir.

—Aiden, no puedes hablar en serio.

—Sí puedo. Y voy a hacerlo. Voy a luchar por quedármelo. Y si tú estás aquí, si eres parte de esto, entonces también es tuyo. Tanto si

quieres admitirlo como si no.

Me levanto.

La silla raspa contra el suelo con un ruido que rompe el silencio.

—Tengo que irme a dormir.

—Annie.

—Gracias por la cena.

Salgo de la cocina antes de que diga nada más.

Subo las escaleras. Cada escalón se me hace eterno. El corazón me late tan rápido que me duele.

Tu primer bebé.

Nuestro.

No puede decir esas cosas. No puede mirarme así. No puede hacer que mi corazón sienta cosas que no debería sentir.

Entro en la habitación de invitados, cierro la puerta.

Y me apoyo contra ella. Las piernas me tiemblan.

Respiro hondo. Una vez. Dos.

Pero no sirve de nada.

Porque todo lo que puedo ver es la cara de Aiden cuando ha dicho «nuestro».

Como si fuera lo más natural del mundo. Como si los tres —Dean, él y yo— fuéramos una familia.

Y lo peor.

Lo peor de todo.

Es que una parte de mí quiere creerle. Una parte de mí quiere quedarse. Quiere ser parte de esto. Quiere tener un hogar propio, una familia, alguien que la mire como Aiden me ha mirado esta noche. Como si yo fuera todo lo que siempre ha querido.

Me meto en la cama, me tapo hasta la barbilla con el edredón.

E intento no pensar.

Pero es imposible.

Porque Aiden está a unos metros.

En su habitación.

Con Dean durmiendo en la cuna junto a su cama.

Y yo estoy aquí. Vestida con su ropa. Durmiendo en su casa.

Como si fuera mi sitio.

Y mi corazón, ese idiota traicionero, late como si estuviera de acuerdo.

Cierro los ojos, e intento dormir.

Pero todo lo que puedo ver es a Aiden.

Mirándome como si esta vez no fuera a dejarme ir.

CAPÍTULO 10

AIDEN

Me quedo en la cocina mucho rato después de que Annie suba.

Sentado en la mesa, mirando su plato a medio terminar, intentando procesar lo que acaba de pasar.

La he asustado. Lo sé.

He ido demasiado rápido. He dicho demasiado. He dejado que viera demasiado de lo que siento.

Y ha salido corriendo.

Como sabía que haría.

Pero no me arrepiento. No puedo arrepentirme.

Porque cada palabra que he dicho era verdad.

Dean es nuestro. Aunque solo sea temporalmente. Aunque ella no quiera admitirlo.

Ese bebé duerme en mi casa, lleva mi ropa, lo alimento. Y Annie está aquí, cuidándolo conmigo.

Eso nos hace una familia.

Aunque sea la familia más rara y disfuncional del mundo.

Me levanto, recojo los platos, los llevo al fregadero.

Lavo, seco, guardo.

Movimientos automáticos que me dan algo en qué concentrarme que no sea en Annie arriba.

Pero no funciona.

Porque todo en esta casa me recuerda a ella ahora.

Cómo se sentó en ese taburete. Cómo frunció el ceño cuando sugerí el nombre de Bob solo para hacerla reír. Cómo se le iluminaron los ojos cuando dijo Dean. Cómo se asustó cuando le dije que ese bebé era suyo.

Todo.

Cada rincón de esta casa que era mía ahora está lleno de ella.
Y no quiero que se vaya. Nunca.
Termino de limpiar, apago las luces, subo las escaleras.
El pasillo está oscuro y en silencio. La puerta de la habitación de invitados está cerrada.
Me detengo frente a ella. Y me quedo ahí.
Como un idiota. Mirando esa puerta. Sabiendo que ella está al otro lado.
En mi casa. Con mi ropa. Durmiendo en mi cama de invitados. A unos metros de mí.
Y es una tortura.
Porque podría llamar a esa puerta. Podría entrar. Podría decirle todo lo que llevo diez años queriendo decirle.
Pero no lo hago.
Porque Annie necesita tiempo. Necesita espacio. Necesita procesar lo que está pasando sin que yo la presione.
Así que me obligo a alejarme.
Entro en mi habitación, cierro la puerta con cuidado para no hacer ruido.
Dean duerme en la cuna, tranquilo, ajeno a todo.
Me cambio: me quito la camiseta, me pongo unos pantalones de pijama.
Y me meto en la cama.
Pero en cuanto me tumbo sé que no voy a poder dormir.
Porque todo lo que puedo pensar es en Annie.
En cómo ha bajado esas escaleras vestida con mi ropa hace unas horas.
La camiseta gris que le quedaba enorme, cayéndole por un hombro, dejando al descubierto la piel que me vuelve loco.
Los pantalones, que se había enrollado varias veces en la cintura y aun así arrastraban por el suelo.
El pelo suelto, cayéndole por los hombros en ondas desordenadas. Me daban ganas de hundir las manos.
Cómo olía a mi suavizante cuando se acercaba. A mi jabón.
Como si fuera mía.
Cierro los ojos para dejar de ver esas imágenes.

Pero eso solo las hace más vívidas.

Lo recuerdo todo. El momento justo en que ha dicho el nombre de Dean.

Como si ese nombre significara algo para ella. Como si llevara años guardándolo para el bebé que algún día tendría.

Y yo le he dicho que ese nombre sería para su primer bebé.

Como si fuera a estar ahí. Como si fuera a ser parte de eso.

Y quiero serlo. Joder. Quiero serlo más que nada en el mundo.

Quiero darle hijos. Quiero verla embarazada. Estar ahí cuando nazcan. Verla criarlos. Formar una familia con ella.

Todo lo que siempre he querido.

Mi cuerpo reacciona a esos pensamientos.

Me pongo duro.

Otra vez.

Y es una tortura.

Porque Annie está a unos metros.

Y yo estoy aquí, solo, deseándola hasta la locura.

Me paso la mano por la cara.

Respira. Pero no puedo. No puedo respirar cuando solo puedo pensar en ella.

En cómo se vería sin esa camiseta. En cómo se sentiría su piel bajo mis manos. En cómo sonarían sus gemidos si la tocara como llevo años queriendo. En cómo sería estar dentro de ella.

Sentirla. Toda.

Sin barreras, sin distancia.

Solo nosotros.

Me pongo más duro.

Hasta que duele.

Y sé que no voy a poder dormir así.

Bajo la mano.

Despacio.

Y me toco.

Por encima del pantalón primero.

Luego dentro.

Cierro los ojos. Y me dejo llevar por las imágenes que me persiguen desde hace horas.

Annie bajando las escaleras.

Annie en mi cocina.

Annie mirándome como si yo fuera algo más que el chico que la dejó ir hace diez años.

Annie en mi cama.

Esa última imagen es la que me rompe.

Annie en mi cama. Con mi ropa, con mi olor en su piel. Mirándome como solía mirarme.

Como si yo fuera suficiente. Como si yo fuera todo.

Me corro en silencio, mordiéndome el labio para no hacer ruido, con la mano rápida y firme.

Y cuando termina, cuando el placer se desvanece y solo queda el vacío, solo puedo pensar una cosa: quiero que sea real.

Quiero que Annie esté en mi cama de verdad. No en la habitación de invitados.

Aquí. Conmigo.

Donde debería haber estado siempre.

Me limpio, me levanto, voy al baño.

Me lavo, me miro en el espejo.

Y lo que veo es a un hombre que lleva diez años esperando. Diez años arrepintiéndose. Diez años castigándose por no haber luchado.

Pero eso se acabó.

Porque Annie está aquí. Y esta vez no voy a dejarla ir. Esta vez voy a luchar.

Por ella. Por nosotros. Por Dean. Por la familia que podríamos ser.

Pase lo que pase.

Vuelvo a la cama, me tumbo.

Y esta vez, cuando cierro los ojos, consigo dormir.

Porque sé que mañana va a ser otro día. Otro día con Annie en mi casa. Otro día más cerca de convencerla de que se quede.

Para siempre.

CAPÍTULO 11

ANNIE

El llanto me arranca del sueño de un tirón.

Abro los ojos. Todo está oscuro. No sé dónde estoy.

¿Qué es ese ruido?

Y entonces lo recuerdo.

Estoy en la casa de Aiden. Dean. El bebé.

Mierda.

Me incorporo demasiado rápido. La cabeza me da vueltas. Tanteo la mesilla buscando mi móvil, lo encuentro, la pantalla me ciega.

02:34

Por supuesto.

Me levanto. Las piernas no me responden bien. Tropiezo con algo.

¿Mis zapatos? ¿Una silla? No lo sé, no me importa.

El llanto se vuelve más fuerte.

Salgo al pasillo medio dormida. La puerta de la habitación de Aiden está entreabierta, hay luz.

Y oigo su voz. Le habla bajito a Dean.

—Ya está. Tranquilo. Ya estoy aquí.

Llego a la puerta, me apoyo en el marco.

Lo veo.

Aiden.

De pie junto a la cuna, con Dean en brazos.

Sin camiseta. Sin nada arriba.

Y mi cerebro, que todavía no está del todo despierto, tarda unos tres segundos en procesarlo.

Tres segundos en los que me quedo ahí, mirándolo, con la boca ligeramente abierta como una idiota.

Porque Aiden Cooper sin camiseta a las dos y media de la madrugada es...

Es...

No hay palabras.

Tiene los hombros anchos. Más anchos de lo legal. Los brazos musculosos de un hombre que no necesita gimnasio porque su trabajo ya lo es. El pecho definido, el abdomen marcado, ese camino de vello que le baja por el estómago y desaparece bajo el elástico de los pantalones del pijama, que le cuelgan peligrosamente bajos de las caderas.

Y está descalzo.

No sé por qué ese detalle me parece tan íntimo.

Pero lo es.

Trago saliva.

Concéntrate. Estás aquí por el bebé. No por... eso.

—¿Necesitas ayuda? —consigo decir.

Mi voz suena ronca. Pastosa de sueño.

Aiden se gira. Y cuando me ve, se queda inmóvil.

Con Dean llorando en sus brazos.

Me mira de arriba abajo. Despacio. Demasiado despacio.

Y de repente soy muy consciente de cómo debo verme.

Despeinada, con su camiseta arrugada que probablemente se me ha subido mientras dormía, los pantalones medio caídos, sin sujetador.

Definitivamente sin sujetador.

Y cómo me mira...

Me acelera el pulso, y no por estar medio dormida.

—Creo que tiene hambre —dice Aiden.

Su voz suena diferente. Más grave. Más ronca.

—¿Has comprobado si necesita un cambio de pañal?

—Sí. Está seco.

—Entonces sí. Tiene hambre.

Dean llora más fuerte. Como confirmándolo.

—Vale. Genial. Estupendo. —Aiden parece perdido—. ¿Puedes cogerlo mientras preparo el biberón?

—Claro.

Se acerca, me pasa a Dean.

Y cuando nuestros brazos se rozan, cuando nuestros cuerpos quedan a centímetros de distancia, me doy cuenta de que huele bien. Demasiado bien.

A piel limpia y a algo masculino que me despierta el cerebro de golpe.

Cojo a Dean. Rápido. Antes de hacer algo estúpido. Como quedarme ahí olisqueándolo como una acosadora.

—Deberías ponerte una camiseta —suelto.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Aiden enarca una ceja.

—¿Por qué?

—Porque... porque hace frío.

—No hace frío.

—Aiden.

—¿Te molesta que no lleve camiseta, Annie?

Sí.

Me molesta muchísimo.

Me molesta porque no puedo dejar de mirarte el pecho y eso no debería estar pasando y mi cerebro no funciona bien a las dos de la madrugada y...

—No —miento—. Solo pensaba que estarías más cómodo.

Me sostiene la mirada. Y hay algo en sus ojos, algo que parece diversión mezclada con algo más oscuro.

—Estoy muy cómodo así, gracias.

Me lanza una sonrisa de medio lado devastadora.

—Voy a hacer el biberón. Tú siéntate antes de que te caigas.

—No me voy a caer.

—Annie. Llevas un minuto apoyada en el marco de la puerta. Siéntate.

Tiene razón. Odio que tenga razón.

Me siento en el borde de su cama, mezo a Dean despacio, intentando calmarlo.

—Ya está, pequeño. Ya viene la cena. O el desayuno. O lo que sea que se coma a las dos de la madrugada.

Dean no parece impresionado con mi lógica. Sigue llorando.

—Lo sé, lo sé. Yo también odio levantarme a estas horas. Pero al menos tú tienes la excusa de ser un bebé.

Me miro. Sentada en la cama de Aiden, con su ropa, con su bebé —porque ya estoy pensando en Dean como suyo— en brazos.

A las dos y media de la madrugada. En su habitación.

Esto es surrealista. Surrealista del todo.

¿Cómo demonios he acabado así?

Aiden vuelve cinco minutos más tarde, con el biberón en una mano y bostezando.

Se sienta a mi lado. Demasiado cerca. Tan cerca que su muslo roza el mío. Y el contacto me oprime el estómago.

—Toma —dice pasándome el biberón.

Cojo el biberón, acerco la tetina a la boca de Dean.

Y como por arte de magia, deja de llorar.

Abre la boca, agarra la tetina y empieza a chupar con tantas ganas que me hace sonreír.

—Madre mía. Tenías mucha hambre, ¿verdad?

Dean me mira, con esos ojos azules enormes, sin parpadear.

Y me derrito por dentro.

—Es muy guapo —susurro.

—Sí.

La voz de Aiden suena tan cerca que me sobresalta.

Lo miro de reojo.

Me mira. No a Dean. A mí.

Con una cara que me hace olvidarme de respirar.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada.

—Estás mirándome.

—Lo sé.

—¿Por qué?

—Porque eres preciosa así.

Se me para el corazón.

—Aiden, no puedes...

—Lo sé. No puedo decir esas cosas. Somos profesionales. Esto es solo trabajo. —Hace una pausa—. Pero son las dos de la madrugada

y estoy cansado y mi filtro no funciona bien. Así que perdóname si te digo la verdad de vez en cuando.

No sé qué decir a eso.

Así que no digo nada.

Solo lucho contra las mariposas que alzan el vuelo en mi estómago.

Seguimos ahí. Sentados en su cama. Con Dean comiendo.

El silencio se extiende. Pero no es incómodo. Es otra cosa.

Algo cálido. Algo que me cierra la garganta.

—Dean es un buen nombre —dice Aiden de repente.

—Sí.

—¿De verdad es el nombre que elegirías para tu hijo?

La pregunta me pilla desprevenida.

—Sí. Siempre me ha gustado.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Suenan... fuerte. Pero amable. Como alguien en quien podrías confiar.

—Como Dean Winchester.

Lo miro. Sorprendida.

—¿Ves Supernatural?

—Vi Supernatural. Hace años. Cuando Maya estaba obsesionada con la serie y me obligaba a verla con ella.

No puedo evitar sonreír.

—¿Y te gustó?

—Era entretenida.

—¿Solo entretenida?

—Vale. Me gustó. Pero no se lo digas a nadie. Tengo una reputación que mantener.

Me río. Bajo. Para no despertar más a Dean de lo que ya está.

—Tu secreto está a salvo conmigo, sheriff.

Me mira. Y hay algo en sus ojos. Algo que hace que la risa se me muera en la garganta.

—Ojalá todos mis secretos estuvieran a salvo contigo.

El aire cambia. Se vuelve más denso, más cargado.

—Aiden.

—Lo sé. No debería haber dicho eso.

—No.

—Pero es verdad. Siempre has sido la persona con la que más seguro me he sentido. La única que me conoce de verdad. Y eso no ha cambiado. Aunque hayan pasado diez años.

Se me cierra la garganta.

Porque lo dice con tanta honestidad, tanta vulnerabilidad. Como si me estuviera entregando algo precioso.

Así que tengo que forzarme a recordar que este hombre me ha roto el corazón.

Dean termina el biberón. Lo aparto de su boca, lo coloco contra mi hombro.

Le doy palmaditas en la espalda, despacio.

Dean eructa. Un eructo pequeño pero efectivo.

—Bien hecho, campeón —dice Aiden.

Lo miro.

Está sonriendo. Una sonrisa cansada pero genuina.

Y verlo así —en su habitación, a las dos de la madrugada, medio dormido, sonriéndole a un bebé— me rompe algo dentro.

Porque esto es lo que siempre quise. Justo esto.

Aiden y yo. Juntos. Con un bebé.

Una familia.

Y duele. Duele darse cuenta de que lo que tienes delante es justo lo que siempre has querido. Y saber que no es real. Que es temporal. Que en cuanto encontremos a los padres de Dean, esto se va a acabar.

Y yo me voy a tener que ir. Otra vez.

Y tampoco es que Aiden me quiera a su lado.

—¿Annie?

Levanto la vista.

Aiden me está mirando con preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo estoy un poco cansada.

—Vamos a acostarlo.

Asiento.

Me levanto, camino hacia la cuna, coloco a Dean dentro con cuidado.

Lo tapo con la manta, le acaricio la cabecita con un dedo.

—Duerme bien, pequeño.

Dean cierra los ojos, suspira. Y en menos de un minuto está dormido.

Me giro.

Aiden está ahí, de pie junto a mí, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo.

—Es un bebé precioso —susurro.

—Sí. Lo es.

Nos quedamos ahí. Mirándonos. Con Dean durmiendo a nuestro lado.

Y hay algo en este momento. Algo que me acelera el pulso. Algo que me empuja hacia él. Algo que...

—Deberíamos dormir —digo rompiendo el hechizo.

—Sí.

Pero ninguno de los dos se mueve.

—Annie. Yo...

—Buenas noches, Aiden.

Salgo de la habitación antes de que pueda terminar la frase.

Antes de hacer algo estúpido. Como quedarme. Como preguntarle qué iba a decir. Como dejar que me mire así y creer que significa algo.

Vuelvo a mi habitación, cierro la puerta.

Me meto en la cama y me tapo hasta la barbilla, intentando no pensar en nada.

Pero es imposible.

Porque solo veo a Aiden. Sin camiseta, sonriendo, diciéndome que soy preciosa.

Mirándome como si yo fuera algo más que la chica que dejó ir hace diez años.

Cierro los ojos, e intento dormir.

Pero sé que no voy a poder. No después de esto.

AIDEN

Cuando Annie sale de mi habitación me quedo ahí plantado como un idiota, mirando la puerta por donde acaba de desaparecer, intentando procesar lo que acaba de pasar.

Annie en mi habitación. A las dos de la madrugada. Con mi ropa. Con el bebé en brazos.

Sentada en mi cama. Riéndose de mis secretos televisivos.

Mirándome con esos ojos que me han estado persiguiendo durante diez años.

Y yo le he dicho que es preciosa.

Como un idiota. Como si mi filtro se hubiera ido de vacaciones.

Me paso las manos por la cara. Suspiro.

Contrólate.

Pero es difícil controlarme cuando cada vez que la veo mi cerebro deja de funcionar correctamente.

Me acerco a la cuna. Miro a Dean.

Duerme tranquilo. Ajeno al caos que está causando su presencia.

—Dean —le susurro—. Me estás matando. Los dos me estáis matando.

Dean no contesta. Claro que no. Porque es un bebé.

Un bebé que ha conseguido en menos de veinticuatro horas lo que yo llevo intentando hacer durante diez años.

Traer a Annie de vuelta.

Me siento en el borde de la cama. En el lado donde ella estaba hace un momento.

Y se me oprime el pecho.

Porque imaginarlo es demasiado fácil.

Despertarnos juntos. Ir a por Dean. Volver a la cama. Quedarnos dormidos otra vez con él entre nosotros.

Todas las noches. Para siempre.

Joder.

Me tumbo, miro al techo. E intento no pensar en Annie.

En Annie con mi camiseta marcándoselo todo. En Annie riéndose de mi confesión sobre Supernatural. En Annie mirando a Dean como si ya lo quisiera. En Annie en mi cama.

Cierro los ojos.

Y esta vez consigo quedarme dormido.

Porque sé que mañana va a ser otro día. Otro día con Annie en mi casa.

Otro día más cerca.

CAPÍTULO 12

ANNIE

Me despierto con olor a café. Y voces.

Abro los ojos. La luz del sol entra por la ventana, brillante, demasiado brillante.

¿Qué hora es?

Cojo el móvil de la mesilla.

Las 09:17.

Dios mío.

No recuerdo la última vez que dormí hasta tan tarde.

Las voces vienen de abajo. Una es la de Aiden. La otra es femenina. Aguda. Familiar hasta el punto de acelerarme el pulso.

Me incorporo.

Conozco esa voz.

Maya. Maya Cooper está en la casa de su hermano. Claro que está.

Me levanto, me paso las manos por el pelo intentando domarlo un poco, me miro en el espejo del armario.

Tengo pinta de haber dormido tres horas. Ojeras, pelo en todas direcciones, la camiseta de Aiden arrugada.

Estupendo.

Bajo las escaleras, despacio, intentando no hacer ruido.

Las voces se vuelven más claras.

—...te he traído de todo. No sabía qué talla usa así que he cogido varias opciones.

—Gracias, Maya. En serio.

—No hay de qué. Cuando me llamaste anoche pidiéndome ropa para Annie Calloway casi me da algo.

—Por eso te llamé. Sabía que ibas a querer venir.

—¿Querer? Aiden, es *Annie*. Claro que quería venir. No me puedo creer que esté aquí. En tu casa.

Llego al final de las escaleras. Giro hacia la cocina.

Y ahí está.

Maya Cooper.

De pie junto a la encimera con varias bolsas a sus pies. El pelo castaño recogido en una coleta alta, los ojos verde avellana —los mismos que su hermano— brillantes de emoción.

Y embarazada.

Tiene una barriga redonda y perfecta bajo el jersey holgado que lleva. Una mano descansa ahí de forma protectora.

Hay un hombre también. Alto, rubio, de espaldas a mí. Me doy cuenta de que es Matt Brennan. Reconocería esos hombros en cualquier parte.

Y Aiden está al otro lado de la cocina. Con Dean en brazos. Mirándome.

—Buenos días —digo.

Maya gira la cabeza tan rápido que me sorprende que no se haga daño.

Y grita.

—¡Annie!

Cruza la cocina corriendo —o tan rápido como puede alguien embarazada— y me abraza.

Fuerte. Tan fuerte que me saca el aire de los pulmones.

—Dios mío. Dios mío. No puedo creer que seas tú.

Se me cierra la garganta.

Porque hace diez años que no veo a Maya Cooper. Diez años desde que me abrazó así, desde que dijo mi nombre con tanta alegría.

Le devuelvo el abrazo. Hundiéndome en la familiaridad de su cariño.

—Hola, Maya.

Se aparta, me mira, me pone las manos en los hombros como si tuviera que tocarme para creerlo.

—Cuando Aiden me llamó anoche para pedirme ropa para ti, pensé que era broma. Le dije: «Para. Deja de jugar conmigo. Annie

nunca volvería a Millbrook».

—Pues ya ves. Aquí estoy.

—Aquí estás. —Me mira de arriba abajo—. Y llevas la ropa de mi hermano.

Se me calienta la cara.

—Es temporal. Hasta que... hasta que pueda ir a por mis cosas.

—Claro. Temporal. —Su sonrisa dice que no me cree ni una palabra.

Matt se acerca. Me sonrío con esa calidez tranquila que siempre ha tenido.

—Annie Calloway. Cuánto tiempo.

—Hola, Matt. Demasiado tiempo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Confundida. Pero bien.

Se ríe.

—Me imagino. —Mira a Maya—. Esta también me tiene confundido la mayor parte del tiempo.

Maya le da un codazo.

—Mentiroso. Sabes muy bien lo que haces conmigo.

Observo cómo se miran. Con esa complicidad, con un amor tan obvio que casi duele verlo.

—Siempre supe que acabaríais juntos —digo—. Desde que éramos críos. Era obvio que estabais hechos el uno para el otro.

Maya se ilumina.

—¿En serio?

—Como te lo digo. Matt te miraba como si fueras lo único que importaba en el mundo. Incluso cuando tenías catorce años.

Matt se aclara la garganta. Las mejillas se le ponen ligeramente rojas.

—No era tan obvio.

—Sí lo era —confirmo—. Para todo el mundo menos para Maya, aparentemente.

—Oye —protesta Maya—. Él se hacía el duro conmigo.

—Porque eres intimidante.

—Soy encantadora.

—Eso también.

Se besan. Rápido, suave. Como si no pudieran evitarlo.

Y se me oprime el pecho.

Porque eso es lo que siempre he querido. Esa facilidad, ese amor que no necesita palabras complicadas.

Aparto la vista.

Y me encuentro con Aiden mirándome, con Dean en brazos, con una expresión que me acelera el pulso.

Maya se gira hacia Aiden.

—Dame a ese bebé precioso ahora mismo.

Aiden se lo pasa. Maya lo acurruca contra su pecho embarazado y la expresión se le transforma entera.

—Hola, pequeñito —arrulla—. Mira qué cosita más preciosa. Sí. Eres perfecto. *Perfectito*.

Matt se acerca. Mira a Dean por encima del hombro de Maya.

—Es muy pequeño —dice con voz preocupada.

—Todos los bebés son pequeños, cariño.

—Ya. Pero este es diminuto.

—Tiene tres meses.

—¿Y el nuestro va a ser así de pequeño cuando nazca?

Maya se ríe.

—No. Los recién nacidos son todavía más pequeños que esto.

Matt palidece visiblemente.

—Madre mía. Vamos a romperlo. Seguro que lo rompemos.

—No vamos a romper a nadie.

—Mira mis manos. Son enormes. Y ella va a ser diminuta. Y frágil. Y yo no sé cómo...

—Matt. —Maya lo mira con una ternura inmensa—. Vas a ser un padre increíble. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. Porque eres el hombre más cuidadoso que existe. Porque ya quieres a nuestra hija más que a nada en el mundo.

Matt traga saliva. Asiente.

Y luego besa a Maya en la frente.

Los observo. Y tengo que apartar la vista porque es demasiado.

Demasiado íntimo. Demasiado bonito. Demasiado parecido a lo que jamás tendré.

Aiden me pasa una taza de café. Nuestros dedos se rozan.

—Gracias —murmuro.

—De nada.

Maya levanta la vista de Dean. Nos mira a los dos. Y esa sonrisa vuelve.

—Aiden —dice con ese tono que conozco demasiado bien. El que usaba cuando iba a meter el dedo en la llaga—. ¿Sabías que Annie siempre fue mi persona favorita en el colegio?

—Sí. Me lo dijiste un millón de veces.

—Y cuando se fue me puse muy triste.

—Lo sé.

—Pero no tanto como tú.

El aire de la cocina cambia.

Aiden se queda inmóvil. La mandíbula se le tensa.

—Maya...

—Estuviste insoportable durante meses —continúa como si no lo hubiera oído—. No hablabas con nadie, te pasabas el día trabajando en el rancho como un loco. El tío decía que parecías un fantasma.

—Maya —repite Aiden entre dientes—. Para ya.

Pero Maya no para.

Porque Maya Cooper nunca para cuando tiene algo que decir.

—Y luego, cuando por fin volviste a parecer normal, nunca mencionaste su nombre. Ni una sola vez. Como si Annie Calloway no hubiera existido nunca. Como si...

—¡Maya! —La voz de Aiden corta el aire como un cuchillo—. Ya está bien.

Se hace el silencio.

Maya lo mira. Con esos ojos enormes e inocentes que no engañan a nadie.

—¿Qué? Solo digo la verdad.

—Pues guárdate tu verdad.

—¿Por qué? Annie tiene derecho a saber que...

—Maya. —Esta vez la voz es más suave. Pero también más firme—. Por favor. Enséñale la ropa a Annie.

Maya abre la boca. La cierra. Mira a Matt.

Matt asiente casi imperceptiblemente.

—Vale —dice Maya al final—. Pero esto no se queda así.

—Sí se queda así.

—Ya veremos.

Me mira. Sonríe.

—Ven, Annie. Vamos a arriba —dice Maya tras devolver a Dean a su hermano y coger unas bolsas.

La sigo. Porque no sé qué otra cosa hacer.

Porque mi cerebro todavía está procesando lo que Maya acaba de decir.

Destrozado. Un fantasma.

Subimos las escaleras. Entramos en la habitación de invitados.

Maya deja las bolsas sobre la cama.

—He traído de todo. Ropa de antes de quedarme embarazada —dice—. Vaqueros, camisetas, un par de vestidos por si necesitas algo más formal. Ropa interior también. No sabía qué necesitabas, así que he cogido de todo.

—Gracias, Maya. De verdad. No tenías que hacer esto.

—Claro que sí. —Hace una pausa—. Annie.

—¿Sí?

—Me alegro muchísimo de que hayas vuelto.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Es solo por trabajo.

Me mira. Con una expresión que dice que no me cree.

—Claro. Solo trabajo. Por eso mi hermano me llamó anoche a las once pidiéndome ropa para ti con una felicidad en la voz que no le había oído en diez años.

—Maya.

—Sé que es complicado. Sé que ha pasado mucho tiempo. Pero...

—Suspira—. Aiden es idiota a veces. Pero te quiso, Annie. De verdad que te quiso. Y cuando te fuiste se quedó destrozado.

—Para, por favor.

—¿Por qué?

—Porque no puedo. No puedo pensar en eso ahora mismo.

Maya asiente. Me aprieta la mano.

—Vale. Pero si necesitas hablar, estoy aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Me abraza otra vez. Y luego sale de la habitación, dejándome sola con dos bolsas llenas de ropa y un corazón desbocado.

AIDEN

En cuanto Maya sube con Annie, Matt habla.

—Annie está viviendo contigo —dice sin rodeos.

—Sí.

—La misma Annie de la que llevas diez años hablando cuando te emborrachas.

Me paso la mano por el pelo.

—No hablo de ella.

—Aiden. Somos amigos de toda la vida. Sé muy bien que Annie Calloway es la razón por la que no has tenido una relación seria en diez años.

De nada sirve negarlo.

—Puede ser.

—No «puede ser». Es. —Hace una pausa—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Con ella. Con esto. —Señala vagamente hacia arriba.

—Voy a luchar por ella.

—¿Seguro?

—Sin dudarlo.

—Porque la última vez...

—La última vez tenía dieciocho años y era un cobarde que la dejó ir sin luchar. —Lo miro directamente—. Esta vez no.

Matt asiente, despacio.

—Bien.

—¿Eso es todo? ¿No vas a decirme que estoy loco?

—No.

—¿Que han pasado diez años?

—También lo sé.

—¿Que no hay garantías de que ella sienta lo mismo?

—Aiden. —Matt me mira con esa calma que siempre ha tenido—. Sé muy bien lo que es dejar ir a la mujer que quieres y pasarte años

arrepintiéndote.

Tiene razón. Pasó años enamorado de Maya sin hacer nada.

—¿Y si ya es demasiado tarde? —pregunto.

—¿Tú crees que es demasiado tarde?

—No lo sé.

—Pues yo sí. —Señala hacia arriba—. Esa mujer está en tu casa. Cuidando de un bebé contigo. Vistiendo tu ropa. Si hubiera seguido adelante, si te hubiera olvidado de verdad, no estaría aquí.

—Está aquí por trabajo.

—Está aquí porque una parte de ella quiere estar. Aunque no lo admita todavía.

Ojalá pudiera creerle.

—Está cabreada conmigo.

—Con razón. La cagaste.

—Lo sé.

—Entonces arréglalo. Demuéstrale que has cambiado, que esta vez es diferente.

—¿Y si no es suficiente?

Matt me sostiene la mirada.

—Por cómo te mira estoy seguro de que sí. Solo tienes que ser paciente. Y no cagarla otra vez.

Miro hacia las escaleras. Oigo las voces de Maya y Annie, amortiguadas pero ahí.

—No la voy a cagar —digo.

—Lo sé.

—Esta vez voy a hacer las cosas bien.

—Bien. Ya era hora.

Me pone la mano en el hombro.

—Ve a por ella, hermano. Y esta vez no pares hasta que sea tuya.

Asiento. Porque tiene razón. Esta es mi segunda oportunidad con Annie.

Y no pienso desperdiciarla.

CAPÍTULO 13

ANNIE

Maya y Matt se van media hora más tarde.

Después de que Maya me haga prometerle tres veces que la llamaré si necesito cualquier cosa. Después de que Matt le diga algo a Aiden en voz baja que no consigo oír, pero que le arranca un gesto serio. Después de que los dos me abracen como si no me hubieran visto en una década.

Que técnicamente es verdad.

Cuando la puerta se cierra detrás de ellos, el silencio que queda se podría cortar con un cuchillo.

Me quedo ahí, de pie en mitad del salón, con Dean dormido en mis brazos porque Maya me lo ha devuelto justo antes de irse con un «cuida de mi hermano, ¿vale?» que me ha dejado sin palabras.

Aiden está junto a la ventana. Mirando cómo el coche de Matt se aleja por el camino de tierra que lleva a la carretera.

No dice nada.

Yo tampoco.

Y la tensión entre nosotros se vuelve viva.

Porque ahora estamos solos otra vez. Los tres. En su casa.

Sin nadie más que pueda servir de barrera entre tantos años de sentimientos.

Aiden se gira.

—Tenemos que ir de compras —dice.

Lo miro. Intentando procesar el cambio de tema.

—¿Qué?

—Hay que ir a comprar. Dean necesita más cosas: más ropa, más pañales. Y tú necesitas ir a por lo tuyo.

Tiene razón.

No puedo vivir con una muda de ropa prestada y sin mis cosas.
Pero la idea de que Aiden venga conmigo a mi apartamento...
La idea de que entre en mi espacio, de que vea cómo vivo, de que toque mis cosas.

Me cierra el estómago.

—Puedo ir sola —digo—. Tú puedes quedarte aquí con Dean, hacer más llamadas, seguir investigando.

—No.

—Aiden.

—Vamos juntos.

—No hace falta. De verdad.

—Annie. —Camina hacia mí, despacio, con esa forma de moverse que siempre ha tenido, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Vamos. Juntos. Los tres.

—¿Por qué?

—Porque así aprovechamos y compramos lo que necesita Dean.

—Eso puedo hacerlo yo sola también.

—Lo sé. Pero no vas a hacerlo.

—Eres un cabezón.

—Sí.

—Y un mandón.

—También.

—Y no tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer.

—Tienes razón. No lo tengo. —Se detiene a medio metro de mí—. Pero voy a ir contigo de todas formas.

Lo miro. Buscando algún argumento que funcione.

No lo hay.

Porque cuando Aiden Cooper decide algo, no hay forma de hacerle cambiar de opinión.

Lo sé desde que tengo ocho años.

Y lo peor es que una parte de mí no quiere separarse de él. Dios. Odio esta situación.

—¿Y tu trabajo? —pregunto como último intento—. ¿No tienes que estar en la comisaría?

Me mira. Y los ojos se le oscurecen. El aire entre nosotros cambia. Se vuelve más denso.

—La familia es lo más importante —dice—. El trabajo es secundario.

Se me para el corazón.

—Dean no es tu familia.

—¿No?

—No. Es un caso. Un bebé que...

—Es un bebé que duerme en mi casa. Que alimento. Que llevo en brazos. Eso lo hace mi familia. —Hace una pausa—. Aunque solo sea temporal. Te lo dije anoche y te lo repito hoy.

Cómo lo dice. Con esa convicción total, con esa determinación que no deja espacio para dudas.

Me oprime el pecho hasta hacerme daño.

Porque debería estar enfadada. Debería estar furiosa con él: por obligarme a esto, por complicarlo todo, por mirarme así.

Pero en cambio solo siento...

No sé lo que siento. O eso es lo que me digo a mí misma. La verdad es que no quiero pensarlo mucho.

—Vamos —dice Aiden—. Cuanto antes salgamos, antes volvemos a casa.

A casa.

Como si tuviéramos un hogar al que regresar. Como si los tres fuéramos una unidad.

No digo nada.

Porque no confío en mi voz.

Media hora más tarde estamos en la carretera.

En su coche porque la silla de Dean está instalada ahí. O porque Aiden es incapaz de no tener el control. Aiden conduce, yo voy en el asiento del copiloto mirando por la ventana, Dean duerme en la parte trasera.

Y el silencio que nos envuelve es diferente al de esta mañana. Es más pesado, más consciente.

Miro de reojo a Aiden.

Tiene las manos en el volante, la mandíbula ligeramente tensa, los ojos fijos en la carretera.

Y verlo así, conduciendo con nosotros ahí como si fuera lo más natural del mundo,

le da un vuelco a mi estúpido corazón.

No. No puedes pensar así.

Estás enfadada con él. ¿Recuerdas?

Enfadada porque te dejó ir. Enfadada porque no luchó. Enfadada porque te rompió el corazón.

Pero cuando lo miro... Cuando veo cómo le bailan las manos en el volante... Cuando noto cómo comprueba cada dos minutos por el retrovisor que Dean sigue dormido...

Es difícil recordar por qué estoy enfadada.

Y eso me frustra. Me frustra que sea tan fácil olvidar. Que sea tan fácil caer otra vez.

—¿En qué piensas? —pregunta Aiden sin apartar la vista de la carretera.

—En nada.

—Mentirosa.

—No estoy mintiendo.

—Sí lo estás. Tienes esa arruga entre las cejas.

—No tengo ninguna arruga.

—La tienes. Y significa que estás pensando demasiado.

Aprieto los labios.

—Estaba pensando que esto es raro.

—¿Raro cómo?

—Raro como estar aquí. Los dos. Otra vez. Después de todo este tiempo.

Aiden no dice nada durante un segundo.

Y luego:

—No tiene por qué ser raro.

—Claro que tiene que ser raro. Hace diez años que no nos vemos.

—Lo sé.

—Y las cosas entre nosotros no acabaron muy bien que digamos.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cómo no va a ser raro?

Se queda callado. Durante tanto tiempo que creo que no va a responder.

Pero entonces habla.

—Porque para mí nunca ha sido raro estar contigo. Nunca. Ni cuando tenía doce años, ni cuando tenía dieciocho, ni ahora.

Las palabras me golpean en el pecho.

Y no sé qué decir.

Así que no digo nada.

Seguimos conduciendo en silencio.

Y cada kilómetro me aprieta más el nudo de la garganta.

Llegamos a Missoula cuarenta y cinco minutos más tarde.

Le indico el camino a mi apartamento. Gira a la izquierda. Luego a la derecha. Y ahí está.

Un edificio antiguo de ladrillo rojo de tres plantas, con ventanas grandes y escaleras de incendios en la fachada.

Cuando aparca frente a él me quedo mirando el edificio.

Este es mi hogar.

El que me construí lejos de Montana, lejos de Millbrook, lejos de Aiden.

Y ahora él está aquí.

A punto de entrar. A punto de ver todo lo que he construido sin él.

—¿Annie? —dice Aiden—. ¿Estás bien?

—Sí.

Pero mi voz suena rara. Pequeña.

—¿Seguro?

—Sí. Solo es raro. Que estés aquí.

—¿Por qué?

—Porque este es mi espacio. Mi vida. La que construí después de... después de irme.

El silencio que sigue duele.

—¿Y yo no soy parte de ella? —pregunta al final.

Su voz suena rara. Herida.

Cierro los ojos.

—No.

La palabra sale antes de que pueda detenerla.

Y en cuanto la digo sé que es mentira.

Porque Aiden ha sido parte de mi vida durante los últimos diez años aunque no haya estado físicamente presente.

Ha estado en cada libro que he leído. En cada hombre con el que he salido y al que he comparado con él. En cada noche que me he quedado despierta preguntándome qué habría pasado si de verdad me quisiera. En si me hubiera pedido que me quedase.

Porque sé que si me lo hubiera pedido me habría quedado.

Pero no puedo decirle eso.

—Vale —dice Aiden.

Y hay algo en esa palabra. Algo que suena a derrota.

Abro los ojos. Lo miro.

Tiene la vista fija al frente, la mandíbula tensa, las manos apretadas en puños sobre los muslos.

Y se me retuerce el pecho.

—Vamos —digo abriendo la puerta.

Bajo del coche. Aiden hace lo mismo.

Abre la puerta trasera, saca a Dean de la silla con ese cuidado infinito que siempre usa con él.

Lo acurruca contra su pecho, le ajusta la mantita que lleva encima.

Y la imagen que forman los dos...

Me cierra la garganta.

Subo las escaleras hasta el tercer piso. Aiden me sigue. Oigo sus pasos detrás de mí, constantes, firmes.

Llego a mi puerta. Saco las llaves.

Y me quedo ahí. Con la llave en la cerradura. Sin girarla.

Porque una vez que abra esta puerta...

Una vez que Aiden entre...

Va a ver todo. Los libros que leo, cómo vivo, los pequeños detalles que dicen más de mí que cualquier conversación.

Y no sé si estoy lista para eso.

—Annie —dice Aiden detrás de mí—. Si no quieres que entre, puedo esperar aquí fuera.

Me giro.

Me mira con una expresión que me encoge el corazón.

Porque no hay presión en sus ojos. No hay exigencia. Solo hay paciencia.

Y eso es peor.

Porque sería más fácil si me presionara, si fuera un capullo, si me diera una razón para seguir enfadada.

Pero no lo hace.

—No —digo—. Puedes entrar.

Giro la llave. Abro la puerta.

Y entro.

Mi apartamento es pequeño. Lo sé. Cincuenta metros cuadrados que se sienten más pequeños cada vez que pago el alquiler.

Pero es mío.

Un salón que hace de comedor, una cocina americana a la izquierda, una puerta que da al dormitorio, otra al baño.

Y libros.

Libros por todas partes.

En estanterías que cubren casi cada centímetro de pared disponible, apilados en la mesa de café, en el alféizar de la ventana, en torres ordenadas junto al sofá.

Aiden entra detrás de mí.

Y se queda quieto. Inmóvil.

En mitad del salón. Mirando.

No dice nada. Durante tanto tiempo que empiezo a ponerme nerviosa.

—Ya sé que hay muchos libros —empiezo—. Pero me gusta leer y...

—Es perfecto —dice.

Me quedo callada.

—¿Qué?

Se gira hacia mí. Y los ojos le brillan de una forma que me acelera el pulso.

—Esto. Tu apartamento. Es perfecto. Eres tú entera.

No sé qué decir a eso.

Se acerca a la estantería más cercana, la que está junto a la ventana. Recorre los lomos con un dedo, despacio, como si estuviera leyendo cada título.

—*Orgullo y prejuicio* —dice en voz baja—. *Persuasión*. *Emma*. Jane Austen sigue siendo tu favorita.

—Sí.

—Y aquí —Se mueve a otra estantería—. *Cumbres borrascosas. Jane Eyre. Las Brontë.*

—También.

Sigue recorriendo. Leyendo títulos. Tocando lomos como si fueran algo precioso.

Y verlo así, en mi salón rodeado de mis libros, tocándolos con esa reverencia,

me cierra la garganta.

Porque Aiden nunca fue un gran lector. Pero siempre respetó que yo lo fuera. Siempre me preguntaba de qué iba el libro que estaba leyendo. Siempre me escuchaba cuando le contaba las historias.

Y ahora está aquí. Diez años después. Y sigue recordando cuáles eran mis autoras favoritas.

—*Outlander* —dice desde otra estantería—. *El tiempo entre costuras. La sombra del viento.*

Se gira hacia mí.

Y su mirada me pone tan nerviosa que necesito irme.

—Tengo que... tengo que hacer la maleta —digo.

Porque necesito moverme. Hacer algo que no sea quedarme aquí mientras Aiden me mira así.

Camino hacia el dormitorio. Aiden me sigue.

Mi habitación es todavía más pequeña que el salón. Con una cama doble en el centro que ocupa casi todo el espacio, un armario, una mesilla de noche con una lámpara y tres libros apilados.

Y más estanterías.

Porque por supuesto que hay más estanterías.

—Voy a dejar a Dean aquí —dice Aiden señalando la cama—. ¿Tienes almohadas?

—Sí. En el armario. Arriba.

Las coge. Cuatro almohadas grandes. Las coloca en la cama formando un círculo.

Y luego, con tanto cuidado que me derribo por dentro, coloca a Dean en el centro.

Lo tapa con la mantita que lleva, se asegura de que está cómodo, de que no puede rodar y caerse.

—Perfecto —dice enderezándose.

Me quedo mirándolo.

Porque ver a Aiden Cooper —metro noventa de puro músculo y testosterona— ser tan increíblemente cuidadoso con un bebé me está matando.

—Bueno —dice girándose hacia mí—. ¿Por dónde empezamos?

—Por ningún lado. Porque tú no vas a ayudarme.

Enarca una ceja.

—¿No?

—No. Puedo hacerlo sola.

—Lo sé. Pero voy a ayudarte de todas formas.

—Aiden.

—No es negociable, Annie.

Y antes de que pueda detenerlo, ya está abriendo el armario.

—¿Qué haces?

—Ayudarte. —Empieza a sacar ropa.

Saca vaqueros, camisetas, un vestido que compré hace meses y que nunca me he puesto.

Y lo hace con tanta naturalidad. Como si tuviera todo el derecho del mundo a estar en mi armario tocando mi ropa.

—Aiden, para.

—¿Por qué?

—Porque... porque es raro que estés haciendo esto.

Se gira. Me mira.

—¿Raro cómo?

—Raro de demasiado íntimo.

—Estamos viviendo juntos, Annie. Cuidando de un bebé juntos. Creo que ya hemos pasado el punto de la intimidad.

Tiene razón.

Y lo odio.

Saco mi maleta del fondo del armario. La abro sobre la única silla que tengo en la habitación.

Y empiezo a meter cosas, rápido, sin pensar mucho en lo que cojo.

Aiden se mueve por la habitación. Abriendo cajones. Sacando cosas.

—¿Qué hay aquí? —pregunta señalando la cómoda.

—Cosas.

—Eso ya lo veo. ¿Qué cosas?

—Cosas de ropa, Aiden. ¿Qué va a haber en una cómoda?

Sonríe.

Y esa sonrisa debería estar prohibida.

Abre el primer cajón.

—Camisetas —dice—. ¿Cuántas quieres?

—Las que tú creas.

Saca varias, las dobla con una precisión militar, las coloca en la maleta.

Abre el segundo cajón.

—Pantalones de deporte.

Hace lo mismo. Dobla. Coloca.

Hay algo hipnótico en verlo: la forma metódica de moverse, el cuidado que pone en cada prenda.

Como si mi ropa fuera un tesoro.

Cierra el segundo cajón.

Y abre el tercero.

Y se queda quieto. Inmóvil.

El corazón se me dispara.

Porque sé muy bien qué cajón es ese.

—Aiden —digo—. Cierra eso.

No me oye.

O no quiere oírme.

Porque se queda ahí. De pie. Mirando dentro del cajón como si hubiera encontrado un tesoro.

Me acerco. Rápido.

—Aiden. Ese cajón está prohibido para ti.

Pero ya es demasiado tarde.

Porque alarga la mano.

Mete los dedos dentro.

Y saca algo.

Un tanga.

Negro.

De encaje.

El tanga que compré hace seis meses en un momento de optimismo pensando que quizá conocería a alguien que mereciera verlo.

Ese alguien nunca llegó.

Y ahora Aiden Cooper está en mi habitación sosteniendo ese tanga entre los dedos como si fuera lo más interesante que ha visto en su vida.

Se me para el corazón.

Se me olvida respirar. Se me olvida cómo funciona el cuerpo.

Solo puedo mirarlo.

Mirarlo mientras pasa el pulgar por el encaje, despacio, estudiando cada detalle. Mirarlo mientras la expresión se le oscurece. Mirarlo mientras traga saliva.

Y luego suelta:

—Joder.

La palabra sale ronca, gutural. Arrancada del pecho.

Y se me enciende algo dentro.

Peligroso.

—Aiden —consigo decir—. Suelta eso. Ahora.

No me oye.

Sigue mirando el tanga. Pasando los dedos por el encaje.

Y cómo lo toca... Cómo lo mira...

Me enciende el cuerpo como no debería.

Cruzo la habitación. Le arranco el tanga de las manos.

—Ese cajón lo vació yo.

Nuestros dedos se rozan. Nuestros cuerpos quedan a centímetros de distancia.

Y el aire entre nosotros cambia.

Se vuelve denso, cargado, eléctrico.

Aiden me mira. Con esos ojos verde avellana tan oscurecidos que me cortan la respiración.

—Espero —dice con voz ronca— que no sea la última vez que vea este tanga.

Se me seca la boca.

—¿Qué?

—Has oído perfectamente.

—Estás... estás loco.

—Probablemente.

Da un paso hacia mí.

Yo doy un paso atrás.

Mi espalda choca contra la cómoda.

Estoy atrapada.

Aiden da otro paso.

Y ahora está tan cerca que siento el calor que irradia su cuerpo. Tan cerca que veo las motas doradas en sus ojos. Tan cerca que si me moviera un centímetro estaríamos tocándonos.

—Annie —susurra.

La voz le sale cargada de algo que me hace olvidar por qué estoy enfadada.

—No —digo.

Pero mi voz sale sin convicción.

—¿No qué?

—No hagas esto.

—¿Hacer qué?

—Mirarme así.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si... como si...

No termino la frase.

Porque Aiden alarga la mano, despacio, y aparta un mechón de pelo que se me ha quedado pegado a la mejilla.

Sus dedos rozan mi piel. Una descarga eléctrica me sube por el brazo.

—Como si fueras lo único que veo —termina por mí—. Porque lo eres.

Se me para el corazón.

—Aiden.

—Llevo diez años pensando en ti, Annie. Diez años intentando olvidarte. Y no he podido. Ni he querido.

Se inclina hacia mí.

Despacio.

Tan despacio que podría detenerlo. Debería detenerlo. Pero no lo hago.

Porque una parte de mí —esa parte que llevo diez años intentando ignorar— quiere esto. Quiere saber cómo sería. Quiere que me bese. Quiere...

Dean llora.

El sonido corta el aire como un cuchillo.

Aiden se aparta de golpe, se gira hacia la cama.

Dean está despierto, con la cara roja, llorando con esa furia que solo tienen los bebés cuando están bien molestos.

—Mierda —murmura Aiden.

Va hacia la cama, coge a Dean, lo acurruca contra su pecho.

—Ya está. Tranquilo. Estoy aquí.

Yo me quedo donde estoy.

Apoyada contra la cómoda, con el pulso tan desbocado que me duele, con las piernas temblando.

Intentando procesar lo que acaba de pasar.

Aiden Cooper estaba a punto de besarme. Y yo lo iba a dejar.

Lo iba a dejar besarme después de diez años. Después de todo lo que pasó. Después de jurarme a mí misma que nunca más le daría esa oportunidad.

¿En qué estaba pensando?

—Annie —dice Aiden sin girarse—. Termina de hacer la maleta. Yo me encargo de Dean.

Su voz suena normal, contenida.

Como si no acabara de pasar nada. Como si no hubiéramos estado a punto de besarnos.

Asiento.

Aunque él no puede verme.

Y me obligo a moverme. A terminar de meter ropa en la maleta con manos que tiemblan. A fingir que mi mundo no acaba de ponerse patas arriba.

Otra vez.

CAPÍTULO 14

ANNIE

De vuelta en casa de Aiden, subo directamente a la habitación de invitados con mi maleta.

Necesito espacio. Necesito aire. Necesito no pensar en lo que casi ha pasado en mi apartamento.

En cómo Aiden estuvo a punto de besarme. En cómo yo estuve a punto de dejarle. En que solo llevamos juntos un día y ya ha vuelto del revés toda mi vida.

Deshago la maleta mecánicamente. Cuelgo la ropa en el armario, doblo lo que no se puede colgar, meto la ropa interior en los cajones sin mirar lo que hago porque cada vez que veo encaje negro me acuerdo de cómo lo miraba Aiden.

Llevo mis cosas al baño: el champú, la crema, el cepillo de dientes.

Y cuando todo está ordenado, ya no tengo excusas para seguir escondida aquí arriba.

Cuando bajo las escaleras una hora más tarde huele a comida.

A ajo, a tomate, a algo que chisporrotea en la sartén.

Sigo el olor.

Aiden está frente a los fogones, con Dean en la hamaca que hemos comprado esta tarde sobre la encimera, removiendo algo en una sartén.

Se ha cambiado de ropa. Ya no lleva la ropa de la calle: ahora lleva unos pantalones de chándal y una camiseta gris que se le pega al pecho de un modo que debería estar prohibido.

Y está descalzo.

Otra vez ese detalle que me parece demasiado íntimo.

—Hola —digo.

Se gira. Me mira.

—Hola. ¿Ya has puesto todo a tu gusto?

—Sí.

—Maravilloso. Estoy haciendo pasta de nuevo. Espero que te parezca bien.

—Sí. Es perfecto.

Me quedo ahí, de pie en el umbral, sin saber muy bien qué hacer.

Aiden vuelve a la sartén, remueve, prueba la salsa, añade sal.

—Siéntate —dice sin girarse—. Estará lista en diez minutos.

Me siento en uno de los taburetes. Miro a Dean. Duerme tranquilo en su hamaca, con los puñitos cerrados junto a la cara.

Es el bebé más bonito que he visto en mi vida.

Pero no puedo ablandarme con toda esta situación.

—Tenemos que hablar —digo.

—¿De qué?

—De cómo va a funcionar esto. Nuestra convivencia.

—De acuerdo.

Deja la cuchara, se gira hacia mí, se apoya en la encimera, cruza los brazos.

—Te escucho.

Respiro hondo.

—Primero. Necesito que entiendas que estoy aquí porque no tengo otra opción. Que si pudiera llevarme a Dean a otro sitio, lo haría.

La expresión se le endurece.

—Entendido.

—Segundo. Necesitamos turnarnos con Dean. No podemos estar los dos pegados a todas horas. Tú te encargas de él unas horas, yo otras. Así cada uno tiene su espacio.

—No.

—¿Cómo que no?

—No vamos a turnarnos. Vamos a cuidarlo juntos.

—Aiden, eso no es lógico. Es más eficiente si...

—Me da igual la eficiencia. Dean nos necesita a los dos. Y yo necesito asegurarme de que esté bien. Siempre.

—No puedes estar con él las veinticuatro horas.

—Puedo intentarlo.

Lo miro. Buscando un argumento que funcione.

—Vas a agotarte.

—No me voy a agotar.

—Sí lo harás. Los bebés son agotadores. Y si no descansas...

—Descansaré cuando él descanse.

—Aiden...

—No es negociable, Annie.

Aprieto los labios.

Vale. Bien.

Si quiere ser un mártir, allá él.

—Tercero —continúo—. La investigación. Tenemos que continuar. Hay que hablar con la gente del pueblo y las comisarías. También con los contactos oficiales: hospitales, clínicas, servicios sociales. Tenemos que ampliar la búsqueda.

—Me parece bien.

Responde con tranquilidad, pero algo me dice que no es cierto.

—Bien.

—¿Algo más?

—Sí. —Hago una pausa—. Cuarto: lo que casi ha pasado hoy en mi apartamento no puede volver a pasar.

Aiden no dice nada.

Solo me mira. Con esa intensidad que siempre me ha desarmado.

—¿Estamos de acuerdo? —insisto.

—No.

—¿No?

—No estamos de acuerdo.

—Aiden. No puedes decirme eso.

—Sí puedo. Pero no voy a forzar nada. Así que puedes quedarte tranquila.

No me quedo tranquila. Para nada.

Porque cómo lo dice...

Con esa voz cargada de promesas que no ha hecho pero que están ahí de todas formas...

Me acelera el pulso.

Aiden vuelve a los fogones como si no hubiese pasado nada, sirve la pasta en dos platos, los lleva a la mesa.

—Ya está la cena. ¿Puedes traer a Dean?

—Claro.

Me levanto, cojo la hamaca con el pequeño, camino hacia la mesa, lo dejo a mi lado y me siento.

Aiden se sienta frente a mí.

Y empezamos a comer en silencio.

La pasta está buena, tiene ese punto exacto de sal. El tomate está perfecto, el ajo justo.

—Cocinas bien —digo después de unos minutos.

—Gracias.

Seguimos comiendo.

El silencio se extiende. Y esta vez no es cómodo. Es tenso.

Como si los dos esperásemos a que el otro diga algo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Aiden de repente.

Levanto la vista.

—Depende de qué sea.

—¿Tienes pareja?

Casi me atraganto con la pasta.

—¿Qué?

—Que si tienes pareja. Novio. Alguien.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Necesito saberlo, Annie.

—¿Por qué?

Deja el tenedor. Me mira directamente a los ojos.

—Porque si fuera tu pareja, no permitiría que estuvieras aquí. Sola. Con otro hombre. Cuidando de un bebé. Viviendo bajo su mismo techo.

El corazón se me acelera.

—Pues menos mal que no eres mi pareja.

—Si lo fuera —continúa como si no me hubiera oído—, habría venido contigo. Me habría asegurado de que estabas bien, de que ese hombre no se pasaba de la raya. Y habría hecho todo lo posible por apartarte de él.

La forma en que lo dice. Con esa voz grave, con esa intensidad en los ojos.

Hace que se me seque la boca.

—Pues qué bien que no tengas que hacer nada de eso.

—Necesito saberlo. ¿Tengo que preocuparme por alguien, Annie?
¿Va a aparecer un hombre reclamándote?

Me sostiene la mirada.

Y sé que debería mentir. Debería decirle que sí. Que hay alguien.
Que alguien me está esperando.

Solo para ver su reacción. Solo para poner distancia entre nosotros.

Pero no puedo.

Porque Aiden me mira de una forma que hace que las mentiras se me mueran en la garganta.

—No —digo al final.

A regañadientes. Como si me arrancara las palabras.

—¿No?

—No. No hay nadie.

—¿Desde cuándo no tienes pareja?

—Aiden, eso tampoco es de tu incumbencia.

—¿Desde cuándo, Annie?

Aprieto la mandíbula.

—Desde hace más de tres años.

—Tres años.

—Sí. Tres años. ¿Contento?

Y en la cara de Aiden se dibuja una sonrisa. Una sonrisa lenta que se le extiende como el amanecer.

Enorme, encantada, la sonrisa de quien acaba de recibir la mejor noticia de su vida.

—Muy contento.

Tengo mariposas en el estómago.

Malditas mariposas traidoras.

—No significa nada —me apresuro a decir—. Solo que... que no he encontrado a la persona adecuada.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—Qué arrogante.

—No es arrogancia. Es esperanza.

Se levanta, recoge los platos, los lleva al fregadero.

Y yo me quedo ahí.

Sentada.

Con el corazón desbocado.

Porque Aiden Cooper acaba de admitir que tiene esperanza.

Esperanza de qué, no lo ha dicho.

Pero yo lo sé. Lo he visto en sus ojos. Lo he sentido en el aire entre nosotros.

Y eso me aterra.

Porque una parte de mí —esa parte que llevo diez años intentando ignorar— también tiene esperanza.

De lo que podríamos ser juntos.

Y no sé qué hacer con eso.

Porque él ya me demostró una vez que no soy tan importante para él como él lo es para mí.

Estoy a unos días de tener de nuevo el corazón roto.

CAPÍTULO 15

ANNIE

Al día siguiente salimos temprano.

Antes de que el sol salga del todo. Antes de que Millbrook se despierte.

Aiden conduce, yo voy en el asiento del copiloto con una lista de clínicas en el móvil y una carpeta en el regazo, Dean duerme en la parte trasera.

—Primera parada —dice Aiden—. ¿Dónde?

—Clínica Riverside. En Hamilton. A unos cuarenta minutos.

Asiente, gira hacia la carretera principal.

El paisaje se extiende a ambos lados: montañas a lo lejos, pinos que parecen tocar el cielo, ese azul imposible que empequeñece todo lo demás.

Es precioso. Siempre lo ha sido.

Y hay una parte de mí que ha echado de menos esto: este espacio, este aire limpio, esta sensación de que el mundo es enorme. Sensación que se pierde encerrada en una oficina.

—¿En qué piensas? —pregunta Aiden.

Lo miro de reojo.

—Estaba pensando que Millbrook es bonito.

—Sí.

—Lo había olvidado.

—¿Sí?

—Sí. O quizá... quizá me obligué a olvidarlo. Para que fuera más fácil estar lejos.

Aiden no dice nada.

Pero veo cómo sus manos se tensan en el volante. No parece nada contento de que me fuese. Aunque puede que esté viendo lo

que quiero y no la realidad. Me estoy volviendo loca.

Llegamos a Hamilton cuarenta minutos más tarde.

La clínica es pequeña: un edificio bajo de ladrillo rojo con un aparcamiento de grava. Apenas hay coches.

Entramos. Aiden con Dean en brazos, yo con la carpeta y mi identificación lista.

La recepcionista es una mujer mayor, con el pelo gris y gafas colgadas de una cadena. Nos mira con curiosidad cuando nos acercamos.

—Buenos días —digo—. Soy Annie Calloway. Trabajadora de servicios sociales del condado de Park. Este es el sheriff Aiden Cooper de Millbrook. Estamos investigando un caso de abandono. Necesitamos saber si han atendido algún parto en los últimos cuatro meses sin seguimiento médico posterior.

La mujer frunce el ceño.

—¿Sin seguimiento?

—Sí. Una madre que haya dado a luz aquí y no haya vuelto a las revisiones. O que no haya dejado la información de contacto correcta.

—Eso sería muy irregular.

—Lo sé. Pero necesitamos comprobarlo.

La mujer suspira, se gira hacia el ordenador, teclea, espera.

Yo también espero. Con las manos apretadas sobre la carpeta. Con el corazón laténdome más de la cuenta. Y con una sensación extraña en el estómago.

Porque debería estar deseando que encuentre algo.

Debería estar rezando para que diga «sí, aquí está, este es el registro».

Porque eso significaría que estaríamos cerca de resolver el caso. Cerca de encontrar a los padres de Dean. Cerca de que Dean vuelva con su familia.

Y más cerca de que yo pueda irme.

Volver a mi vida. A mi apartamento, a mi trabajo. Lejos de Aiden.

Eso es lo que debería querer.

Pero la verdad es otra.

La verdad es que una parte de mí —una parte grande y traidora— está rogando que no encuentre nada.

Que diga «no, aquí no hay nada».

Porque si no encuentra nada, significa que Dean se queda con nosotros un poco más. Significa que yo me quedo en Millbrook un poco más. Significa que tengo más tiempo con Aiden.

Y eso está mal.

Está muy mal.

Porque se supone que estoy cabreada con él. Que quiero largarme de aquí cuanto antes. Que debería importarme pasar tiempo con él.

Pero no me importa.

Y eso me está volviendo loca.

—No —dice la recepcionista al final—. No tenemos ningún caso así. Todos nuestros partos tienen seguimiento completo. Somos muy estrictos.

Algo se me afloja por dentro.

Alivio. Es alivio lo que siento.

Y me odio por ello.

—¿Está segura? —pregunto de todas formas.

—Del todo. Si hubiera algo irregular, lo sabría.

—De acuerdo. Gracias por su tiempo.

Salimos de la clínica.

El sol brilla con fuerza ahora. Hace calor.

Subimos al coche. Aiden arranca.

—¿Cuál es la siguiente? —dice.

—Darby. A unos veinte minutos.

Conduce sin decir nada.

Y yo miro por la ventana intentando no pensar en lo que acabo de sentir.

En ese alivio.

En esas ganas de que no encontremos nada.

Darby es todavía más pequeño que Hamilton.

La clínica parece más una casa que un centro médico. Con un jardín delantero y cortinas en las ventanas.

La misma pregunta.

La misma respuesta.

No.

Y otra vez ese alivio traicionero.

Stevensville. No.

Corvallis. No.

Victor. No.

Florence. No.

Para cuando llegamos a la séptima clínica son casi las tres de la tarde.

Dean ha llorado en cuatro de ellas. Hemos tenido que darle de comer dos veces y cambiarle el pañal en el coche.

Y yo tengo un dolor de cabeza que me parte el cráneo.

Pero lo peor.

Lo peor de todo.

Es que con cada «no» que recibimos, el alivio se hace más grande.

Y la culpa también.

Porque no debería sentir esto.

No debería alegrarme de no encontrar a los padres de Dean.

Debería querer resolver este caso. Debería querer que Dean vuelva con su familia. Debería querer irme de aquí cuanto antes.

Pero no lo hago.

Y eso me está matando.

—¿Cuántas quedan? —pregunta Aiden cuando salimos de la última clínica.

Miro la lista.

—Dos. Pero están en dirección contraria. Tendríamos que volver otro día.

—Vale. Volvamos a casa entonces.

Casa.

Esa palabra otra vez.

Como si fuera nuestro hogar. Como si los tres perteneciéramos allí.

Aiden arranca, toma el camino de vuelta a Millbrook.

Y ninguno dice nada durante los primeros veinte minutos.

Hasta que no puedo más.

—No los vamos a encontrar —digo.

Aiden me mira de reojo. Sabe muy bien de qué hablo.

—No lo sabes.

—Hemos estado en siete clínicas hoy. El primer día llamamos a otro montón de sitios. A todas las comisarías de la zona. Y nada. Nadie sabe nada. Nadie ha visto nada. Es como si Dean hubiera aparecido de la nada.

—Quizá los padres no son de Montana.

—Entonces, ¿por qué dejarlo aquí? ¿Por qué dejarlo precisamente contigo?

—No lo sé.

—Tiene que haber una conexión. Algo que se nos escapa.

—Y la vamos a encontrar.

Lo miro.

Tiene la mandíbula tensa, las manos apretadas en el volante.

—¿De verdad quieres encontrarlos? —pregunto.

La pregunta sale antes de que pueda detenerla.

Aiden no responde de inmediato.

Se queda callado. Durante tanto tiempo que creo que no va a responder.

Pero entonces dice:

—No.

Una palabra. Una sola palabra. Pero que lo cambia todo.

—¿No?

—No. No quiero encontrarlos. Quiero quedarme con Dean. Para siempre.

Se me corta la respiración.

Porque lo dice con tanta honestidad, con tanta crudeza.

Como si acabara de arrancarle las palabras del pecho.

—Aiden...

—Lo sé. Sé que está mal. Sé que debería querer que Dean vuelva con su familia. Pero no puedo. Porque ya lo quiero como si fuera mío. Puedo darle todo el amor que necesita. Y la idea de que alguien venga y se lo lleve...

No termina la frase.

Pero no hace falta.

Porque yo siento lo mismo.
Y eso me aterra todavía más.

Llegamos a casa cuando el sol está empezando a ponerse.

Aiden aparca. Bajamos, sacamos a Dean de la silla.

Y entramos en la casa en silencio. Un silencio pesado, cargado.

—Voy a por su pijama y luego le cambio el pañal —dice Aiden—.
Lleva rato inquieto.

—Vale. Yo preparo el biberón de mientras. Nos encontramos en el salón.

Asiente.

Voy a la cocina. Preparo el biberón: caliento el agua, mido el polvo, mezclo.

Y cuando voy al salón, me encuentro con la escena más divertida que he visto en días.

Aiden está empapado. Completamente empapado.

Con la camiseta mojada pegada al pecho, con gotas cayéndole por el cuello.

Y Dean está en el cambiador que hemos puesto en la sala, desnudo de cintura para abajo, con una expresión que juraría que es de pura satisfacción.

Me quedo quieta.

Durante un segundo.

Y luego me echo a reír.

No puedo evitarlo.

Me río con ganas, doblándome sobre mí misma, casi sin poder respirar.

—No tiene gracia —dice Aiden.

Pero le oigo la risa en la voz.

—Tiene mucha gracia —consigo decir entre risas—. Muchísima.

—Me ha meado, Annie.

—Lo sé. Y es lo mejor que he visto en mucho tiempo.

—Me alegro de ser tu entretenimiento.

—Oh, lo eres. Sin duda lo eres.

Aiden termina de ponerle el pañal limpio a Dean, le pone el pijama, lo coge en brazos.

Y se gira hacia mí.

Con una expresión que me hace dejar de reír.

—Te vas a enterar —dice mientras sonrío.

Aiden deja a Dean en la hamaca del sofá, con cuidado, asegurándose de que está atado.

Y luego se gira hacia mí.

Y camina. En mi dirección.

Con una expresión en la cara que me pone alerta de inmediato.

—No —digo retrocediendo—. Aiden, ni se te ocurra...

—Si te parece tan gracioso que me haya meado —dice—, vamos a compartirlo.

—No vamos a compartir nada.

—Claro que sí.

Echo a correr.

De verdad.

Salgo del salón, cruzo el pasillo, intento llegar a las escaleras.

Pero Aiden es más rápido.

Me alcanza en tres zancadas, me coge por la cintura, me levanta.

—¡Aiden! —grito entre risas—. ¡Suéltame!

—Ni hablar.

Me da la vuelta, me aprieta contra él y frota su camiseta mojada contra la mía.

—¡No!

Pero me estoy riendo. Riendo tanto que me duele el estómago. Riendo de una forma que no me he reído en años.

Aiden también se ríe. Una risa profunda que hace que todo su cuerpo se sacuda.

—Ahora estamos iguales —dice.

—Eres un niño.

—Y tú te estabas riendo de mí.

—Porque era divertido.

—Esto también es divertido.

Intento apartarme. Pero Aiden me sostiene, con los brazos alrededor de mi cintura, con su pecho contra el mío.

Y seguimos riendo.

Los dos.

Como si fuéramos niños otra vez. Como si no hubieran pasado diez años. Como si no hubiera nada complicado entre nosotros.

Y entonces pasa.

Los dos nos quedamos quietos. Al mismo tiempo. Como si alguien hubiera pulsado un botón de pausa.

Porque nos hemos dado cuenta de algo. De lo cerca que estamos.

Su pecho está contra el mío, sus brazos todavía están alrededor de mi cintura, mi mano en su hombro, nuestras caras a centímetros.

Estamos respirando el mismo aire.

La risa se muere en mi garganta.

El ambiente cambia.

Se vuelve denso, cargado, eléctrico.

Levanto la vista.

Aiden me está mirando.

Y ya no hay diversión en sus ojos.

Hay otra cosa.

Algo oscuro. Algo intenso. Algo que hace que se me acelere el pulso de una forma peligrosa.

—Annie —susurra.

Mi nombre suena como una caricia. Como una promesa. Como una pregunta.

Y yo no sé cómo responder.

No sé si debería responder.

Solo sé que no puedo moverme. No puedo apartarme. No puedo hacer nada excepto mirarlo.

Y entonces Aiden se inclina.

Despacio.

Tan despacio que podría detenerlo. Tan despacio que tengo todo el tiempo del mundo para apartarme.

Pero no lo hago.

Porque llevo diez años esperando esto.

Y cuando sus labios tocan los míos, el mundo desaparece. Todo desaparece.

Las dudas. El miedo. Los diez años de distancia. Todo.

Solo quedan sus labios, moviéndose contra los míos. Suaves, cálidos, perfectos.

Me besa como si llevara años esperando hacer esto. Con desesperación e intensidad.

Sus manos suben por mi espalda, lentas, explorando cada centímetro, como si estuviera memorizándome.

Mis manos se mueven solas. Suben por su pecho, por su cuello, se hunden en su pelo.

Y tiro.

Aiden gruñe contra mi boca.

Un sonido grave y masculino que hace que algo líquido y caliente se derrame por todo mi cuerpo.

Me empuja contra la pared. No con brusquedad. Sino con una firmeza que hace que se me doblen las rodillas.

Y profundiza el beso.

Su lengua roza mis labios. Pidiendo permiso. Exigiendo acceso.

Se lo doy.

Abro la boca para él.

Y su lengua encuentra la mía en una danza que hace que se me olvide cómo respirar.

Es perfecto. Es devastador. Es todo lo que siempre imaginé y mil veces más.

Porque esto no es un beso cualquiera.

Esto es diez años de deseo contenido. Diez años de noches imaginando esto. Diez años de preguntarme cómo sabría, cómo se sentiría.

Y ahora lo sé.

Sabe a café y a menta y a algo que es completamente suyo. Algo adictivo que hace que quiera más. Más de esto. Más de él.

Aiden me aprieta contra la pared, su cuerpo contra el mío. Duro, caliente. Y puedo sentirlo.

Sentir lo mucho que me desea.

La prueba evidente está presionando contra mi estómago.

Y un calor líquido se extiende por mi bajo vientre.

Porque lo deseo.

Llevo diez años deseándolo, aunque me haya pasado todo ese tiempo negándolo.

Sus manos bajan. Por mi cintura, por mis caderas. Me agarran, me levantan.

Y yo enrosco las piernas alrededor de él sin pensar.

El cambio de posición hace que quedemos alineados de una forma completamente nueva.

De una forma que hace que gima contra su boca.

Porque ahora la dureza de su erección presiona exactamente donde más lo necesito.

Y aunque hay demasiada ropa entre nosotros, la fricción es deliciosa.

—Joder, Annie —gime Aiden contra mis labios—. Llevo toda la vida imaginando tenerte así. Y es mejor. Mucho mejor de lo que nunca imaginé.

—Aiden.

—Sabes tan bien. Tan jodidamente bien.

Me besa más profundo, más desesperado, como si no pudiera tener suficiente.

Y yo le devuelvo el beso con la misma intensidad, con la misma necesidad.

Porque esto.

Esto es lo que llevo años negándome. Lo que llevo años diciéndome que no necesito.

Y estaba equivocada. Completamente equivocada.

Porque necesito esto. Lo necesito a él. Igual que necesito el aire.

Las manos de Aiden suben por mis costados. Rozando el lateral de mis pechos. Sin tocarlos del todo. Solo lo suficiente para volverme loca.

Aiden se separa de mis labios. Solo un poco. Lo suficiente para mirarme.

—Annie —dice.

Y hay algo en cómo suena mi nombre en sus labios.

Algo cargado de emoción. De intensidad.

Que hace que mi cerebro se encienda. Que hace que de repente sea muy consciente de lo que estamos haciendo. De lo que acaba de

pasar.

Mierda.

Me aparto, empujándolo, bajando las piernas.

Aiden me suelta de inmediato.

—Annie.

—Esto... esto ha sido un error.

—No lo ha sido.

—Sí lo ha sido. —Me paso las manos por el pelo—. Esto no puede pasar. No podemos complicar las cosas. Estamos juntos por Dean. Solo por Dean.

—Annie, para un segundo...

—No. No voy a parar. Porque si paro voy a pensar. Y si pienso voy a darme cuenta de lo estúpida que acabo de ser.

—No has sido estúpida.

—Sí lo he sido. Acabo de... acabamos de...

No puedo ni decirlo.

Aiden da un paso hacia mí.

—Acabamos de besarnos. Y ha sido increíble. Y real.

—Y un error. —Retrocedo—. Ha sido un error, Aiden.

—No digas eso.

—Tengo que irme.

Me separo de él antes de que pueda detenerme.

Subo las escaleras. Cada escalón me pesa como si fuera de plomo.

Entro en la habitación de invitados. Cierro la puerta.

Y me dejo caer en la cama.

Los labios todavía me hormiguean, el cuerpo me vibra, el corazón me late desbocado.

Y todo lo que puedo pensar es:

Estoy perdida. Completamente perdida.

Porque acabo de besar a Aiden. Y ha sido mejor de lo que nunca imaginé.

Y eso me aterra.

Lo mucho que lo quiero. Lo mucho que siempre lo he querido.

No sé si voy a sobrevivir a tenerlo tan cerca.

CAPÍTULO 16

ANNIE

Han pasado tres días desde el beso. Tres días en los que he hecho lo imposible por evitar a Aiden.

Me levanto antes que él. Me ofrezco a quedarme con el bebé mientras él hace llamadas. Me encierro en mi habitación en cuanto Dean se duerme por la noche.

Cualquier cosa con tal de no estar a solas con él.

Porque si estamos a solas voy a recordar.

Voy a recordar cómo fue besarlo. Cómo sabía. Cómo se sintió tener su cuerpo contra el mío. Cómo gimió mi nombre contra mis labios.

Y si recuerdo eso, voy a querer repetirlo.

Y no puedo. No puedo permitirme querer eso.

Es miércoles por la mañana cuando bajo las escaleras y me lo encuentro en el salón, jugando con Dean en la alfombra. Los dos tumbados boca abajo. Dean intentando levantar la cabeza, Aiden haciendo ruiditos tontos para animarlo.

Me quedo en el umbral. Mirándolos.

Y me derrito por dentro.

Porque la imagen que forman es demasiado perfecta. Demasiado real. Demasiado parecida a lo que podría ser mi vida si esto fuese real y no un trabajo.

—Buenos días —digo.

Aiden levanta la vista. Me mira.

Y los ojos le brillan de una forma que me acelera el pulso.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Sí.

Mentira.

He dormido fatal. Cada noche desde el beso he dormido fatal, dando vueltas en la cama, pensando en él, recordando.

—He hecho café. Si te apetece hay en la cocina —me ofrece.

—Sí. Gracias.

Voy a la cocina, me sirvo una taza, vuelvo al salón.

Aiden sigue en el suelo con Dean. Pero ahora me está mirando.

Y le hago la pregunta que lleva días rondándome la cabeza.

—¿No tienes que trabajar? —pregunto.

—No.

—¿No?

—Me he pedido unos días libres.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—Llevo desde que empecé a ser sheriff sin coger vacaciones. Ya era hora de que lo hiciese.

Me quedo mirándolo. Intentando procesar lo que acaba de decir. Lo que implica.

—¿Cuántos días tienes?

—Tres semanas.

Se me cae el alma a los pies.

Tres semanas. Tres semanas con Aiden en casa. Todo el día. Todos los días.

Sin poder tener un respiro. Tres semanas encerrada aquí con él.

Me voy a volver loca.

—¿Por qué lo has hecho? —consigo preguntar.

—Porque Dean me necesita. Y porque quiero estar aquí. Con él. Contigo.

Cómo lo dice, con esa honestidad brutal, me cierra la garganta.

—Aiden...

—Sé que me evitas.

—No te evito.

—Sí lo haces. Y lo entiendo. Pero no voy a facilitártelo. No esta vez.

Me sostiene la mirada. Con esa determinación suya que siempre me ha desarmado.

Y no puedo aguantarlo. Es superior a mis fuerzas.

—Tengo que... tengo que ir a... —Busco una excusa. Cualquier excusa—. A hacer llamadas. Sí. Llamadas.

Salgo del salón antes de que pueda decir nada.

Subo las escaleras, entro en mi habitación, cierro la puerta.

Y me apoyo contra ella.

Está de vacaciones.

Tengo que estar todo el rato con Aiden aquí, sin escapatoria.

Estoy jodida.

Esa noche me despierto con sed.

Son las dos de la madrugada. La casa está en silencio, Dean no ha llorado todavía. Es un milagro.

Me levanto, bajo las escaleras de puntillas, intentando no hacer ruido porque no quiero molestarlos.

La cocina está a oscuras. Solo ligeramente iluminada por la luz de la luna entrando por la ventana.

Voy al fregadero, abro el grifo, lleno un vaso de agua.

Y entonces lo oigo.

Un ruido detrás de mí.

Me giro.

Y casi se me cae el vaso.

Porque Aiden está ahí.

Apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

Y sin camiseta.

Solo con esos pantalones de pijama colgando bajos de sus caderas.

Se me seca la boca.

¿Por qué tiene que ir todo el día medio desnudo? Es una tortura, de verdad. Podría haber muerto feliz sin descubrir que tiene unos abdominales tan marcados que parecen hechos con un cincel.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Mi voz sale ronca. Dormida.

—Podría preguntarte lo mismo.

—Tenía sed.

—Yo también.

Camina hacia mí, despacio, con esos pasos seguros que siempre ha tenido.

Se detiene al otro lado de la encimera. Demasiado cerca. Pero con suficiente distancia para que no estemos tocándonos.

—No puedes seguir evitándome eternamente —dice.

—No te evito.

—Annie.

—Vale. Te estoy evitando. ¿Contento?

—No. Para nada.

Me mira. Con esos ojos que en la oscuridad parecen más oscuros. Más peligrosos.

—El beso fue real —continúa—. Lo que sentimos fue real. Y no va a desaparecer porque finjas que no pasó.

—No estoy fingiendo.

—Sí lo estás.

—Aiden.

—Dime que no sentiste nada. Dime que ese beso no significó nada para ti. Y prometo que no volveré a tocarte.

Se me corta la respiración.

Porque no puedo. No puedo decirle eso. Sería mentira.

Y Aiden lo sabe.

—No puedo —susurro.

—¿No puedes qué? ¿No puedes decirlo? ¿O no puedes mentir?

—Las dos cosas.

Da un paso hacia mí. Luego otro. Hasta que solo nos separa la encimera.

—Entonces deja de huir.

—No estoy huyendo.

—Sí lo estás. Pero no va a funcionar. Porque yo también estoy aquí. Y no voy a ir a ninguna parte.

Nos quedamos ahí, mirándonos, en la oscuridad de la cocina, con solo la luz de la luna entre nosotros.

Y sé que debería salir corriendo. Debería volver a mi habitación. Poner distancia.

Pero no puedo moverme. No puedo apartar la vista. No puedo hacer nada excepto mirarlo y recordar cómo fue besarlo.

Debe ver la ansiedad en mi cara porque esta vez es él el que rompe el momento.

—Buenas noches, Annie —dice Aiden al final.

Se da la vuelta.

Y se va.

Dejándome ahí, sola, en la oscuridad.

Con el corazón desbocado y la certeza absoluta de que no voy a sobrevivir a tres semanas así.

Al día siguiente intento quedarme en mi habitación el mayor tiempo posible.

Estoy tumbada en la cama, con un libro abierto en el regazo. Una novela romántica que compré hace semanas y que no he tenido tiempo de leer.

Pero ahora no puedo concentrarme.

Porque cada vez que el protagonista besa a la chica, solo veo a Aiden.

Besándome contra esa pared, con esa pasión que me dejó sin aliento.

Cierro el libro de golpe.

Y en ese momento alguien llama a la puerta.

—¿Annie?

La voz de Aiden.

—¿Sí?

—Necesito ducharme. ¿Puedes quedarte con Dean?

Suspiro.

Abro la puerta.

Aiden está ahí. Con Dean en brazos. Con esa cara que no me deja decirle que no.

—Claro —digo.

Me pasa al bebé. Nuestros dedos se rozan.

Y vuelve esa electricidad que debería haber muerto hace días.

Con fuerza.

—Gracias. No tardo.

Asiento.

Bajo con Dean, voy al salón, me siento en la alfombra con las piernas cruzadas, lo coloco frente a mí.

—Hola, pequeño —susurro.

Dean me mira con esos ojos azules enormes. Parpadea despacio.

Y me derrito por dentro.

—¿Has dormido bien? —le pregunto como si pudiera responderme—. Porque yo no. Llevo tres noches sin dormir bien por culpa de Aiden.

Dean hace un ruidito. Como si estuviera de acuerdo.

—Exacto. Es un problema. Un problema muy grande y muy guapo.

Le cojo las manitas. Tan pequeñas que mis dedos las envuelven por completo.

—Pero tú no eres un problema —continúo—. Tú eres perfecto. Completamente perfecto.

Dean sonríe.

O eso intenta.

Y mi corazón explota.

—Oh, Dios. Eres precioso. ¿Lo sabías? Eres el bebé más bonito del mundo.

Me inclino. Le doy un beso en la frente. Suave. Despacio.

Y Dean cierra los ojos, suspira.

Como si ese beso fuera justo lo que necesitaba.

—Te adoro —susurro—. Sé que no debería. Sé que esta situación es solo temporal. Pero te adoro igual. Y no sé qué voy a hacer cuando tenga que dejarte ir.

Se me cierra la garganta.

Porque es verdad.

En solo unos días, Dean se me ha metido en el corazón más de lo que esperaba.

Y la idea de tener que entregarlo a otra familia...

Duele. Duele más de lo que debería.

Sigo jugando con él, haciéndole cosquillas en la barriga, hablándole bajito, viéndolo sonreír con esa sonrisa que me está robando el corazón.

Y entonces oigo pasos en las escaleras.

Levanto la vista.

Y se me olvida respirar.

Porque Aiden está ahí.

Al pie de las escaleras.

Con el pelo mojado. Gotas de agua cayéndole por el cuello, por el pecho, por ese abdomen marcado que debería estar prohibido mirar.

Y solo lleva una toalla. Una toalla blanca alrededor de la cintura que cuelga peligrosamente baja.

Y nada más.

Se me seca la boca.

—Perdona —dice—. Necesito coger un pijama limpio de la habitación de la colada.

No puedo hablar. No puedo apartar la vista. Solo puedo mirarlo mientras cruza el salón, mientras el agua le resbala por la piel, mientras sus músculos se mueven bajo esa piel con cada paso.

—Estás pavoneándote —suelto.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Aiden se detiene. Se gira hacia mí.

Y sonrío.

Esa sonrisa de medio lado que debería estar prohibida.

—¿Perdona?

—Que te estás pavoneando. Paseándote por aquí medio desnudo.

—Me he olvidado la ropa.

—Mentira. Solo quieres presumir de ese cuerpazo que tienes.

La sonrisa se hace más grande.

—Ah. ¿Te parece que tengo buen cuerpo?

Se me calienta la cara.

—No he dicho eso.

—Sí lo has dicho. Has dicho «cuerpazo».

—He dicho que quieres presumir. Que es diferente.

—¿Entonces no crees que tengo buen cuerpo?

—Eres un chulo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No voy a alimentar tu ego.

—Ya lo has hecho. Has dicho «cuerpazo». —Se acerca—. Y para que conste, me encanta que te hayas fijado.

Pongo los ojos en blanco.

—Vete a vestirte, Aiden.

—¿Segura? Porque parece que estás disfrutando de las vistas.

—Estoy segurísima.

Se ríe. Esa risa grave que me oprime el estómago.

—Como quieras.

Va hacia la habitación de la colada. Desaparece dentro.

Y yo me quedo ahí, con las mejillas ardiendo.

Y con la certeza de que Aiden me va a volver loca.

Loca del todo.

CAPÍTULO 17

AIDEN

Estoy en la cocina preparando café cuando la veo.

Annie está en el salón, sentada en la alfombra con las piernas cruzadas, con Dean tumbado frente a ella sobre la manta suave que compramos ayer.

Y está jugando con él.

Le coge las manitas, las mueve arriba y abajo como si bailara.

—Mira qué manos tan bonitas tienes —le dice con esa voz suave que usa solo con él—. Sí. Muy bonitas.

Dean la mira, con esos ojos azules enormes, fascinado.

Como yo.

Annie se inclina, le da un beso en la barriga, por encima del body.

Dean se ríe. Ese sonido burbujeante que me hace explotar por dentro cada vez que lo oigo.

—¿Te gusta eso? —pregunta Annie—. ¿Sí? ¿Te gustan los besos?

Le da otro. Y otro. Y Dean no para de reír.

Y Annie tampoco.

Se ríe con él, con esa risa clara y genuina que no le he oído en días. Desde antes del beso. Desde antes de que todo se complicara.

Me quedo ahí, en el umbral de la cocina, con la taza de café en la mano, mirándolos.

Y no puedo moverme. No puedo apartar la vista.

Porque esta imagen.

Annie con Dean. Riéndose, jugando, con ese amor tan evidente en cada gesto, en cada palabra, en cada beso que le da.

Es todo lo que siempre he querido.

Todo lo que he soñado durante años.

Y está aquí. Delante de mí.

Y es real. Tan real que podría tocarlo.

Annie le coge los pies a Dean ahora, se los lleva a la boca, le da un beso en cada uno, haciendo ruiditos tontos que hacen que Dean chille de alegría.

—Eres el bebé más guapo del mundo —le dice—. Sí. Sí que lo eres. Y el más listo. Y el más perfecto.

Algo se me expande dentro. Enorme. Tan grande que duele.

Porque lo veo. Veo el futuro con tanta claridad que casi me corta la respiración.

Annie aquí. En esta casa. Para siempre.

No temporalmente, no porque esté obligada.

Sino porque quiere estar.

Porque este es su hogar. Nuestro hogar.

La veo con Dean. Criándolo, viéndolo crecer, enseñándole a leer como a ella le enseñaron, llenando la casa de libros y de risas.

La veo embarazada.

Esa imagen me golpea con tanta fuerza que casi me hace tambalear.

Annie embarazada. Con mi hijo creciendo dentro de ella, con una barriga redonda que no podría dejar de tocar, con ese brillo en los ojos que tienen las mujeres embarazadas.

Me veo poniendo las manos en su vientre, sintiendo a nuestro bebé moverse, hablándole, diciéndole que lo queremos, que lo esperamos.

Ve el parto. Annie apretándome la mano, yo diciéndole que lo está haciendo bien, que es increíble, que la quiero.

Ve al bebé. Nuestro bebé. En mis brazos por primera vez.

Ve toda una vida.

Desayunos en esta cocina. Los tres. Luego cuatro. Luego cinco. Llenando la casa de niños y de ruido y de amor.

La veo por las noches, después de acostar a los niños, sentada en el sofá conmigo, leyendo, con mi brazo alrededor de sus hombros, con esa paz que solo existe cuando estás justo donde quieres estar.

Lo veo todo. Y lo quiero.

Joder.

Lo quiero con un anhelo que me asusta.

Mi cuerpo responde a esos pensamientos sin que pueda controlarlo.

Me pongo duro. Duro como una piedra.

Solo de imaginarla. Solo de pensar en dejarla embarazada. En ser yo quien le dé esos bebés. En verla crecer con mi hijo dentro.

Aprieto la taza de café con tanta fuerza que me sorprende que no se rompa.

Contrólate.

Pero no puedo. No puedo controlarme cuando Annie está ahí. A unos metros. Siendo exactamente la madre que siempre supe que sería.

La madre de mis hijos.

Si me dejara. Si me diera esa oportunidad.

Me paso la mano por la cara. Respiro hondo.

Tengo que calmarme.

En veinte minutos va a llegar Margaret. La jefa de Annie. A supervisar el caso. A asegurarse de que todo está bien.

Y no puedo aparecer delante de ella con una erección evidente pensando en dejar embarazada a su empleada.

Eso sería inapropiado.

Por decirlo suavemente.

Dejo la taza en la encimera, apoyo las manos en el borde, bajo la cabeza.

Respira. Piensa en otra cosa.

En el trabajo, en los informes que tengo pendientes, en cualquier cosa que no sea Annie.

No funciona.

Porque la oigo.

Ahí en el salón. Hablándole a Dean con esa voz llena de cariño.

—¿Tienes hambre, pequeño? ¿Sí? Vamos a ver si Aiden ya ha terminado de hacer el café y puede prepararte el biberón.

La escucho moverse.

—¿Aiden?

La voz de Annie me sobresalta.

Levanto la cabeza.

Está en la puerta de la cocina. Con Dean en brazos. Mirándome con una expresión preocupada.

—¿Estás bien? Llevas ahí parado un rato.

—Sí. Perdona. Estaba pensando.

—¿En qué?

En ti. En Dean. En la familia que podríamos ser.

En dejarte embarazada.

Pero no puedo decir eso.

—En que Margaret está a punto de llegar —miento—. Deberíamos preparar algo. Galletas. Lo que sea.

Annie asiente. Pero hay algo en su expresión. Como si supiera que no le estoy diciendo toda la verdad.

—Yo me encargo —dice—. Tú prepárale el biberón a Dean.

Se da la vuelta antes de que pueda responder.

Y yo me quedo ahí. Intentando calmarme. Intentando que el cuerpo entienda que ahora no es el momento.

Pero es difícil. Es jodidamente difícil cuando solo quiero cruzar esta cocina, acorralar a Annie contra la encimera y besarla hasta que admita que esto es real.

Que lo que hay entre nosotros vale la pena.

Que merecemos intentarlo.

Pero no lo hago.

Porque Margaret va a llegar en cualquier momento.

Y porque Annie necesita tiempo.

Aunque me esté matando dárselo.

El timbre suena exactamente a las once.

Annie abre la puerta.

Margaret está ahí, con un traje gris impecable, un maletín en la mano y una expresión seria que debe de usar con todo el mundo.

—Annie —dice—. Sheriff Cooper —me saluda a mí también.

—Margaret. Gracias por venir —responde Annie.

—No hay de qué. Necesitaba ver cómo estaba todo personalmente. —Entra, mira a su alrededor y entonces ve a Dean

en mis brazos—. Y este debe ser el bebé.

—Sí —digo—. Este es Dean.

Margaret se acerca. Lo mira con atención profesional.

—¿Dean?

—Es el nombre que le hemos puesto temporalmente —explica Annie—. Hasta que sepamos su nombre real.

—Entiendo. ¿Puedo? —pregunta extendiendo los brazos.

Se lo paso. Margaret lo sostiene con la familiaridad de alguien que lleva años trabajando con niños.

Lo examina. Le mira los ojos, las manos. Comprueba que esté limpio, bien cuidado.

—Está muy bien —dice después de un momento—. Sano, feliz. Lo estáis haciendo bien. No esperaba menos.

Se me afloja el pecho.

Porque su aprobación importa. Importa más de lo que debería.

—Gracias —dice Annie.

Margaret le devuelve a Dean.

—Bueno. Contadme. ¿Qué habéis averiguado hasta ahora?

Nos sentamos. Los tres. En el salón.

Margaret en el sofá, Annie a su lado con Dean en brazos, yo en el sillón.

Y empezamos a contarle.

Las clínicas que hemos visitado, los hospitales, las llamadas a otras comisarías, las preguntas en el pueblo.

Todo.

Margaret toma notas, asiente, hace preguntas ocasionales.

Y cuando terminamos, cierra la libreta.

—Habéis hecho un trabajo exhaustivo —dice—. Pero parece que los padres no quieren ser encontrados.

—O no pueden ser encontrados —añade Annie.

—También es posible. —Margaret hace una pausa—. Tenéis que saber algo. Sobre los plazos. Aunque Annie ya lo sabe.

Nos mira a los dos.

—Si no encontráis a los padres antes de que se cumplan los dos meses desde su abandono, el bebé pasará oficialmente al sistema de adopción.

Se me tensa todo el cuerpo.

—¿Dos meses? —pregunto como en trance.

—Sí. Dos meses desde el día del abandono. Es el tiempo que marca la ley. Durante ese periodo, seguís investigando, intentáis encontrar a los padres, agotáis todas las vías. Pero si después de dos meses no aparece nadie reclamando al bebé, legalmente puede ser adoptado.

El pulso se me acelera.

—¿Y cómo funciona eso? —pregunto—. El proceso de adopción.

Margaret me mira con curiosidad.

—Hay varios pasos. Primero, la persona interesada tiene que registrarse como familia de acogida, pasar las evaluaciones, demostrar que puede cuidar del menor: que tiene recursos, estabilidad, un hogar adecuado. —Hace una pausa—. ¿Por qué lo preguntas, sheriff?

La miro directamente a los ojos.

Y digo lo que llevo días pensando. Lo que sé sin la menor duda desde que vi a Dean por primera vez.

—Porque quiero adoptarlo.

El silencio que sigue es absoluto.

Siento la mirada de Annie clavada en mí.

Pero no la miro.

Porque si la miro voy a ver lo que hay en sus ojos.

Y todavía no sé si estoy preparado.

Margaret asiente despacio.

—Entiendo. ¿Estás seguro?

—Sin duda.

—Es una decisión importante. Un bebé cambia toda tu vida: tu rutina, tus prioridades, todo.

—Lo sé. Y lo quiero. Quiero todo eso.

—¿Y el trabajo? Ser sheriff es exigente. Requiere disponibilidad, horarios irregulares.

—Lo sé. Y voy a organizarme. Lo haré funcionar.

Margaret me mira durante un segundo largo.

Y luego sonrío.

Es una sonrisa pequeña. Pero genuina.

—Creo que este bebé tiene mucha suerte de haberse cruzado contigo, sheriff Cooper.

La garganta se me cierra.

—Soy yo quien tiene suerte.

—Me gusta esa respuesta. Voy a ver si tengo lo que necesitas —explica mientras busca dentro de su maletín.

Tras unos segundos, saca unos papeles.

—Bien. Esto es lo que necesitas para empezar el proceso: formularios, requisitos, una lista de las evaluaciones que tendrás que pasar. No es rápido. Pero si lo que quieres es adoptar a Dean, cuanto antes empieces, mejor.

Me pasa los papeles.

Los cojo, los miro, sin procesarlos del todo.

Porque solo puedo pensar una cosa: esto es real.

En que, si no aparecen sus padres, y Dios quiera que no aparezcan, voy a adoptar a Dean.

Voy a ser su padre.

Oficialmente. Legalmente. Para siempre.

Estoy tan feliz que la emoción casi no me cabe en el pecho.

Margaret se queda una hora más, inspeccionando la casa, haciéndonos más preguntas, tomando notas sobre todo.

Y cuando por fin se va, cuando la puerta se cierra detrás de ella, el silencio que queda es ensordecedor.

Annie sigue en el sofá. Con Dean dormido en sus brazos.

Cuando me acerco me mira. Fijamente.

Con una expresión que no sé cómo leer.

—Es bonito —dice.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Que quieras adoptarlo. Es muy bonito, Aiden.

Se me cierra la garganta.

Porque no esperaba que dijera eso.

Esperaba resistencia. Esperaba que me dijera que estoy loco, que es demasiado pronto, que no puedo tomar una decisión así después de solo unos días.

Pero en cambio me dice que es bonito.

—Gracias —consigo decir.

—Vas a ser un padre increíble.

Las palabras me golpean en el pecho.

—¿Tú crees?

—Sí. Estoy completamente segura. Lo veo. En cómo lo miras, en cómo lo cuidas... —Se detiene. Traga saliva—. Dean tiene mucha suerte de tenerte.

Me siento a su lado. En el sofá.

Dejando un espacio pequeño entre nosotros.

—Yo soy el que tiene suerte. Porque ha aparecido en mi vida justo cuando más lo necesitaba.

Annie me mira.

—¿Qué necesitabas?

—Esto. Una familia, un propósito, una razón para levantarme cada mañana que no fuera el trabajo.

Se queda callada.

Mirándome con esos ojos color miel que siempre han visto demasiado.

—Pero también me asusta —continúo—. Me asusta no estar a la altura. Me asusta cagarla. Me asusta que Dean merezca algo mejor que yo.

—Aiden. —Annie se gira hacia mí completamente—. Dean no podría haber tenido más suerte. Y cuando sea mayor lo va a saber. Va a saber que tuviste el valor de quedarte con él cuando nadie más pudo.

Se me humedecen los ojos.

Y tengo que apartar la vista porque si sigo mirándola voy a besarla.

Y no puedo. No después de lo que pasó hace tres días. No cuando todavía está asustada. No cuando solo quiero decirle que quiero que ella también adopte a Dean conmigo. Que se quede con nosotros.

Lo que solo la asustaría más.

—Gracias —susurro.

—No tienes que darme las gracias. Es la verdad.

Nos quedamos ahí. En silencio. Mirándonos.

Con Dean dormido entre nosotros.

Y por primera vez desde el beso, el silencio no es incómodo. Es otra cosa.

Es compartido. Es cálido.

Es como si los dos estuviéramos pensando lo mismo.

En lo bien que encajamos los tres. En lo fácil que sería que esto fuera real. En lo mucho que quiero que lo sea.

Aunque no me atreva a decirlo en voz alta por miedo a que salga corriendo.

CAPÍTULO 18

ANNIE

El domingo por la mañana Aiden me dice que tenemos una comida.

Estoy en la alfombra del salón, con Dean tumbado frente a mí sobre su manta, haciéndole cosquillas en la barriga mientras él se ríe con ese sonido que me derrite el corazón cada vez que lo oigo.

—¿Una comida? —repito sin dejar de mirar a Dean.

—Sí. En el rancho de Matt y Maya. Mis tíos van a estar ahí. Quieren conocer a Dean.

Se me hace un nudo en el estómago.

El rancho Brennan. No he estado ahí en diez años.

—¿Me has oído, Annie?

Levanto la vista.

Aiden me está mirando como si quisiera descubrir qué pasa dentro de mi cabeza.

—No sé si es buena idea —digo.

—¿Por qué no?

—Porque... porque es una reunión familiar. Y yo no soy de la familia.

La expresión se le endurece.

—Eres la persona que está cuidando de Dean conmigo. Eso te hace parte de esto. Y siempre has sido mi amiga. ¿O es que ya ni siquiera somos eso?

—Aiden...

—Mis tíos quieren verte. Tía Ellen me ha preguntado por ti como cien veces desde que le dije que estabas aquí. He conseguido que no venga a asaltarnos, pero no voy a poder contenerla durante más tiempo.

Se me hace un nudo en la garganta.

Porque Ellen y Robert Cooper me vieron crecer. Me conocen desde que tenía ocho años y Aiden me llevó a su casa por primera vez después de que nos castigaran juntos.

Y los he echado de menos.

—Vale —digo al final—. Iré.

La sonrisa que me lanza Aiden me oprime el estómago.

—Gracias.

—Pero solo por tus tíos. No por ti.

—Por supuesto.

Pero los dos sabemos que es mentira.

Dos horas más tarde estamos en el coche de camino al rancho Brennan.

He tardado cuarenta minutos en decidir qué ponerme. Como si importara. Como si esto fuera una cita y no una simple comida familiar.

Al final me he puesto unos vaqueros y una blusa blanca. Simple, cómoda, nada especial.

Pero cuando he bajado las escaleras y Aiden me ha visto, se ha quedado mirándome de una forma que me ha hecho arder la piel.

—Estás preciosa —ha dicho.

Y yo he tenido que apartar la vista porque si no lo habría besado ahí mismo.

Ahora estoy en el asiento del copiloto. Mirando por la ventana. Viendo pasar el paisaje que conozco tan bien.

Cada árbol. Cada curva. Cada kilómetro.

Porque este camino lo he recorrido mil veces. De niña, de adolescente, cuando Aiden y yo éramos inseparables y pasaba más tiempo en el rancho que en mi propia casa.

—¿Nerviosa? —pregunta Aiden.

—No.

—Estás muy callada.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En que hace mucho que no vengo aquí.

Aiden asiente. Como si entendiera justo lo que callo.

—El rancho sigue igual. Matt no ha cambiado nada desde que Ruth murió.

Se me cierra la garganta al oír su nombre.

—¿Cómo... cómo está él? Con lo de Ruth.

—Mejor. Maya le ha ayudado mucho. —Hace una pausa—. Pero la echa de menos. Todos la echamos de menos.

—Perder a un ser querido es horrible.

—Lo es.

Llegamos al rancho diez minutos más tarde.

Y es como volver atrás en el tiempo.

La casa de madera, el porche, los establos, los corrales con los caballos. Todo está tal y como lo recordaba.

Como si no hubieran pasado diez años.

Aiden aparca y bajo del coche con Dean en brazos.

Y el olor me golpea.

A hierba, a caballo, a tierra, a ese olor que solo tienen los ranchos y que me trae mil recuerdos de golpe.

Maya sale a recibirnos antes de que lleguemos a la puerta.

—¡Habéis llegado!

Me abraza. Fuerte. Y luego me quita a Dean de los brazos.

—Dame a este precioso ahora mismo.

Matt aparece detrás de ella. Sonriendo.

—Hola, Annie. Bienvenida. A ti también, hermano. No te pongas celoso.

Entramos.

La casa huele a comida casera, a pan recién hecho, a ese olor que solo tienen las casas donde se cocina con amor.

Y hay voces en la cocina. Voces que reconozco.

Ellen y Robert.

Se me acelera el corazón.

Entramos en la cocina.

Y ahí están.

Ellen junto a los fogones, con un delantal atado a la cintura, el pelo gris recogido en ese moño que siempre ha llevado.

Robert está en la mesa. Leyendo el periódico con unas gafas que no tenía la última vez que lo vi.

Los dos están más mayores. Con más arrugas, más canas.

Pero iguales en todo lo demás.

Ellen levanta la vista. Me ve.

Y se queda quieta. Inmóvil. El cucharón que tiene en la mano se detiene en el aire.

—Annie —dice.

Y hay tanto en esa palabra. Tanta emoción. Tanta alegría.

Que se me llenan los ojos de lágrimas.

—Hola, Ellen.

Deja el cucharón, cruza la cocina y me abraza.

Me abraza como solo las madres saben abrazar. Con ese calor que lo envuelve todo, con esa fuerza que dice «te he echado de menos» sin necesidad de palabras.

—Dios mío —dice—. Mírate. Estás preciosa.

—Tú también.

—Mentirosa. Estoy vieja.

—No lo estás.

Se aparta. Me mira. Con las manos en los hombros.

—Cuánto tiempo, cariño.

—Demasiado.

—Diez años. Diez años sin verte. —Niega con la cabeza—. Eso es demasiado tiempo.

—Lo sé. Lo siento.

—No tienes que disculparte. Pero me alegro de que estés aquí. De que hayas vuelto.

Robert se acerca. Me da un abrazo también. Más contenido que el de Ellen, pero igual de cálido.

—Annie Calloway. Estás hecha toda una mujer.

—Hola, Robert.

—¿Cómo estás?

—Bien. Confundida. Pero bien.

Se ríe.

—Eso es normal cuando Aiden está involucrado.

—Tío —advierde Aiden.

Pero Robert lo ignora.

—¿Y dónde está ese bebé? —pregunta Ellen.

Maya se acerca. Con Dean en brazos.

—Aquí. Es el bebé más perfecto del mundo.

Ellen se derrite. De verdad.

Coge a Dean, lo acurruca contra su pecho, le habla con esa voz que usan las abuelas, esa voz llena de amor incondicional.

—Hola, pequeñito. Mira qué precioso eres. Sí. Muy precioso.

Robert se acerca también. Mira a Dean por encima del hombro de Ellen.

—Es muy pequeño.

—Tiene tres meses —explico.

—Ya. Pero es pequeño.

—Todos los bebés son pequeños, cariño —dice Ellen.

—No me acuerdo de que Maya y Matt fueran tan pequeños nunca.

—Porque han pasado mil años. Tu memoria ya no es lo que era.

Robert resopla. Pero sonrío.

Los observo. Y el pecho se me expande.

Porque esto. Esta calidez. Esta familiaridad. Esta sensación de pertenecer.

Es lo que perdí cuando me fui. Es lo que he echado de menos durante diez años.

Y ahora está aquí. Delante de mí.

Y es tan fácil volver a caer en ello. Demasiado fácil.

Cuando todos terminan de arrullarlo me devuelven a Dean y lo acuno con dulzura.

Ellen me mira.

—Se te ve muy natural con él, Annie.

—¿Perdona?

—Con Dean. Te veo con él en brazos y se te ve muy maternal. Muy en tu sitio.

Se me calienta la cara.

—Solo estoy haciendo mi trabajo.

—No. Es más que eso. —Sonríe—. Siempre supe que serías una madre maravillosa. Desde que eras pequeña. Cómo cuidabas de los

animales, de las plantas, de todo el mundo.

—Tía Ellen... —empieza Aiden.

Pero Ellen sigue hablando. Porque todos parecen decididos a hacerme sentir demasiado.

—Y siempre pensé que tú y Aiden haríais una pareja preciosa. Incluso cuando erais solo amigos. Había algo entre vosotros. Algo especial.

El corazón se me dispara.

—Nosotros no... no somos...

—Lo sé, lo sé. Solo estáis trabajando juntos. —Pero el tono deja claro que no se lo cree—. Pero aun así. Es bonito veros a los dos juntos de nuevo. Cuidando de este bebé. Como si fuera vuestro.

No sé qué decir. No sé dónde mirar.

Porque Ellen está diciendo en voz alta todo lo que he estado pensando. Todo lo que he estado intentando negar.

Miro a Aiden buscando ayuda.

Él me sostiene la mirada. Y debe ver el pánico en mis ojos.

Porque se acerca, me pone la mano en la espalda. Suave, protectora.

—Tía —dice—. ¿Qué tal si nos enseñas qué has preparado? Huele increíble.

Ellen parpadea. Lo mira. Luego me mira a mí.

Y sonrío. Como si supiera de sobra lo que Aiden acaba de hacer.

—Claro, cariño. Está todo casi listo. Sentaos.

La mano de Aiden sigue en mi espalda. Cálida, firme.

Y aunque debería apartarme, no lo hago.

Porque en este momento lo necesito. Necesito ese ancla, esa conexión.

Aunque sea solo por un segundo.

Comemos en la mesa grande de la cocina. Los seis. Con Dean durmiendo en su carrito junto a mi silla.

La comida es increíble.

Pollo asado con hierbas, patatas al horno, judías verdes, pan casero que todavía está caliente y que se deshace en la boca.

Ellen siempre ha cocinado así. Con ese amor que se nota en cada bocado.

—Está delicioso —digo—. Como siempre.

Ellen sonríe.

—Me alegro de que te guste, cariño. Hacía años que no cocinaba para ti.

—Demasiados.

—Pues tendrás que venir más a menudo.

—Yo...

—Nada de excusas. Ahora que estás de vuelta, quiero verte más. ¿Entendido?

Asiento.

Porque no sé qué otra cosa hacer.

Porque una parte de mí —una parte grande— quiere eso. Quiere volver más. Quiere recuperar lo que perdió. Pero otra parte está muy asustada.

La conversación fluye. Fácil. Cómoda.

Robert pregunta por Dean. Por la investigación. Por lo que hemos averiguado.

Les contamos. Las clínicas, los hospitales, las comisarías. Todo.

—Pues parece que sus padres no van a aparecer —dice Robert al final.

—Eso espero —responde Aiden.

Y cómo lo dice.

Con esa convicción total.

Me oprime el pecho. Porque Aiden ama a Dean. Y yo también. Lo que solo lo complica todo más.

Después de comer, Ellen insiste en recoger ella sola. Maya y yo salimos al porche con Dean. Y los chicos se marchan al establo.

Hace calor. Ese calor seco de Montana que se te mete en los huesos.

Nos sentamos en los escalones. Con Dean entre las dos. Dormido en su carrito.

—¿Cómo estás? —pregunta Maya.

—Bien.

—Annie. Te conozco desde hace muchos años. Sé cuándo mientes.

Suspiro.

—Estoy confundida.

—¿Por Aiden?

—Por todo. Por estar aquí. Por Dean. Por Aiden.

Maya asiente. Como si me entendiera muy bien.

—¿Puedo decirte algo?

—Claro.

—Mi hermano es idiota a veces. Pero es un buen hombre. El mejor que conozco. Y te quiso, Annie. De verdad que te quiso. Cuando te fuiste... —Hace una pausa—. Cuando te fuiste se rompió. No hablaba, no comía, se pasaba el día trabajando en el rancho como si pudiera escapar de lo que sentía.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Maya. No me digas eso.

Pero ella sigue hablando como si no me hubiese escuchado o como si no le importase lo mucho que me está afectando.

—Y luego, cuando por fin empezó a recuperarse, nunca volvió a mencionar tu nombre. Como si decirlo en voz alta fuera a romperlo otra vez. —Me mira—. Eso no lo hace alguien que no sintió nada. Eso lo hace alguien que sintió demasiado.

Una lágrima se me escapa. Me la limpio rápido.

—No sé si puedo confiar en él.

—Lo sé. Y no te culpo. Pero... —Suspira—. Dale una oportunidad. Solo eso. Una oportunidad de demostrarte que esta vez es diferente.

No respondo.

Porque no sé si puedo. No sé si soy bastante valiente.

En ese momento oímos voces.

Matt y Aiden salen de uno de los establos. Caminando hacia el corral donde hay un caballo.

Un caballo grande, marrón, que no está de humor para que lo molesten.

—¿Qué van a hacer? —pregunto.

Maya sonrío.

—Matt tiene que domarlo. Y Aiden va a ayudarlo.

—¿Por qué?

—Porque son hombres. Y los hombres hacen cosas estúpidas solo para demostrar que pueden.

Los observo acercarse al corral. Matt dice algo. Aiden asiente.

Y entonces se quitan las camisetas.

Los dos. Así. Sin más.

Se me seca la boca.

—Esto debería estar prohibido —murmuro.

Maya se ríe.

—Bienvenida a mi vida.

No puedo apartar la vista.

Porque Aiden sin camiseta bajo el sol de Montana es...

Es todo lo que no necesito ver cuando estoy intentando mantener la distancia.

Tiene los hombros anchos, la espalda musculosa, el abdomen marcado. Y cada vez que se mueve, cada vez que levanta los brazos, los músculos se le marcan bajo la piel de un modo que debería ser ilegal.

Matt entra en el corral. Aiden va con él.

El caballo pateo, se resiste, nervioso.

Matt se acerca por un lado, despacio, hablándole bajito.

Aiden va por el otro, con esa calma y seguridad que siempre ha tenido con los animales, moviéndose con cuidado para no asustarlo más.

Trabajan juntos. Como si lo hubieran hecho mil veces.

Que probablemente lo han hecho.

Matt agarra la cuerda, tira suavemente. El caballo resiste.

Aiden se acerca más. Le habla, le pone la mano en el cuello con cuidado.

Y veo cómo se le tensan los músculos con el esfuerzo. Cómo el sudor empieza a brillarle en la piel bajo el sol. Cómo cada movimiento es calculado, controlado.

Es devastador lo masculino que es.

El caballo pateo otra vez. Casi le da a Matt.

Pero Aiden tira de la cuerda por el otro lado. Firme. Manteniéndolo en su sitio.

—Tranquilo —dice—. Nadie va a hacerte daño.

Su voz es grave. Calmada. Llena de autoridad.

Y el caballo responde.

Poco a poco. Se va calmando, dejando que Matt se acerque, dejando que Aiden le acaricie el cuello.

Hasta que está bastante tranquilo para que Matt le ponga la silla.

—Lo han conseguido —digo.

—Siempre lo consiguen —responde Maya—. Es su don.

—Es impresionante de ver.

—Sí.

No puedo dejar de mirar a Aiden.

Veinte minutos más tarde terminan. El caballo está domado, tranquilo.

Y Matt y Aiden están empapados de sudor y sucios de tierra.

Se acercan a la pila que hay junto al establo, abren el grifo y empiezan a lavarse.

El agua les cae por el pecho, por los brazos, por esa piel que brilla bajo el sol.

Y es...

Es demasiado.

No puedo mirar como Aiden se lava. Pero tampoco puedo apartar la vista.

—Creo que voy a desmayarme —murmuro.

Maya se ríe tan fuerte que Ellen sale al porche.

—¿Qué pasa aquí?

—Nada —digo demasiado rápido—. Nada en absoluto.

Ellen mira hacia el establo. Hacia Matt y Aiden lavándose.

Y sonrío.

—Ah. Eso.

—No es nada —insisto.

—Claro que no. —Pero su tono dice que no me cree en absoluto.

Aiden levanta la vista. Me encuentra mirándolo.

Y sonrío.

Con esa sonrisa de medio lado que debería estar prohibida por lo indecente que es.

—Annie —grita—. ¿Puedes traerme una toalla?

—Claro que no. Tienes manos —grito de vuelta—. Puedes ir tú.

—Estoy mojado.

—Y yo estoy ocupada.

—Con qué. Estás sentada.

—Estoy cuidando de Dean.

—Dean está dormido.

—Sigue siendo mi responsabilidad.

Se ríe. Y entonces hace algo que no espero.

Se aleja de la pila y cruza el jardín.

Viene directamente hacia mí.

Empapado, sin camiseta, con esa expresión traviesa.

—Aiden... —adviento levantándome, adelantando sus intenciones—. No te acerques.

—¿O qué?

—O te vas a arrepentir.

—Eso ya lo veremos.

Echo a correr.

Bajo los escalones del porche y me escabullo por el lateral de la casa, esquivando gallinas y herramientas.

Riendo como una niña.

Oigo a Maya reírse detrás de mí. Y a Ellen también.

Pero no me importa.

Porque esto. Esta sensación de libertad, de diversión, de ser yo misma sin tener que pensarlo.

Es algo que no he sentido en años.

Aiden me alcanza junto a la verja, me coge por la cintura, me levanta del suelo.

—¡No! —grito entre risas—. ¡Aiden, suéltame!

—Ni hablar.

Me da la vuelta y me abraza contra su pecho mojado.

Y me empapa completamente.

—¡Eres horrible!

—Te lo mereces por no querer ayudarme.

Sigo intentando escapar, retorciéndome, riendo.
Y Aiden me sostiene, riéndose también, con esa risa profunda que lo hace vibrar todo.
Y entonces, de repente, los dos nos quedamos quietos.
Al mismo tiempo.
Porque nos hemos dado cuenta de algo.
Estamos muy cerca.
Su pecho contra el mío, sus brazos alrededor de mi cintura, mi mano en su hombro. Nuestras caras a centímetros.
La risa se muere en mi garganta.
Aiden me mira. Con esos ojos oscurecidos.
Y yo lo miro a él.
—Annie —susurra.
Se inclina. Yo también.
Y estamos a punto de besarnos cuando lo oigo.
—¡LO SABÍA!
La voz de Maya.
Nos separamos de golpe.
Miro hacia el porche.
Están todos ahí.
Maya con una sonrisa enorme. Ellen con las manos en el pecho como si acabara de ver algo adorable. Robert intentando no sonreír. Matt con los brazos cruzados y esa expresión que dice «os pillé».
Se me calienta la cara. Toda la cara.
—Suéltame —le digo a Aiden.
—Annie.
—Ahora.
Me suelta.
A regañadientes.
Doy un paso atrás. Poniendo distancia.
—Voy a... voy a ver cómo está Dean.
Subo al porche. Sin mirar a nadie y me encargo del niño hasta que dejo de sentir todas las miradas sobre mí.
Maya me intercepta después de un rato.
—¿Íbais a besaros? —pregunta con evidente felicidad.
—No.

—Annie. Os he visto.

—No íbamos a besarnos.

—Claro. Por eso estabais a dos centímetros de distancia mirándoos como si fuerais a devoraros.

Miro a nuestro alrededor para asegurarme de que estamos solas y luego me dejo caer en una silla cercana, me tapo la cara con las manos.

—Estoy perdida.

—¿Ahora te das cuenta?

—Perdida del todo.

Maya se sienta a mi lado. Me pasa un brazo por los hombros.

—Bienvenida al club de las mujeres enamoradas de hombres imposibles.

—No estoy enamorada.

—Claro que no.

—No me digas eso, Maya.

—Annie. Cariño. Llevas enamorada de mi hermano desde hace años. Y él de ti. Lo único distinto es que ahora los dos sois adultos y podéis hacer algo al respecto.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque me da miedo.

—¿El qué?

—Que esto sea temporal. Que me rompa el corazón otra vez.

Maya me aprieta el hombro.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si esta vez es diferente? ¿Y si esta es vuestra oportunidad?

No tengo respuesta para eso.

Miro hacia el jardín.

Aiden está hablando con Matt. Se ha puesto la camiseta. Pero sigue mojado.

Y cuando levanta la vista y me encuentra mirándolo, sonrío.

Esa sonrisa que siempre me ha desarmado.

Y se me rompe el pecho.

Porque Maya tiene razón.

Cada día me cuesta más resistirme. Cada día me cuesta más recordar por qué estoy luchando contra esto.

Y no sé cuánto más voy a aguantar antes de rendirme del todo.

CAPÍTULO 19

ANNIE

Acostamos a Dean juntos esa noche.

Como hemos hecho cada noche desde que llegué.

Aiden lo mece. Yo le canto bajito una nana que mi madre solía cantarme cuando era pequeña.

Dean cierra los ojos, se relaja contra el pecho de Aiden.

Y en menos de cinco minutos está dormido.

Aiden lo coloca en la cuna con ese cuidado infinito que siempre usa con él, lo tapa, le acaricia la cabecita.

—Duerme bien, pequeño —susurra.

Salimos de la habitación, cerramos la puerta con cuidado.

Y nos quedamos ahí, en el pasillo, mirándonos. Con una tensión insoportable creciendo entre nosotros.

Es Aiden quien la rompe.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta después de unos segundos—. ¿En el porche?

Debería decir que no. Debería irme a mi habitación, poner distancia, protegerme.

Pero hay algo vulnerable en su expresión. Algo que me hace asentir antes de poder pensarlo.

—Vale.

Bajamos. Aiden coge dos cervezas del frigorífico. Salimos al porche.

Hace fresco. El tipo de fresco de Montana que se te mete en los huesos pero que es agradable después del calor del día.

Nos sentamos en las sillas de madera que hay junto a la barandilla.

Aiden me pasa una cerveza. La abro, bebo. El líquido frío me baja por la garganta.

Y nos quedamos ahí, en silencio, mirando las estrellas.

Hay millones. Más de las que nunca he visto en Missoula. Brillando en ese cielo negro e infinito.

—Lo había olvidado —digo.

—¿El qué?

—Esto. Las estrellas. En la ciudad no se ven así.

—No.

—Es precioso.

Seguimos en silencio, bebiendo, mirando el cielo.

Y hay algo en este momento. Algo pacífico. Algo que me afloja por dentro después de días tensa.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Aiden después de un rato.

Me pongo tensa.

—Depende de qué sea.

—¿Por qué te hiciste trabajadora social?

La pregunta me pilla desprevenida.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque quiero saberlo. Quiero saber qué te llevó a elegir este trabajo. Qué te hizo querer ayudar a niños.

Bebo otro sorbo de cerveza. Pensando en cómo responder.

—Porque ya sabes que a mí me adoptaron —digo al final—. Cuando era un bebé. Alguien decidió cuidarme cuando yo no podía cuidarme sola. Y eso lo cambió todo.

Aiden no dice nada. Solo me mira. Esperando que continúe.

—Mi vida podría haber sido muy diferente —continúo—. Podría haber acabado en el sistema, pasando de casa en casa, sin raíces, sin familia. Pero alguien me eligió. Los Calloway me eligieron. Y me dieron un hogar, una familia, una oportunidad.

Se me cierra la garganta.

—Y quiero hacer eso por otros niños. Quiero ser esa persona que les da una oportunidad, que les ayuda a encontrar un hogar, que los elige.

Aiden sigue mirándome. Tan fijo que me acelera el pulso.

—Eres increíble —dice.

—No lo soy.

—Sí lo eres. Lo que haces, lo que eres. Es increíble.

No sé qué decir a eso.

Así que no digo nada. Porque me siento demasiado abrumada por lo que me hace sentir.

Bebemos en silencio durante unos minutos más.

Y entonces Aiden vuelve a hablar.

—No quiero que los padres de Dean aparezcan.

Las palabras caen entre nosotros como piedras.

Lo miro.

Está mirando al frente, con la mandíbula tensa, las manos apretadas alrededor de la botella.

—Sé que está mal. Sé que debería querer que Dean vuelva con su familia. Pero no puedo. —Se gira hacia mí—. Porque hace una semana pensaba que jamás podría ser feliz. Que me iba a pasar el resto de la vida solo, trabajando, existiendo. Pero no viviendo de verdad.

Se me corta la respiración.

—Y ahora tengo todo lo que siempre he soñado —continúa—. Una familia, un bebé, un propósito, una razón para levantarme cada mañana con ganas.

—Aiden.

—Y cada vez que lo pienso, cada vez que me imagino ese futuro, estás tú. Siempre has estado tú.

Las lágrimas me queman los ojos.

—No puedes decirme eso.

—¿Por qué no?

—Porque lo estás complicando todo.

—Solo te digo la verdad.

—Pues deja de hacerlo. —Me levanto—. Deja de decir cosas que me hacen querer creerte. Que me hacen querer quedarme. Que me hacen...

Se me quiebra la voz.

Aiden se levanta también. Da un paso hacia mí.

—¿Que te hacen qué, Annie?

—Que me hacen querer darte una oportunidad. Y no puedo. No puedo arriesgarme a eso.

—¿Por qué no?

—Porque no confío en ti. Porque me rompiste el corazón una vez y no voy a dejar que vuelvas a hacerlo.

—Annie.

—Y deja de jugar con mis sentimientos. —Mi voz sube—. Deja de decir cosas bonitas y de mirarme así y de... de comportarte como si esto fuera real, cuando los dos sabemos que es pasajero.

—No es temporal para mí.

—¡Pues para mí sí! Porque en cuanto encontremos a los padres de Dean, o en cuanto se cumplan los dos meses, me voy. Vuelvo a mi vida. Y tú vuelves a la tuya. Y esto... —hago un gesto entre nosotros—. Esto se acaba.

—¿Es eso lo que quieres?

—Es lo que va a pasar.

Nos quedamos ahí. Mirándonos. Con apenas un metro entre nosotros.

Y puedo ver el dolor en sus ojos. Puedo ver la frustración. Puedo ver todo lo que no está diciendo.

—Buenas noches, Aiden —digo.

Y entro en la casa antes de que pueda detenerme.

Subo las escaleras, entro en mi habitación, cierro la puerta.

Y me apoyo contra ella.

El pulso me golpea hasta hacer daño. Las lágrimas me caen por las mejillas sin poder detenerlas.

Porque lo que acaba de decir...

Lo de que siempre me ha imaginado a mí cuando pensaba en su futuro...

Es demasiado.

Es todo lo que siempre he querido oír.

Y me aterra.

Me aterra lo mucho que quiero creerle. Lo mucho que quiero quedarme. Lo mucho que quiero ser parte de esa familia que está construyendo.

Pero el miedo es más grande.

El miedo a que vuelva a dejarme ir. A que esto no sea real. A que me rompa el corazón otra vez.

Y esta vez no sé si sobreviviría.

AIDEN

Me quedo en el porche un rato largo después de que Annie entre.

Sentado en la silla, con la cabeza apoyada en el respaldo, mirando las estrellas.

Maldiciendo.

Porque la he cagado. Otra vez.

He ido demasiado rápido. He dicho demasiado. He presionado demasiado.

Y la he asustado.

Lo he visto en sus ojos. Ese pánico, ese miedo.

Y en lugar de retroceder, he seguido adelante. Como un idiota.

Me paso las manos por la cara.

Tengo que ir más despacio. Mucho más despacio.

Porque si sigo así, voy a alejarla de mí antes de que le dé tiempo a ver que hablo en serio. Antes de que le dé tiempo a darse cuenta de que la amo.

Que siempre la he amado. Y que esta vez no voy a dejarla ir.

Pero tengo que ser más listo. Más paciente.

Tengo que demostrárselo con hechos, no solo con palabras. Tengo que dejar que vea por sí misma que esto es real.

Que no es temporal. Que es para siempre.

Si me da la oportunidad.

Me levanto, entro en la casa, cierro con llave.

Subo las escaleras.

Me detengo frente a la puerta de Annie.

Oigo ruido dentro. Como si se moviera. Preparándose para dormir.

Alargo la mano. Casi llamo a la puerta. Casi.

Pero me detengo.

Porque ahora no es el momento.

Annie necesita espacio. Necesita tiempo. Y voy a dárselo.

Aunque me esté matando.

Bajo la mano, sigo hasta mi habitación.

Entro, cierro la puerta.
Dean duerme tranquilo en la cuna. Ajeno a todo.
Me cambio, me meto en la cama.
Y miro al techo. Pensando en Annie.
En cómo me ha mirado esta noche cuando le he dicho la verdad.
Con ese miedo en los ojos. Pero también con esperanza.
Y me aferro a eso. A esa esperanza.
Porque es lo único que tengo.
Cierro los ojos.
Y me prometo que voy a hacerlo bien. Que voy a ir despacio. Que
voy a demostrarle que puede confiar en mí. Que voy a convencerla
de que se quede.
De que esto es real. De que la amo.
Aunque me lleve el resto de mi vida.

CAPÍTULO 20

ANNIE

Casi sin que me dé cuenta, ha pasado otra semana. Una semana entera.

Siete días más viviendo con Aiden Cooper. Despertándome en su casa, desayunando en su cocina, cuidando de Dean como si fuera lo más natural del mundo.

Siete días en los que ni siquiera hemos fingido seguir buscando a los padres de Dean.

Las llamadas a hospitales se han espaciado, luego se han detenido. Las visitas a clínicas quedaron en nada después de aquella tarde. Los contactos con otras comisarías han dejado de existir.

Como si los dos hubiéramos llegado a un acuerdo silencioso.

Un acuerdo de que ya no queremos encontrarlos. De que queremos que Dean se quede.

Aquí.

Y la verdad es que ya no puedo mentirme a mí misma.

Ya no puedo fingir que esto no me gusta.

Porque me gusta.

Me gusta levantarme por las mañanas y bajar las escaleras sabiendo que Aiden ya está en la cocina, que el café ya está hecho, que me va a sonreír cuando entre y me va a preguntar cómo he dormido con esa voz que todavía tiene restos de sueño.

Me gusta desayunar los tres juntos. Con Dean en su hamaca sobre la mesa, haciendo ruiditos, mientras Aiden y yo hablamos de todo y de nada: de lo que hay que comprar, de si Dean ha dormido bien, de planes para el día.

Como si fuéramos una familia de verdad.

Me gusta ver a Aiden jugar con Dean. Tumbado en la alfombra del salón, haciéndole cosquillas, cantándole canciones horribles que se inventa sobre la marcha y que me hacen reír hasta que me duele el estómago.

Me gusta cuando Dean se queda dormido en mis brazos y Aiden me mira desde el otro lado de la habitación fijamente.

Me gusta todo.

Y eso me aterra.

Porque sé que esto no es real. Sé que es pasajero. Sé que tarde o temprano —cuando aparezcan los padres de Dean o cuando se cumplan los dos meses— esto va a acabar.

Y voy a tener que volver a mi vida.

A mi apartamento vacío en Missoula. A mi trabajo. A mis días que son todos iguales.

Y voy a tener que dejar esto atrás.

A Dean. A esta casa. A Aiden.

Y me va a romper el corazón. Lo sé. Tan seguro como sé que el sol sale cada mañana.

Pero ya es demasiado tarde para protegerme.

Ya estoy demasiado dentro de esto. Demasiado enamorada de esta vida. Demasiado enamorada de este bebé.

Demasiado enamorada de Aiden.

Porque eso es lo que sucede.

Soy una idiota enamorada que lleva diez años sin poder superarlo.

Así que decido fingir durante unas semanas más que esta es mi vida. Que puedo vivir este espejismo. Que puedo despertarme cada mañana y pretender que esto es real.

Y cuando se acabe —porque va a acabarse— por lo menos habré tenido esto.

Habré tenido estas semanas, estos momentos, esta felicidad.

Por mucho que después duela. Por mucho que me rompa cuando tenga que irme.

Por lo menos lo habré vivido.

Y eso no me lo puede quitar nadie.

Es miércoles por la tarde cuando Aiden viene a buscarme.

Estoy en el sofá. Con Dean dormido en mis brazos. Leyendo un libro que encontré en una de las estanterías de Aiden. Una novela de misterio que no está mal.

—Annie.

Levanto la vista.

Aiden está en el umbral. Con las manos en los bolsillos. Con una expresión que me dice que va a pedirme algo.

—¿Sí?

—Tengo que ir al ayuntamiento. Hay una reunión.

—Vale. Puedo quedarme aquí con Dean.

—No. Necesito que vengas conmigo.

Dejo el libro a un lado.

—¿Por qué?

—Porque es una reunión oficial del pueblo para la organización de las fiestas. Y tú vives conmigo. Si no vienes, la gente va a hablar.

—La gente ya está hablando.

—Lo sé. Pero si no vienes va a ser peor.

Tiene razón.

Millbrook es un pueblo pequeño. Y en los pueblos pequeños la gente habla. Siempre.

Y si la mujer con la que vive el sheriff no aparece en una reunión oficial...

Eso sería material para cotilleos durante meses.

—Vale —digo—. ¿A qué hora es?

—A las cinco. En una hora.

Miro el reloj. Son las cuatro.

—Tengo que cambiarme.

—Estás bien así.

—Llevo unos vaqueros viejos y una camiseta arrugada.

—Estás preciosa.

Se me calienta la cara.

—Aiden...

—Pero cámbiate si quieres. Yo preparo a Dean.

Me levanto. Le paso al bebé. Nuestros dedos se rozan.

Y esa descarga eléctrica que ya debería ser familiar vuelve.

Creo que nunca voy a acostumbrarme a tocar a Aiden.
Subo las escaleras, entro en mi habitación.
Abro el armario, miro la ropa que tengo.
¿Qué me pongo para una reunión del pueblo?
Nada demasiado formal. Pero tampoco demasiado informal.
Al final elijo unos vaqueros nuevos, una blusa azul y unas bailarinas.
Me cambio, me recojo el pelo, me pongo un poco de maquillaje.
Y cuando bajo, Aiden me está esperando en el recibidor.
Me mira. De arriba abajo. Despacio.
—Estás preciosa —dice.
—Gracias.
—En serio. Estás... —Se pasa la mano por el pelo—. Estás preciosa.
El corazón se me acelera.
—Vámonos —digo—. Antes de que lleguemos tarde.

El ayuntamiento está en el centro del pueblo.

Es un edificio antiguo de ladrillo, con un salón de actos en la planta baja que siempre se ha usado para todo: bodas, funerales, reuniones.

Cuando llegamos ya está casi lleno.

Hay hasta gente sentada en sillas plegables, hablando, riendo.

Reconozco a casi todo el mundo: la señora Mitchell de la panadería, el viejo Joe, Frank de la ferretería, la señora Perkins.

Y todos se giran cuando entramos.

Todos.

Las conversaciones se detienen. Las miradas se clavan en nosotros. En mí.

Porque Annie Calloway ha vuelto al pueblo después de diez años. Y está viviendo con el sheriff. Y llevan a un bebé.

Eso para ellos es más emocionante que cualquier telenovela.

Siento las miradas. Oigo los cuchicheos. Noto la curiosidad.

Y me pongo roja. Como un tomate.

—Ignóralos —susurra Aiden a mi lado—. Ya se les pasará.

—Es fácil decirlo —murmuro.

—Lo sé. Pero confía en mí.

La señora Mitchell se acerca. Con esa sonrisa enorme que siempre ha tenido.

—Annie Calloway. Qué alegría verte, cariño.

—Hola, señora Mitchell.

—Estás preciosa. Una preciosidad. —Mira a Dean—. Y este debe ser el bebé del que todo el mundo habla.

—Sí. Este es Dean.

—Es precioso. Pero qué precioso. —Me mira—. Y tú y el sheriff... ¿cómo va todo?

—Bien. Todo bien.

—Me alegro. Me alegro mucho. —Me aprieta el brazo—. Siempre supe que vosotros dos acabaríais juntos. Desde que erais pequeños.

—Señora Mitchell....

—No digas nada. Solo quiero que sepas que me alegro. Mucho.

Se aleja antes de que pueda responder.

Y yo me quedo ahí. Roja como un tomate.

—Vamos —dice Aiden—. Antes de que alguien más venga a darnos la enhorabuena por algo que no está pasando.

Nos sentamos. En la primera fila. Porque Aiden es el sheriff y por lo visto eso significa que tenemos asientos reservados.

—Gracias por venir —dice Aiden en voz baja.

—No me has dado opción.

—Aun así. Gracias. —Hace una pausa. Me mira—. No puedes negar que somos un gran equipo juntos.

El corazón me da un vuelco porque sus palabras me gustan mucho más de lo que deberían.

—Aiden...

—Lo sé. Lo nuestro es una relación profesional. Solo trabajo. —Pero cómo me mira al decirlo no tiene nada de profesional—. Pero es verdad.

No sé qué decir.

Así que me quedo callada. Aiden no me está poniendo las cosas nada fáciles.

El alcalde sube al estrado. George Miller. Sesenta y tantos, pelo blanco, traje que ha visto días mejores.

—Buenas tardes a todos —dice con esa voz que usan los políticos—. Gracias por venir. Como sabéis, hoy estamos aquí para hablar de las fiestas anuales.

Hay murmullos de asentimiento por toda la sala.

—Este año tenemos un pequeño problema —continúa—. Los fondos están muy bajos, mucho más de lo habitual. Hemos tenido gastos imprevistos: reparaciones en el colegio, en el parque. Y no nos queda mucho para las fiestas.

Más murmullos. Esta vez de preocupación.

—Así que necesitamos ideas. Formas de recaudar dinero. ¿Alguien tiene alguna sugerencia?

El silencio se extiende durante unos segundos.

Y luego la gente empieza a hablar.

—¿Qué tal un mercadillo? —dice alguien.

—Podríamos hacer una rifa —sugiere otro.

—O una carrera benéfica.

El alcalde va anotando. Pero puedo ver en su expresión que ninguna idea lo convence del todo.

—Esas son buenas ideas —dice—. Pero necesitamos algo más. Algo que genere más dinero.

—¿Qué tal una subasta? —dice una voz desde atrás.

Todo el mundo se gira.

Es Mike Stevens. Uno de los granjeros del pueblo.

—¿Una subasta de qué? —pregunta el alcalde.

—De solteros. Para tener una cita con ellos. Como hicieron en Hamilton hace dos años. Recaudaron un montón de dinero.

El murmullo se vuelve más fuerte. Más animado.

—Es una buena idea —dice alguien.

—Sí. Podríamos hacer dos. Una de hombres y otra de mujeres.

—A la gente le encantan ese tipo de cosas.

El alcalde asiente. Pensativo.

—¿De cuántos participantes lo haríamos?

—Diez de cada grupo —sugiere Mike—. Ni muy pocos ni demasiados.

—Me parece bien. —El alcalde mira a la sala—. ¿Todos de acuerdo?

Hay un coro de síes. Algún que otro no. Pero la mayoría está de acuerdo.

—Perfecto. Entonces vamos a hacer una votación. Cada uno escribe un nombre de hombre y uno de mujer en un papel. Los diez más votados de cada grupo participan en la subasta. Y también tenemos que hacer un grupo con las personas que se van a encargar de organizar la subasta. Eso lo organizamos luego.

Empiezan a repartir papeles. Pequeños, blancos. Y bolígrafos.

Me pasan dos. Uno para los chicos y otro para las chicas.

Los miro. En blanco. Esperando.

¿A quién pongo?

No conozco a mucha gente ya. Han pasado diez años. Medio pueblo es nuevo para mí.

Escribo dos nombres. Los primeros que se me ocurren, de gente que recuerdo.

Doblo los papeles, los echo en la caja que están pasando.

Y espero.

Con el estómago revuelto.

Porque algo me dice que esto no va a acabar bien.

El alcalde, su secretaria y varios voluntarios empiezan a contar. Desdoblan papeles. Hacen marcas en una hoja.

Tardan lo que parece una eternidad.

Cuando tienen todo preparado el alcalde se gira hacia nosotros.

—Bien. Ya tenemos los resultados. Vamos a empezar con los hombres.

Se me tensa el estómago.

—En décimo lugar... Frank Thompson. ¿Aceptas?

Frank se levanta. Saluda. Grita que sí quiere y la gente aplaude.

—Noveno... Mike Stevens. ¿Aceptas?

—Por supuesto, alcalde.

Más aplausos.

El alcalde sigue leyendo. Uno a uno: Josh Carter, Dave Wilson, Tom Baker.

Y con cada nombre que dice, el nudo en mi estómago se aprieta más.

Porque sé lo que va a pasar.

Lo sé antes de que lo diga.

—Y en segundo lugar... —El alcalde hace una pausa. Sonríe—. Aiden Cooper.

El mundo se detiene. Se me para el corazón. El aire desaparece de mis pulmones.

No.

Miro a Aiden.

Está sentado a mi lado, quieto, con Dean dormido en sus brazos, con la mandíbula tensa.

Y hay algo en su expresión. Algo que no puedo descifrar.

—Sheriff Cooper —dice el alcalde—. ¿Acepta participar?

Aiden no responde de inmediato.

Me mira.

Directamente a los ojos.

Y hay algo en esa mirada. Algo que parece una pregunta.

—¿Te parece bien? —pregunta en voz baja.

Y yo sé lo que me gustaría poder decir.

Querría poder decirle que no. Querría poder decirle que la idea de que otra mujer pueda tener una cita con él me está revolviendo el estómago.

Que odio pensar en que alguien más lo toque, lo bese, lo mire como si fuera suyo.

Pero no puedo.

Porque eso significaría admitir que me importa.

Que me importa demasiado.

Así que me obligo a sonreír. A encogerme de hombros. A actuar como si esto no me estuviera matando por dentro.

—Claro. ¿Por qué no?

La expresión se le endurece. Se le oscurece.

Veo cómo aprieta la mandíbula, cómo se le tensan las manos alrededor de Dean.

Se levanta.

—Acepto —dice.

Su voz suena plana, fría. Nada que ver con cómo me habla a mí.
Se sienta.

La tensión que irradia se palpa. Como ondas. Llenando el espacio entre nosotros.

El alcalde sigue con el siguiente nombre. Termina con los hombres.

Diez en total.

Y Aiden es uno de ellos.

Se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

—Y ahora pasamos a las mujeres —dice el alcalde.

Empieza a leer.

Sarah Johnson. Emma Davis. Clara White.

Nombres que reconozco. Chicas que iban al colegio conmigo. Que ahora son mujeres. Solteras. Disponibles.

Y entonces lo dice.

—Annie Calloway.

El corazón se me sube a la garganta.

¿Qué?

No. No puede ser.

—¿Señorita Calloway? —El alcalde me mira—. ¿Acepta participar?

Todo el mundo me está mirando.

Todo el pueblo.

Esperando mi respuesta.

Y solo puedo pensar que no. Que no puedo hacer esto. Que no puedo dejar que me subasten como si fuera ganado. Que no puedo dejar que algún hombre del pueblo tenga una cita conmigo cuando solo quiero estar con Aiden.

Me niego a estar con otro hombre.

Me da escalofríos solo de pensarlo.

Me levanto. Las piernas me tiemblan, pero me obligo a mantenerme firme.

—Prefiero encargarme de la organización —digo—. Del evento. Si os parece bien. Para aportar mi granito de arena de otra forma.

El alcalde parpadea. Sorprendido.

—¿Estás segura?

—Del todo.

Mira al resto de la sala. Buscando aprobación.
Hay murmullos. Asentimientos.
—Me parece bien —dice la señora Mitchell—. Annie siempre fue muy organizada. Lo hará estupendo.
Más voces de acuerdo.
El alcalde asiente.
—Perfecto. Entonces Annie Calloway se encarga de la organización del evento. ¿Alguien más quiere ayudarla?
Varias manos se levantan.
—Bien. Cogemos a la siguiente de la lista para sustituirla.
El alcalde sigue hablando, pero yo ya no le presto casi atención. Me obligo a escucharlo.
—... Pues quedamos así. La subasta será dentro de una semana. El sábado veintitrés. —Mira sus notas—. Con esto doy por terminada la reunión. Gracias a todos por venir.
La gente empieza a levantarse. A hablar. A moverse hacia la salida.
Yo me quedo sentada, con el corazón aún desbocado.
Porque acabo de librarme de que me subasten. Pero Aiden no. Aiden va a participar.
Y una mujer va a ganar una cita con él. Y voy a tener que verlo. Y fingir que no me importa.
Cuando la verdad es que me importa. Me importa tanto que me está costando respirar.

AIDEN

Cuando Annie dice que prefiere encargarse de la organización, se me afloja el pecho.
Alivio. Es alivio puro lo que siento.
Porque eso significa que no va a participar. Que ningún hombre va a pujar por ella. Que no voy a tener que ver cómo alguien gana el derecho a llevarla a cenar, a hacerla reír, a intentar besarla.
Porque si tuviera que ver eso... Si tuviera que quedarme quieto mientras otro hombre se lleva a Annie...
No sé qué haría. Probablemente nada bueno.
Pero el alivio dura poco.

Porque yo sí voy a participar. Yo sí voy a ser subastado.
Y cuando le he preguntado a Annie si le parecía bien, cuando le he dado la oportunidad de decirme que no...
Ha dicho que sí.
Como si le diera igual.
Como si la idea de que otra mujer tenga una cita conmigo no le afectara lo más mínimo.
Y eso me cabrea. Me cabrea muchísimo.
Aprieto la mandíbula. Intento mantener la expresión neutra.
Pero por dentro estoy hirviendo.
Porque llevo semanas intentando demostrarle a Annie que la quiero.
Cocinando para ella, cuidando de Dean con ella, compartiendo mi casa, mi vida, mi espacio.
Demostrándole que ella es lo único que me importa.
Pero parece que no es suficiente. Parece que por mucho que haga, por mucho que diga, Annie sigue levantando muros entre nosotros. Sigue manteniéndome a distancia.
Y no sé qué más hacer.
Salimos del ayuntamiento media hora más tarde, cuando la reunión termina, cuando la gente empieza a irse.
Annie va delante, con Dean en brazos, caminando hacia el coche.
Yo voy detrás, mirándola, intentando descifrar qué está pensando.
Pero su expresión no revela nada.
Subimos al coche, arranco, salgo del aparcamiento.
Y durante todo el camino de vuelta a casa, solo pienso una cosa: tengo una semana.
Una semana para convencer a Annie de que lo que hay entre nosotros es real. De que merezco una oportunidad. De que ella también lo siente, aunque se niegue a admitirlo.
Porque si no lo consigo, si llego a esa subasta y Annie sigue mirándome con esa indiferencia. Si tengo que ver cómo otra mujer puja por mí mientras Annie se queda ahí como si no le importara...
No sé si voy a poder soportarlo.
Pero tengo un presentimiento.
Algo que me dice que Annie no es tan indiferente como aparenta.

Porque si de verdad no le importara, no habría rechazado participar. Si de verdad no sintiera nada, habría dejado que la subastaran sin problema.

Pero no lo hizo.

Se levantó y se ofreció a organizar. A quedarse detrás del escenario.

Y eso significa algo. Tiene que significar algo.

Aparco frente a casa, apago el motor.

Annie baja sin decir nada, saca a Dean de la silla, entra en casa.

Y yo me quedo ahí.

Sentado en el coche.

Pensando.

Tengo una semana para demostrarle que soy el hombre que necesita. El hombre que va a luchar por ella hasta el final.

Y esta vez no voy a rendirme. Esta vez voy a hacer las cosas bien.

Voy a demostrárselo con hechos, no solo con palabras. Y voy a rezar para que sea suficiente.

Porque si no lo es.

Si Annie sigue sin querer darme una oportunidad.

No sé qué voy a hacer.

Pero rendirme no es una opción. Nunca lo ha sido.

Y nunca lo será.

CAPÍTULO 21

ANNIE

La semana siguiente es una tortura. Una tortura lenta y metódica que me vuelve loca.

Porque tengo que organizar la subasta. La subasta en la que van a subastar a Aiden.

Estoy en el ayuntamiento, sentada en una mesa con otras cuatro mujeres, revisando listas, decoraciones, presupuestos.

Son todas más o menos de mi edad, todas solteras, todas me miran con curiosidad apenas disimulada.

Porque soy Annie Calloway. La chica que ha vuelto después de diez años. La que vive con el sheriff.

—Bien —dice Rebecca—. Tenemos que decidir el orden. ¿Empezamos con los hombres o con las mujeres?

—Con los hombres —sugiere Sarah—. Así la gente entra en calor antes.

—Me parece bien —digo anotando.

—¿Y el orden de los hombres? —pregunta Clara.

—De menos a más popular —responde Emma—. Dejamos a los buenos para el final.

Se ríen.

Yo finjo que escribo algo en mi libreta.

—Entonces el sheriff Cooper va el último —dice Rebecca.

Se me tensa la mano en el bolígrafo.

—¿Por qué? —pregunto haciendo lo posible por sonar despreocupada.

—Porque es el más cotizado, obviamente. —Rebecca me mira—. A no ser que tú tengas alguna objeción.

—¿Por qué iba a tener alguna objeción?

—No sé. Vives con él.

—Por trabajo.

—Claro. Por trabajo. —Pero su tono dice que no me cree.

Aprieto el bolígrafo con tanta fuerza que me sorprende que no se rompa.

—Me parece bien que vaya el último —digo—. Es lo más rentable.

—Perfecto.

Seguimos trabajando. Revisando detalles. Organizando.

Y entonces Sarah dice:

—¿Cuánto creéis que se pagará por el sheriff Cooper?

Se me para la respiración.

—No lo sé —responde Clara—. Pero yo voy a pujar.

—Yo también —añade Emma.

—Todas vamos a pujar —dice Rebecca riéndose—. ¿Habéis visto esos músculos? Y esa sonrisa. Madre mía.

—Y tiene dinero —añade Sarah—. Un sheriff gana bien.

—Y es el hombre más amable del pueblo —continúa Clara—. Siempre ayuda a todo el mundo. Siempre preocupado por los demás.

—Es el partidazo perfecto —concluye Emma.

Todas asienten. Todas están de acuerdo.

Y yo tengo que quedarme ahí, sentada, escuchándolas hablar de Aiden como si fuera una mercancía.

Como si tuvieran algún derecho sobre él.

Como si...

Me muerdo el interior de la mejilla, con fuerza, hasta que me duele.

Porque no puedo decir nada.

No puedo levantarme y gritarles que Aiden es mío.

Porque no es mío. No lo es.

Por mucho que mi corazón quiera creerlo. Por mucho que lleve semanas viviendo con él como si lo fuera.

No es mío.

Y ellas tienen todo el derecho del mundo a pujar por él.

—¿Annie? —dice Rebecca—. ¿Estás bien? Te has puesto pálida.

—Sí. Solo estoy cansada.

—Deberíamos hacer un descanso —sugiere Sarah—. Llevamos dos horas aquí.

—Buena idea. Volvemos en quince minutos.

Se levantan, van hacia la mesa donde hay café y galletas.

Y yo me quedo sentada, con las manos apretadas sobre la libreta.

Intentando calmarme. Intentando no pensar en Aiden con otra mujer.

En Aiden llevándola a cenar, haciéndola reír, mirándola como me mira a mí.

Besándola.

Se me revuelve el estómago.

Para. Para de pensar en eso.

No significa nada. Aiden puede salir con quien quiera. Tú no tienes ningún derecho sobre él.

Pero mi corazón, ese idiota que no aprende, no está de acuerdo.

Mi corazón quiere levantarse y decirle a todo el pueblo que Aiden Cooper es mío. Que lleva siéndolo desde que tengo ocho años.

Que ninguna lo conoce como yo. Que ninguna lo quiere como yo.

Pero no puedo. Porque sería admitir la verdad.

Y la verdad me aterra.

Rebecca vuelve con una taza de café. Me la pasa.

—Toma. Te vendrá bien.

—Gracias.

Se sienta a mi lado.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. De verdad.

—Es que... —Hace una pausa—. No sé. Pensaba que te molestaría. Lo de la subasta. Lo del sheriff.

—¿Por qué me iba a molestar?

—Porque vives con él. Porque cuidáis de un bebé juntos. Porque bueno. Siempre habéis estado muy unidos.

Se me acelera el corazón.

—Es solo trabajo. Solo somos amigos.

—Annie. Vivo en este pueblo. Todo el mundo sabe que siempre habéis sido más que amigos.

—Pues todo el mundo se equivoca.

Rebecca me mira. Durante un segundo largo.
Y luego asiente.
—Vale. Si tú lo dices.
Pero no me cree.
Lo veo en sus ojos.
Volvemos al trabajo. Las otras regresan. Seguimos organizando.
Y yo tengo que quedarme ahí, escuchándolas hablar de Aiden, de lo guapo que es, de lo mucho que quieren ganar esa cita.
Intentando no pensar en lo mucho que me duele. En lo mucho que odio esto. En lo mucho que querría poder decir que es mío.
Pero no puedo.
Así que me callo. Y sigo trabajando. Y me digo que no me importa. Que es solo una cita. Que no significa nada.
Aunque mi corazón sepa que es mentira.

Esa noche vuelvo a casa tarde.
Son casi las nueve cuando entro.
La casa huele a comida. A algo que Aiden ha cocinado.
Dejo las cosas en el recibidor, voy a la cocina.
Aiden está en la mesa, con Dean en la hamaca a su lado, comiendo solo.
Levanta la vista cuando entro.
—Hola.
—Hola. Perdona. Se me ha hecho tarde.
—No pasa nada. Te he guardado la cena. Está en el horno.
—Gracias.
Saco el plato, me siento frente a él.
Y comemos en silencio. Un silencio incómodo, pesado.
Como si los dos estuviéramos pensando en la subasta, pero ninguno se atreviese a hablar de ello.
—¿Cómo ha ido? —pregunta Aiden al final.
—Bien. Ya está casi todo organizado.
—Bien.
Sigue comiendo.

Y yo también.

Pero la tensión se palpa. Espesa. Entre nosotros.

—Annie.

—¿Sí?

—¿De verdad te parece bien? Lo de la subasta.

Levanto la vista.

Me mira con esa intensidad que siempre me ha desarmado.

—Claro. ¿Por qué no?

—Porque va a haber otra mujer. Saliendo conmigo.

—Lo sé.

—¿Y eso no te molesta?

Debería decirle la verdad. *Debería decirle que me está matando, que la idea de que otra mujer lo toque me pone enferma, que no quiero que nadie más lo mire como yo lo miro.*

Pero no puedo.

—No —miento—. ¿Por qué me iba a molestar?

La expresión se le endurece.

—Claro. ¿Por qué te iba a molestar?

Se levanta, recoge su plato, lo lleva al fregadero.

Y yo me quedo ahí, sentada, con el corazón desbocado.

Y con la certeza de que acabo de cometer un error. Un error enorme.

Pero ya es demasiado tarde para arreglarlo.

CAPÍTULO 22

ANNIE

El sábado llega demasiado pronto.

Me despierto con un nudo en el estómago que no desaparece. Que se queda ahí, apretado, recordándome lo que va a pasar esta noche.

La subasta.

Aiden.

Otra mujer.

Me quedo en la cama más tiempo del necesario. Mirando el techo. Intentando convencerme de que puedo hacer esto.

De que puedo ver a Aiden subir a ese escenario, sonreír mientras las mujeres pujan por él, ver cómo alguien gana el derecho a estar con él.

Y no derrumbarme.

Bajo a desayunar cuando ya no puedo retrasar más el momento.

Aiden está en la cocina. Con Dean en brazos. Dándole el biberón.

Levanta la vista cuando entro.

—Buenos días.

—Buenos días.

Su voz suena rara, tensa. Como si él también sintiera lo que yo siento. Como si esta noche también lo matara.

Me sirvo café, me siento frente a él, lo observo con Dean.

Cómo lo sostiene. Con tanto cuidado. Con tanto amor.

Y me duele el pecho.

Porque esto. Esta imagen. Es lo que quiero.

Y esta noche voy a tener que ver cómo se lo ofrecen a otra.

—¿A qué hora tenemos que estar para la subasta? —pregunta Aiden.

—A las siete. Para las últimas comprobaciones.

—Vale.

Seguimos desayunando en silencio. Un silencio pesado, cargado de todo lo que no estamos diciendo.

Y cada minuto que pasa me aprieta más el nudo del estómago.

A las cinco de la tarde subo a arreglarme.

Me meto en la ducha, dejo que el agua caliente me caiga por el cuerpo, intentando relajarme.

No funciona.

Porque solo pienso en esta noche. En Aiden en ese escenario. En las mujeres pujando por él. En que una de ellas va a ganar.

Y va a tener una cita con él.

Y yo voy a tener que fingir que no me importa.

Salgo de la ducha, me seco, me envuelvo en la toalla.

Y me quedo ahí, de pie frente al espejo, mirándome.

Tengo ojeras, el pelo mojado pegado a la cara, los ojos demasiado brillantes.

Parezco justo lo que estoy.

Asustada.

Me obligo a moverme.

Me seco el pelo, me lo plancho hasta que cae liso y brillante por la espalda, me maquillo. Más de lo habitual: rímel, colorete, un brillo de labios que me los hace más llenos.

Y luego voy al armario.

Saco el vestido que elegí hace días. Uno negro, ajustado, que me llega justo por encima de las rodillas, con un escote que no es escandaloso pero que tampoco es discreto.

Me lo pongo.

Me miro en el espejo.

Y casi no me reconozco.

Porque esta mujer que me devuelve la mirada no es la Annie que se levanta cada mañana a cuidar de un bebé. No es la Annie que vive en vaqueros y camisetas.

Esta es otra Annie.
Una que está preparada para una batalla.
Bajo las escaleras.
Espacio.
Con el pulso latiéndome en los oídos.
Aiden está en el recibidor.
Esperándome.
Y cuando me ve...
Cuando me ve se queda inmóvil.
Los ojos se le oscurecen, la mandíbula se le tensa, las manos se le cierran en puños a los lados del cuerpo.
Y me mira.
Me mira como si nunca me hubiera visto antes.
—Annie —dice.
Y hay algo en cómo suena mi nombre en sus labios. Algo ronco, algo hambriento.
Se me encoge todo por dentro.
—¿Estoy bien? —pregunto.
Porque necesito que diga algo. Porque si sigue mirándome así voy a hacer algo estúpido. Como cruzar la distancia que nos separa y besarlo hasta que olvide que esta noche tiene que subir a un escenario para que otras mujeres pujen por él.
—Estás... —Se pasa la mano por el pelo. Un gesto que hace cuando está nervioso—. Estás preciosa.
—Gracias.
—Demasiado preciosa.
—¿Eso es malo?
Da un paso hacia mí.
—Es peligroso.
—¿Peligroso cómo?
Otro paso.
Ahora está tan cerca que siento el calor que irradia su cuerpo. Que huelo su colonia. Madera y algo limpio que siempre ha sido suyo.
—Peligroso porque no sé cómo voy a sobrevivir esta noche viéndote así. Sabiendo que no puedo tocarte.

Se me corta la respiración.

—Aiden...

—Lo sé. Tengo que ser profesional. —Coge las llaves del cuenco que hay junto a la puerta—. Vamos. Antes de que haga algo de lo que los dos nos arrepintamos.

El ayuntamiento está empezando a llenarse cuando llegamos.

Aparco en la parte trasera, en el lugar reservado para los organizadores.

Bajo del coche. Aiden hace lo mismo, con Dean en brazos.

Y caminamos hacia la entrada.

En silencio.

Cada paso hace que el nudo en mi estómago se apriete más.

Porque esto es real. Dentro de una hora va a empezar. Y no hay forma de pararlo.

Entramos por la puerta trasera, la que da directamente al backstage.

Y ahí están.

Maya y Matt. Esperándonos.

Maya se gira cuando nos oye entrar. Y cuando me ve, se le ilumina la cara.

—Annie. Estás preciosa.

—Gracias.

Se acerca, me abraza. Y luego se aparta y me mira de arriba abajo.

—En serio. Estás impresionante.

—No es para tanto.

—Sí lo es. —Me mira con esa expresión que conozco demasiado bien. Esa que dice que sabe muy bien lo que siento—. ¿Cómo estás? —me susurra al oído.

—Bien.

—Mentirosa.

—Maya.

—Lo sé. No quieres hablar de ello. —Me aprieta la mano—. Pero estoy aquí si cambias de opinión.

Asiento.

Porque no confío en mi voz.

Matt se acerca, saluda a Aiden con un gesto de cabeza.

—¿Listo?

—No.

—Nadie lo está nunca.

—¿Tú has hecho esto antes?

—No. Pero he domado caballos suficientes para saber que a veces solo tienes que aguantar y esperar a que termine.

Aiden se ríe, pero es una risa sin humor.

—No es lo mismo.

—No. Pero el principio es el mismo.

Maya coge a Dean de los brazos de Aiden.

—Nosotros nos quedamos con este precioso. Tú ve a prepararte. Annie tiene que hacer las últimas comprobaciones.

Aiden me mira.

Y hay algo en sus ojos.

Algo que parece una pregunta.

—¿Estarás bien?

—Sí.

Se queda ahí durante un segundo más. Y luego asiente. Y se va.

Y yo me quedo mirando cómo desaparece por el pasillo que lleva a los camerinos. Con el corazón desbocado. Y con la certeza de que esta noche va a cambiar todo.

La subasta empieza a las ocho en punto.

Estoy en el lateral del escenario. En las sombras. Donde puedo ver todo, pero donde nadie puede verme a mí.

El salón está lleno. Hay gente sentada en todas las sillas, otras de pie al fondo. El murmullo de conversaciones llena el espacio.

El alcalde sube al escenario, coge el micrófono.

—Buenas noches a todos. Gracias por venir. Como sabéis, esta noche estamos aquí para recaudar fondos para las fiestas anuales de Millbrook...

Sigue hablando.

Pero yo ya no lo escucho.

Porque estoy mirando el lateral opuesto del escenario.

Donde están esperando los participantes.

Donde Aiden está de pie. Con los brazos cruzados. Con esa expresión seria que tiene cuando está incómodo.

Como si prefiriera estar en cualquier otro sitio.

Y no puedo apartar la vista.

Porque está increíble.

Con esa camisa blanca que se le pega al pecho de una forma que le marca los pectorales. Con esos vaqueros oscuros que le quedan perfectos. Con el pelo ligeramente despeinado como si se hubiera pasado las manos por él demasiadas veces.

Como si él también estuviera nervioso.

Y entonces me mira.

A través del escenario. A través de la gente. A través de todo.

Me encuentra en las sombras. Y me sostiene la mirada. Durante un segundo que parece eterno.

Y en ese segundo veo todo lo que no me ha dicho. Todo lo que lleva semanas callando.

Y se me rompe el pecho.

El alcalde termina su discurso. Empieza la subasta.

Uno a uno van subiendo los hombres.

Frank Thompson primero. Las mujeres pujan: cincuenta, setenta y cinco, cien.

Lo gana Sarah Johnson por ciento veinticinco dólares.

Luego Mike Stevens. Después Josh Carter. Dave Wilson.

Y con cada nombre que pasa, con cada hombre que sube y baja, el nudo en mi estómago se aprieta más.

Porque sé lo que viene. Sé quién es el último.

Y no estoy preparada. No lo voy a estar nunca.

—Y ahora —dice el alcalde con esa voz—. Nuestro último participante masculino de la noche. El hombre que sé que muchas

habéis estado esperando. Nuestro sheriff. Aiden Cooper.

El aplauso explota. Fuerte, entusiasta.

Y Aiden sube al escenario, con esa sonrisa tímida que arranca un suspiro a la mitad del salón.

Se coloca en el centro, bajo los focos, con las manos en los bolsillos.

Y está tan endemoniadamente guapo que me duele mirarlo.

—Empezamos en cincuenta dólares —dice el alcalde.

—¡Cincuenta! —grita alguien desde el fondo.

—¡Setenta y cinco! —responde otra voz.

—¡Cien!

Las pujas empiezan. Rápidas. Más rápidas que con ningún otro participante.

Y yo tengo que quedarme ahí. Mirando. Mientras las mujeres luchan por él.

—¡Ciento cincuenta! —grita Rebecca.

—¡Ciento setenta y cinco! —responde Clara.

—¡Doscientos! —Emma desde el otro lado.

Aiden está en el escenario. Quieto. Con esa sonrisa que no llega a sus ojos.

Como si estuviera aguantando. Como Matt dijo. Aguantar y esperar a que termine.

—¡Doscientos veinticinco! —grita alguien más.

—¡Doscientos cincuenta!

Y cada número que sube es como un puñetazo en el estómago.

Porque están pujando por él. Como si fuera un premio. Como si pudieran ganarlo. Como si tuvieran algún derecho sobre él.

—¡Trescientos! —Rebecca otra vez.

Y algo me estalla dentro.

Porque no. No puedo hacer esto. No puedo quedarme aquí y ver cómo otra mujer gana el derecho a estar con él.

No puedo.

Mi mano se levanta. Antes de que pueda pensarlo. Antes de que pueda detenerme.

—¡Quinientos!

El silencio que sigue es absoluto.

Todo el mundo se gira. Todo el salón. Buscándome.
Y cuando me encuentran, cuando ven quién ha pujado, el murmullo explota.
Pero yo solo puedo mirar a Aiden.
Que me mira desde el escenario con una expresión que me corta la respiración.
Con los ojos brillantes, con la cara mezclada de alivio, triunfo y algo más grande que no sé cómo nombrar.
—¿Alguien puja más? —pregunta el alcalde.
Su voz suena divertida. Como si esto fuera exactamente lo que esperaba.
Nadie dice nada.
—¿Nadie? Quinientos a la una. Quinientos a las dos...
El corazón me late tan fuerte que me duele.
—Quinientos a las tres. ¡Vendido! Al sheriff Aiden Cooper lo gana Annie Calloway por quinientos dólares.
El aplauso es ensordecedor.
Y yo me obligo a salir de las sombras.
A caminar hacia el escenario como han hecho el resto de las ganadoras.
Con las piernas temblándome, con las manos sudando, con todo mi cuerpo gritándome que esto es una locura.
Pero sigo caminando. Porque ya no hay vuelta atrás.
Subo las escaleras. El alcalde me tiende la mano para ayudarme.
—¡Aquí está nuestra ganadora! —anuncia—. Annie Calloway. Unas de las organizadoras de este evento. Y ahora también la afortunada ganadora de una cita con nuestro sheriff.
Más aplausos.
Más gritos.
Y yo me quedo ahí. En el centro del escenario. Bajo las luces. Con todo el pueblo mirándome.
Y con Aiden a mi lado.
Tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo.
El alcalde sigue hablando.
Pero yo no lo escucho.

Porque Aiden me ha cogido la mano. Y la aprieta con tanta fuerza que casi me duele.

Como si tuviera miedo de que esto no sea real. De que vaya a escaparme en cualquier momento.

—Ahora vamos con la subasta de las chicas —dice el alcalde—. Vamos a disfrutar del resto de la noche.

La gente empieza a levantarse. A moverse. A hablar mientras las mujeres se preparan para salir.

Y Aiden me lleva fuera del escenario.

Por la parte trasera.

Por el pasillo estrecho que lleva a los camerinos. Que está vacío. Que está oscuro.

Y en cuanto estamos solos, me empuja contra la pared.

Y antes de que pueda reaccionar, antes de que pueda decir nada, me besa.

Me besa como si llevara toda la noche esperando hacer esto. Como si llevara toda la vida esperando.

Sus labios encuentran los míos. Hambrientos, desesperados, con una intensidad que hace que se me doblen las rodillas.

Gimo contra su boca.

Y ese sonido parece romper algo en él.

Porque me aprieta más contra la pared, me levanta, me sostiene como si no pesara nada.

Y yo enrosco las piernas alrededor de su cintura sin pensar.

El vestido se me sube hasta casi la cintura.

Buscando más. Necesitando más.

Sus manos bajan por mi cuerpo. Por mi espalda, por mi trasero. Me agarran, me aprietan.

Y gimo otra vez cuando su erección presiona exactamente donde más lo necesito.

—Joder, Annie —gruñe contra mis labios—. Me has vuelto loco ahí arriba.

—Aiden.

—Pujando por mí. Reclamándome delante de todo el mundo.

—Yo...

—¿Sabes lo que me ha costado no besarte ahí mismo?

No puedo responder.

Porque me está besando otra vez. Más profundo, más desesperado.

Y su lengua encuentra la mía en una danza que hace que me olvide de todo.

De dónde estamos, de que alguien podría vernos, de que esto es una locura.

Solo existimos él. Y yo. Y este beso que llevo semanas esperando volver a sentir.

Empiezo a moverme. Frotándome contra él, buscando fricción, buscando alivio para la presión que se está construyendo en mi bajo vientre.

Aiden gruñe.

—Eso es, preciosa —dice contra mis labios—. Eso es. Muévete.

Y lo hago.

Me froto contra él. Más rápido, más desesperada. Buscando ese placer que está tan cerca que casi puedo tocarlo.

—Buena chica —susurra Aiden—. Toma tu placer. Tómallo de mí.

Sus palabras me recorren como fuego.

Me agarro a sus hombros, hundo los dedos en su pelo, y me muevo más rápido.

Aiden me ayuda. Me sostiene. Mueve sus caderas contra las mías creando una fricción que es casi demasiado. Casi no suficiente.

—Aiden —gimo—. Yo... me voy a...

—Lo sé. Te tengo. Déjate ir.

Y lo hago.

El placer me golpea como una ola, haciéndome temblar, haciéndome jadear contra su hombro mientras todo mi cuerpo se tensa y se rompe y se reconstruye.

Aiden me sostiene, me abraza, susurra cosas contra mi pelo que no proceso pero que hacen que mi corazón se hinche.

—Annie, Aiden —una voz desde el pasillo—. ¿Estáis ahí?

Nos quedamos quietos. Inmóviles.

—Mierda —susurra Aiden.

Me baja, con cuidado. Se coloca delante de mí, protegiéndome con su cuerpo. Para que quien sea que está ahí no me vea así:

despeinada, sonrojada, todavía temblando.

—Sí —responde. Su voz suena ronca—. Ahora vamos.

—Vale. Es que vamos a empezar con la subasta de las chicas.

—Danos un minuto.

Escuchamos pasos alejándose.

Aiden espera hasta que el silencio vuelve.

Y entonces se gira hacia mí.

Me mira. Con el pelo revuelto, la camisa arrugada, los labios hinchados.

—Annie.

—No —digo.

—¿No qué?

—No digas nada. Todavía no. Yo... necesito procesar esto.

—Acabas de correrte en mis brazos en un pasillo del ayuntamiento. Creo que ya hemos pasado el punto de procesarlo.

Se me calienta la cara.

—Aiden, por favor.

—Pero tienes razón. —Alarga la mano. Me aparta un mechón de pelo de la cara con una ternura que contrasta con lo que acaba de pasar—. Tenemos que volver ahí fuera. Sonreír.

Asiento.

—Vamos —dice—. Antes de que venga alguien más a buscarnos.

Me coge de la mano, me lleva de vuelta al salón.

Y yo solo pienso una cosa:

¿Qué va a pasar ahora entre nosotros?

CAPÍTULO 23

ANNIE

Ha pasado una semana desde la noche de la subasta. Una semana entera.

Siete días en los que he hecho todo lo posible por evitar quedarme a solas con Aiden.

Me levanto antes que él. Bajo cuando ya está ocupado con Dean. Me ofrezco a ir al pueblo a hacer recados: a la farmacia, al supermercado, a cualquier sitio que me saque de casa.

Porque si estamos a solas vamos a hablar.

Y si hablamos voy a tener que admitir cosas que todavía no estoy preparada para admitir.

Como que lo deseo.

Como que cada noche me quedo dormida pensando en ese beso en el pasillo del ayuntamiento.

Como que me estoy enamorando de esta vida que hemos construido.

Como que ya no quiero irme.

Pero hoy es sábado.

Y esta noche es la cena.

La cena que gané cuando pujé quinientos dólares por él delante de todo el pueblo.

Y no hay forma de evitarla.

No puedo mantener la distancia con él si somos las dos únicas personas en la cena. Estoy perdida del todo.

Estoy en mi habitación. Sentada en el borde de la cama. Mirando el armario.

Sin saber qué ponerme. Sin saber cómo sobrevivir a una cena a solas con Aiden sin desmoronarme.

Alguien llama a la puerta.

—¿Annie?

La voz de Aiden.

—¿Sí?

—Matt y Maya ya están aquí. Van a llevarse a Dean.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—Que van a quedarse con Dean esta noche. Para que podamos ir a cenar tranquilos.

Abro la puerta.

Aiden está ahí. Con Dean en brazos. Con esa expresión que no deja espacio para discusión.

—No hace falta que se lo lleven. Podemos llevarlo con nosotros.

—Annie. Es una cena. Nuestra cena. Y Dean va a estar mejor con Maya y Matt. Además, he organizado algo especial para esta noche.

—Pero...

—Van a cuidarlo bien. Lo sabes.

Tiene razón. Y lo odio.

—Sí, claro. Por supuesto.

Bajo con él. Maya y Matt están en el salón.

Maya se acerca, coge a Dean.

—Hola, precioso. Vas a venir a casa de tu tía esta noche. ¿Sí? Va a ser muy divertido.

Dean le sonrío. O eso intenta.

Matt me mira.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo nerviosa. Es la primera vez que me separo de él desde que llegué.

—Va a estar bien. Te lo prometo.

—Lo sé.

Maya me abraza.

—Disfruta de esta noche —me susurra al oído—. Y deja de huir.

Se aparta antes de que pueda responder.

Y se van.

Con Dean.

Dejándonos solos. A Aiden y a mí. En esta casa. Durante toda la noche.

El silencio que queda cuando la puerta se cierra se podría cortar con un cuchillo.

—Tengo que terminar de arreglarme —digo.

—Vale. Salimos en media hora.

Asiento.

Subo las escaleras casi corriendo.

Entro en mi habitación, cierro la puerta.

Y me apoyo contra ella.

Tranquila. Solo es una cena. Puedes hacer esto.

Pero mi corazón, ese idiota que no aprende, late como si supiera que es mentira.

Que no es solo una cena. Que esta noche va a cambiar todo.

Me obligo a moverme.

Voy al armario, saco un vestido. Uno rojo que compré hace meses y que nunca me he puesto.

Me lo pongo, me miro en el espejo.

Me queda bien. Ajustado, pero no demasiado, con un escote que insinúa sin mostrar.

Me dejo el pelo suelto, me retoco el maquillaje.

Y cuando bajo las escaleras media hora más tarde, Aiden está esperándome.

Se queda mirándome como si fuera una aparición.

—Annie —dice al final.

—¿Estoy bien?

—Estás jodidamente increíble —Traga saliva—. No sé si voy a sobrevivir a esta noche.

—¿Por qué?

—Porque estás preciosa. Y porque voy a tener que pasar toda la cena mirándote sin poder tocarte.

Se me acelera el pulso.

—Vamos —dice—. No quiero incomodarte.

Aiden me lleva a un restaurante a media hora de Millbrook.

Uno pequeño, acogedor, con velas en las mesas y música suave de fondo.

Es el tipo de sitio al que llevas a alguien cuando quieres tener una cena romántica.

Nos sientan en una mesa junto a la ventana, con vistas al lago que brilla bajo la luz de la luna.

Es perfecto. Demasiado perfecto. Demasiado romántico.

Pedimos. Aiden un filete y yo pasta.

Y mientras esperamos, hablamos.

De todo. De nada.

De Dean. De lo rápido que está creciendo. De cómo ya casi puede darse la vuelta solo.

Del pueblo. De la gente que he visto esta semana. De lo mucho que ha cambiado Millbrook en diez años.

De nosotros cuando éramos niños. De las cosas que hacíamos. De las veces que nos castigaban juntos.

Y es fácil. Es tan fácil hablar con Aiden. Como siempre lo ha sido.

Y me doy cuenta de algo.

De que lo he echado de menos.

Al Aiden que me hace reír. Al que me escucha. Al que me conoce mejor que nadie.

A mi mejor amigo.

La comida llega. Comemos, seguimos hablando.

Y cuando terminamos, cuando Aiden paga la cuenta y salimos del restaurante, no quiero que la noche termine.

¿Cómo puedo tener este cóctel de sentimientos cuando se trata de él?

No quiero volver a casa. No quiero que esto se acabe.

—¿Quieres pasear? —pregunta Aiden—. Hay un camino junto al lago.

—Sí.

Caminamos. En silencio al principio.

Con solo el sonido del agua a nuestro lado y las estrellas brillando arriba.

Y es perfecto. Todo es perfecto.

—Annie —dice Aiden de repente.

—¿Sí?

Se detiene. Se gira hacia mí.

Con una expresión que me acelera el corazón.

—Llevo toda la semana esperando este momento.

—¿Qué momento?

—Este. Estar a solas contigo. Sin Dean, sin interrupciones, sin nada que nos distraiga.

Se me seca la boca.

Aiden sigue hablando.

—Te he echado de menos.

—Hemos estado juntos todos los días —le respondo, nerviosa.

—No. Hemos estado en la misma casa. Pero tú me has evitado. Y lo entiendo. Pero esta noche solo quiero que seamos tú. Y yo. Y nada más.

Da un paso hacia mí.

—¿Puedo besarte?

La pregunta me desarma.

Porque podría besarme sin preguntar. Lo hizo en el ayuntamiento. Lo hizo en casa hace semanas.

Pero ahora me lo está preguntando. Dándome el control. Dándome la opción de decir que no.

Y eso me derrite por dentro.

—Sí —susurro, a pesar de que estoy muerta de miedo, porque también deseo esto.

Me besa.

Sus labios encuentran los míos. Suaves esta vez, casi dudando.

Como si tuviera miedo de asustarme. De que me arrepintiera.

Pero no me arrepiento.

Le devuelvo el beso, abro la boca para él, dejo que profundice.

Y es diferente a los otros besos. Es más lento, más dulce, más real.

Como si este beso dijera todo lo que no nos hemos dicho. Como si este beso fuera una promesa.

Cuando nos separamos, los dos estamos sin aliento.

Aiden me mira. Con deseo, pero también con amor.

—Déjame llevarte a casa —dice.

—Vamos a casa.

—No. Quiero que me entiendas. Déjame llevarte a casa. A mi cama. Déjame demostrarte lo que siento.

Se me corta la respiración.

Porque sé lo que me está pidiendo.

Y sé que debería decir que no. Que debería poner distancia, protegerme.

Pero no quiero. Ya no quiero protegerme.

Quiero esto. Quiero a Aiden.

Quiero una noche. Aunque sea solo una. Quiero saber cómo es estar con él completamente.

Sin miedos, sin barreras, sin nada entre nosotros.

—Sí —digo.

Y esa palabra lo cambia todo.

Aiden me coge de la mano, me lleva de vuelta al coche.

Y durante todo el camino a casa, solo pienso en lo que va a pasar.

En que voy a estar con Aiden. Del todo.

Y que después de esta noche, ya no habrá vuelta atrás.

Al menos no para mi corazón.

CAPÍTULO 24

ANNIE

El camino de vuelta a casa se me hace eterno.

Aiden conduce en silencio, con las manos apretadas en el volante, con la mandíbula tensa. Parece que está a punto de explotar.

Yo voy en el asiento del copiloto. Mirando por la ventana sin ver nada.

Porque solo pienso en lo que va a pasar cuando lleguemos.

En que voy a estar con Aiden.

Sin barreras, sin miedos, sin nada entre nosotros.

Y me aterra. Me aterra y me emociona a partes iguales.

Porque llevo diez años esperando esto. Diez años imaginando cómo sería.

Y ahora voy a descubrirlo.

Miro a Aiden de reojo.

Tiene los nudillos blancos de lo fuerte que agarra el volante, la respiración ligeramente acelerada. Y veo cómo el pecho le sube y le baja bajo la camisa.

Está tan tenso que parece que va a romperse.

Y ardo por dentro.

Porque Aiden me desea.

Lo veo. Lo siento. Está ahí: en cada línea de su cuerpo, en cada respiración contenida.

Me desea tanto que lucha por controlarse.

Y eso hace que me sienta poderosa.

Sobre todo, cuando siempre he pensado que le era indiferente.

Alargo la mano. Despacio. Y la pongo en su muslo.

Aiden se tensa. Entero.

—Annie —dice. Su voz suena como una advertencia—. No hagas eso.

—¿Por qué no?

—Porque intento llevarte a casa de una pieza. Y si me tocas ahora mismo voy a tener que parar el coche y follarte aquí mismo.

Se me corta la respiración porque no me imaginaba que fuese a ser tan crudo.

Y me excita.

El calor me inunda. Líquido. Pesado. Bajando directo a mi bajo vientre.

—Quizá no sea tan mala idea.

Aiden gira la cabeza hacia mí. Rápido.

Me mira. Con esos ojos oscurecidos.

—No estoy bromeando, Annie.

—Yo tampoco.

Gruñe. Un sonido grave que viene de lo más profundo de su pecho.

—Joder. Me estás matando.

Pero no aparta mi mano.

Y yo empiezo a subirla. Despacio. Centímetro a centímetro. Por su muslo. Sintiendo cómo se le tensan los músculos bajo mi palma.

—Annie...

—¿Sí?

—Vas a hacer que tengamos un accidente.

—Entonces concéntrate en la carretera —lo provoco.

Y lo hace.

Agarra con fuerza el volante mientras las luces de la carretera pasan borrosas a nuestro lado y los árboles se convierten en sombras.

Y mi mano sigue subiendo.

Hasta que rozo la dureza evidente en sus vaqueros.

Aiden sisea.

—Joder.

Presiono. Suave. Y lo siento saltar bajo mi mano.

—Annie. Quita la mano. Ahora.

—¿Y si no quiero?

—Entonces no respondo de lo que pase.
Sonrío.
Y aprieto más.
Aiden pisa el freno.
El coche se detiene en seco. En el arcén. En mitad de la nada.
Apaga el motor, se gira hacia mí.
Y hay algo en su expresión. Algo salvaje, algo hambriento.
Que hace que se me seque la boca.
—Te he dicho que quitaras la mano.
—Y yo te he dicho que no quería.
—Entonces vas a tener que atenerte a las consecuencias.
Antes de que pueda responder, se inclina. Me coge de la nuca. Y me besa.
Me besa con una ferocidad que me deja sin aliento, con una furia que me hace olvidar dónde estamos.
Su lengua invade mi boca. Reclamándome. Marcándome.
Y yo le devuelvo el beso con la misma desesperación.
Porque lo necesito. Llevo años necesitándolo.
La mano de Aiden baja por mi cuello, por mi pecho, por mi estómago.
Y se cuelga bajo mi vestido.
Sube por mi muslo. Despacio. Torturándome.
Hasta que llega a mis braguitas.
Y se detiene.
—Estás empapada —dice contra mis labios.
Se me calienta la cara.
—¿Cuánto tiempo llevas así? ¿Desde la cena? ¿Desde antes?
—Desde que me estaba vistiendo para ti.
Gruñe.
—Buena chica. Me encanta que seas tan honesta.
Sus dedos se cuelan bajo la tela. Me rozan.
Y gimo.
—Estás tan mojada para mí —dice—. Tan lista. Podría hundirme en ti ahora mismo.
—Entonces hazlo.

—No. Todavía no. Primero voy a hacerte correrte así. En mi mano. Para que cuando lleguemos a la cama ya estés desesperada por tenerme dentro.

Y cumple su promesa.

Me toca con dedos expertos, con una precisión que me dice que sabe muy bien lo que hace.

Y yo me derrumbo.

Me corro en su mano. En el asiento del copiloto de su coche. Gritando su nombre. Sin importarme que estemos en mitad de la carretera.

Cuando recupero el aliento, Aiden me mira.

Con una cara que me hace querer correrme otra vez.

—Vamos a casa —dice—. Antes de que te folle aquí mismo y los dos lo lamentemos por la incomodidad.

Arranca el coche. Y conduce. Más rápido que antes, más decidido.

Llegamos a casa diez minutos más tarde. Diez minutos que se me hacen eternos.

Aiden aparca, apaga el motor.

Y ninguno se mueve.

Nos quedamos ahí, sentados, mirándonos. Con una tensión que se podría cortar con un cuchillo.

—Si entramos —dice Aiden—, no voy a poder contenerme.

—No quiero que te contengas.

—Annie. Necesito que lo entiendas. Llevo diez años esperando esto. Diez años imaginándolo. Y ahora que está pasando... no sé si voy a poder ser suave. No sé si voy a poder ir despacio.

—No te he pedido que seas suave.

Algo en sus ojos se enciende.

—¿No?

—No. Quiero sentirte. A ti. Al verdadero Aiden.

—Joder, Annie. Me vas a matar.

Sale del coche, rodea hasta mi lado, abre la puerta.

Me tiende la mano. La cojo. Y me ayuda a bajar.

Pero no me suelta.

Me lleva hacia la casa. Con los dedos entrelazados con los míos. Con una urgencia en cada paso que me acelera el pulso.

Abre la puerta. Entramos.

Y en cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros, me aprieta contra ella.

Y me besa.

Me besa como si todo lo que ha estado conteniendo durante semanas acabara de explotar. Como si ya no pudiera esperar ni un segundo más.

Sus labios encuentran los míos. Hambrientos, exigentes.

Y yo abro la boca para él, dejándole tomar todo lo que quiere. Todo lo que necesita.

Las manos de Aiden están por todas partes: en mi pelo, en mi cuello, bajando por mi espalda, agarrando mi trasero y apretándome contra él.

Contra la evidencia dura de lo mucho que me desea.

—Vamos arriba —dice contra mis labios—. Ahora. Antes de que te folle contra esta puerta.

—No me importaría.

Se aparta. Me mira. Con los ojos tan oscuros que apenas queda verde en ellos.

—La primera vez que te folle va a ser en mi cama. Donde pueda tomarte el tiempo que quiera. Donde pueda hacerte gritar mi nombre hasta que no puedas recordar ningún otro.

Se me mojan las braguitas. Así. Solo con sus palabras.

—Entonces llévame a tu cama.

Me coge de la mano y me lleva escaleras arriba.

Y cada escalón me acelera el pulso, alimenta la anticipación hasta que es casi insoportable.

Llegamos a su habitación. Aiden abre la puerta, entramos.

Y cierra.

Y entonces me mira.

Me mira de una forma que me hace olvidar respirar.

Como si fuera un depredador y yo su presa. Como si llevara años cazándome y finalmente me hubiera atrapado.

—Quítate el vestido —dice.

No es una petición.

Es una orden.

Y algo primitivo en mí responde a esa orden.

Mis manos van a la cremallera. La bajo. Despacio.

Sosteniendo su mirada todo el tiempo.

El vestido se desliza por mi cuerpo. Cae al suelo en un susurro de tela.

Y me quedo ahí. En la ropa interior negra que él vio en mi apartamento. La que compré pensando que algún día conocería a alguien a quien quisiera enseñársela.

Ese alguien está aquí.

Mirándome como si acabara de ver algo sagrado.

—Joder —dice—. Eres...

No termina la frase.

Solo da un paso hacia mí. Luego otro. Hasta que está tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo.

—Llevo semanas pensando en esto —dice—. Desde aquella vez que vi este tanga en tu apartamento. Me he masturbado pensando en cómo te quedaría. Y la realidad es mil veces mejor de lo que imaginé.

Se me corta la respiración.

—¿Te has masturbado pensando en mí?

—Cada noche desde que volviste. A veces más de una vez. Y antes de que regresases, mil veces. Llevas en mis fantasías desde hace muchos años.

Se me mojan más las braguitas.

—Dime en qué pensabas.

—En esto. En verte así. En quitarte la ropa con los dientes. En saborearte hasta que supliques.

—Aiden...

—En follarte hasta que olvides tu nombre. Hasta que lo único que puedas decir sea el mío.

Alarga la mano. Me roza el estómago con los dedos. Sube, despacio, hasta rozar el encaje de mi sujetador.

—¿Puedo?

—Sí. Por favor.

Desabrocha el sujetador.

Y me quedo medio desnuda frente a él.

Aiden se queda quieto. Mirándome.

Y puedo ver cómo se le acelera la respiración. Cómo se le dilatan las pupilas. Cómo traga saliva.

—Eres perfecta —dice—. Tan perfecta que me duele mirarte.

—Entonces no mires. Toca.

Y lo hace.

Me coge los pechos con las manos, los sopesa, pasa los pulgares por los pezones.

Y gimo.

—Tan sensible —dice—. Me pregunto dónde más eres sensible.

Se inclina. Cierra la boca alrededor de un pezón.

Y el placer es tan intenso que casi me doblo.

Me agarro a sus hombros. Hundo los dedos en su pelo.

Aiden succiona, lame, muerde suavemente.

Y yo me derrito. Completamente.

—Aiden... por favor...

—¿Qué necesitas, preciosa?

—A ti. Te necesito a ti.

—Me tienes.

Cambia al otro pecho. Le da la misma atención. La misma devoción.

Hasta que estoy temblando. Hasta que mis piernas apenas me sostienen.

Y entonces me levanta.

Me levanta como si no pesara nada, me lleva a la cama, me tumba con cuidado.

Y se queda de pie. Mirándome.

Tumbada en su cama, con solo las braguitas negras, con el pelo extendido sobre su almohada, con los labios hinchados de sus besos.

—He soñado con esto —dice—. Con verte así. En mi cama. Esperándome.

—Entonces deja de mirar y ven aquí.

Sonríe. Esa sonrisa de medio lado que me vuelve loca.

—Tan impaciente.

—Llevo diez años esperando. Tengo derecho a ser impaciente.

—Tienes razón.

Empieza a desabrocharse la camisa, botón a botón, sin prisa.

Dejándome mirar.

Y lo hago.

Lo miro mientras se desnuda para mí. Mientras la camisa cae y revela ese pecho que he estado soñando tocar. Esos abdominales marcados. Esa línea de vello que baja y desaparece bajo la cintura de sus vaqueros.

Se quita los zapatos, los calcetines.

Y luego se desabrocha los vaqueros, los baja junto con los bóxers.

Y se queda completamente desnudo frente a mí.

Y es...

Madre mía.

Es perfecto.

Cada centímetro de él es perfecto.

Alto, ancho de hombros, con ese cuerpo que viene de años de trabajo duro. De levantarse al amanecer. De vivir en un rancho. De trabajar de sheriff.

Y está duro. Completamente duro. Para mí.

Largo, grueso, con la punta brillante de excitación.

Se me hace la boca agua solo de mirarlo.

Aiden se sube a la cama, se coloca sobre mí, apoyado en los antebrazos.

Su cuerpo cubriendo el mío, su calor envolviéndome.

Y me mira.

—Última oportunidad para echarte atrás —dice.

—No voy a echarme atrás.

—Bien. Porque una vez que empiece, no voy a parar hasta que estés gritando mi nombre.

Y entonces me besa.

Me besa mientras sus manos bajan por mi cuerpo, acariciando, explorando, memorizando cada curva.

Sus dedos enganchan el elástico de mis braguitas. Las baja, despacio. Dejándome completamente desnuda bajo él.

Se aparta, me mira.

Y hay algo en esa mirada que hace que me sienta expuesta y adorada a la vez.

—Abre las piernas para mí —dice.

No es una petición.

Es una orden.

Y mi cuerpo responde antes de que mi cerebro pueda procesarlo.

Abro las piernas.

Aiden se coloca entre ellas. Me mira.

—Tan preciosa —dice—. Tan mojada. Todo para mí.

—Solo para ti.

—Eso es. Solo para mí. Y voy a asegurarme de que nunca lo olvides.

Baja la cabeza.

Y me besa ahí. Exactamente donde más lo necesito.

Y el placer es tan intenso que arqueo la espalda, que mis manos vuelan a su pelo, que grito.

Aiden no para. Me lame con largas pasadas de lengua, me saborea como si fuera su comida favorita, como si llevara años hambriento y yo fuera el único sustento que necesita.

—Aiden. Oh Dios... Aiden...

—Eso es. Di mi nombre. Quiero que todo el pueblo sepa quién te está dando este placer.

Me chupa el clítoris. Fuerte. Y al mismo tiempo hunde dos dedos dentro de mí.

Y me corro. Gritando, temblando, tirando de su pelo con tanta fuerza que probablemente le duele.

Pero Aiden no para. Me guía a través del orgasmo. Hasta que estoy temblando. Hasta que estoy suplicando.

Cuando finalmente levanta la cabeza, tiene los labios brillantes.

Con mi sabor.

Y me besa.

Me hace saborearme en su boca. Y es tan erótico que gimo contra sus labios.

—Deliciosa —dice—. Podría pasarme horas ahí. Haciéndote correrte una y otra vez. Hasta que me supliques que pare.

—Aiden... necesito... necesito sentirte dentro.

—Yo también te necesito.

Se coloca entre mis piernas, la punta de su erección rozándome, resbalando por mi humedad.

Y se detiene.

Me mira a los ojos.

—Annie. Necesito preguntarte algo.

—¿Qué?

—¿Tomas pastillas anticonceptivas?

La pregunta me sobresalta.

Tardo un segundo en procesarla.

—No.

Se queda completamente quieto.

—¿No?

—No. Nunca he tomado. Nunca he tenido pareja estable.

Cierra los ojos. Como si esas palabras le hubieran provocado dolor físico.

—Joder.

—Podemos... podemos usar un preservativo.

—No quiero.

Abre los ojos. Me mira.

Y hay algo en esa mirada. Algo primitivo, algo posesivo, algo que debería asustarme pero que en cambio hace que me moje más.

—¿Qué?

—No quiero usar nada. Quiero sentirte. Toda tú. Sin barreras. Sin nada entre nosotros.

—Aiden...

Me sostiene la mirada.

—Pero es tu decisión. Si quieres que use protección, lo haré. Si quieres que vaya despacio, iré despacio. Si quieres que pare ahora mismo, paro.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Porque me está dando el control. Me está dando la opción. A pesar de lo mucho que lo desea.

Y eso me desarma. Del todo.

—No quiero que uses nada —susurro.

—Joder, Annie. Me matas.

—Quiero sentirte. Toda tu piel.

La expresión se le rompe.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Porque no hay vuelta atrás después de esto.

—Lo sé.

Aiden gruñe. Un sonido grave y salvaje.

Y entonces se hunde en mí. De una sola embestida.

Llenándome, estirándome, llegando tan profundo que jadeo.

—Joder —gime—. Eres tan estrecha. Tan perfecta. Tan mía.

Empieza a moverse, despacio al principio, dejándome ajustarme a su tamaño.

Pero yo no quiero delicadeza.

Lo agarro de los hombros, clavo las uñas en su piel.

—Más —suplico—. Más fuerte.

—¿Segura?

—Sí. Aiden, por favor...

Y me da lo que le pido.

Se mueve más rápido, más profundo, con embestidas que hacen que la cama golpee contra la pared.

Y yo me pierdo. Me pierdo en las sensaciones, en el placer, en la forma en que me llena una y otra vez.

—Tan bien —gime Aiden—. Te sientes tan jodidamente bien. Como si hubieras sido hecha para mí.

—Lo fui. Fui hecha para ti.

—Sí. Sí que lo fuiste.

Una de sus manos baja. Se cuela entre nuestros cuerpos. Encuentra mi clítoris.

Y empieza a acariciar. En círculos. Firmes, perfectos.

Y el placer se dispara.

—Aiden. Voy a...

—Lo sé. Córrete para mí, preciosa. Déjame sentir cómo me aprietas.

Y me corro. Gritando su nombre, temblando debajo de él, apretándolo tan fuerte que Aiden gime.

—Joder. Sí. Así.

Sigue moviéndose. Más rápido ahora. Más desesperado.

Persiguiendo su propio placer.

—Voy a llenarte con mi esencia. Vas a hincharte con mi bebé —dice contra mi oído—. Vas a estar tan preciosa. Tan perfecta. Toda redonda con mi hijo creciendo dentro de ti. Y todo el mundo va a saber que eres mía. Que te he preñado. Que te he marcado como mía.

Sus palabras me empujan al borde otra vez.

—Sí —gimo—. Sí, Aiden. Dame un bebé. Hazme tuya.

Y eso es todo lo que necesita.

Se hunde una última vez. Profundo. Tan profundo que siento cómo se derrama dentro de mí.

Llenándome. Marcándome. Haciéndome suya de la forma más primitiva posible.

Nos quedamos ahí, abrazados, con nuestros corazones latiendo tan rápido que parecen uno solo.

Con su peso sobre mí, con su olor envolviéndome, con su semilla dentro de mí.

Y cuando Aiden finalmente se aparta, cuando sale de mí con cuidado y me atrae contra su pecho, me obligo a pensar.

A recordar.

Que lo que ha dicho sobre dejarme embarazada...

Sobre verme crecer con su bebé...

Lo ha dicho en el calor del momento.

No puede haberlo dicho en serio.

Es demasiado pronto. Demasiado rápido. Demasiado... todo.

Es demasiado bueno para ser verdad.

Pero mientras me quedo dormida en sus brazos, mientras siento su mano acariciándome el estómago en círculos perezosos, una parte de mí —una parte pequeña pero persistente— quiere creer.

Quiere creer que Aiden Cooper quiere darme todo lo que siempre he soñado.

Una familia. Un hogar. Bebés. Todo.

Y esa esperanza me aterra.

Porque si no es verdad. Si solo lo ha dicho porque estaba perdido en el momento...

Va a romperme otra vez el corazón.
Y esta vez no sé si sobreviviré.

CAPÍTULO 25

AIDEN

Ha pasado una semana desde la primera vez que tuve a Annie.

La mejor semana de mi vida.

Una semana en la que he vivido justo lo que siempre he soñado.

Tener a Annie en mi casa. En mi cama. En mi vida.

Como si siempre hubiera estado ahí. Como si siempre hubiera sido mía.

Los días tienen una rutina ahora. Una rutina que me gusta más de lo que debería gustarme algo tan simple.

Me despierto con Annie en mis brazos. Todas las mañanas. Con su pelo haciéndome cosquillas en la nariz, con su cuerpo cálido pegado al mío, con su respiración suave contra mi pecho.

Y me permito unos minutos para disfrutar. Solo unos minutos. Para mirarla dormir, para memorizar cada detalle: cada peca, cada mechón pelirrojo extendido sobre mi almohada.

Porque tengo miedo. Tengo miedo de que un día me despierte y ella ya no esté. Que esto haya sido un sueño, un espejismo, algo demasiado bonito para ser cierto.

Pero entonces Annie se mueve, abre los ojos y me sonríe.

Y ese miedo se desvanece. Por un momento.

Dean nos despierta poco después. Con ese llanto que ya reconozco, que ya sé interpretar.

Annie se levanta. Se pone mi camiseta. Esa que le queda enorme y que me vuelve loco cada vez que la veo con ella.

Y va a por él.

Yo la sigo.

Porque no puedo quedarme en la cama cuando ella está cuidando de nuestro pequeño.

Nuestro.

Esa palabra me llena el pecho cada vez que la pienso.

Porque Dean es nuestro.

Quizá no legalmente todavía, quizá no biológicamente. Pero en todo lo que importa, Dean es nuestro.

Lo cambiamos juntos. Annie cantándole mientras yo le quito el pañal sucio, haciéndole cosquillas en la barriga para que deje de llorar, hablándole bajito, diciéndole que es un niño muy bueno.

Y yo la miro. Mirándola ser madre, mirándola amar a Dean como si fuera suyo.

Y se me oprime el pecho.

Porque esto es lo que quiero. Justo esto.

Bajamos a desayunar. Los tres. Como hacemos cada mañana.

Annie prepara el café mientras yo preparo el biberón de Dean. Moviéndonos por la cocina con una familiaridad que viene de un tiempo haciendo esto.

Esquivándonos sin chocarnos, pasándonos cosas sin tener que pedirlos, sabiendo en todo momento dónde está el otro.

Como si lleváramos años haciéndolo.

Desayunamos. Annie con su tostada, yo con mis huevos, Dean en su hamaca entre nosotros.

Y hablamos. De todo. De nada.

De lo que tenemos que comprar. De si hace falta cambiar algo en la casa. De los planes para el día.

Como una pareja de verdad.

Como una familia.

Y cada día que pasa me cuesta más recordar cómo era mi vida antes de esto.

Antes de Annie. Antes de Dean. Antes de despertar cada mañana con un propósito que no sea el trabajo.

Por las tardes jugamos con Dean. En la alfombra del salón. O en el jardín cuando hace buen tiempo.

Annie le lee. Aunque Dean no entiende nada todavía. Pero ella le lee igual, con esa voz suave, enseñándole los dibujos, haciéndole sonreír.

Y yo los miro. A los dos. A mi familia.

Y me permito soñar.

Soñar con que esto dure para siempre. Con que Annie se quede.
Con que adoptemos a Dean juntos. Con que tengamos más hijos.
Con que llenemos esta casa de risas y de amor.

Con que envejeczamos juntos.

Pero luego llega la noche.

Y el miedo vuelve.

Porque cada noche, cuando acostamos a Dean, Annie mira hacia la habitación de invitados.

Como si se planteara volver allí. Como si quisiera poner distancia otra vez.

Y yo no puedo permitirlo. No puedo dejarla ir.

Así que la primera noche que intentó irse, la cogí de la mano.

—No —dije.

—¿No qué?

—No vas a dormir ahí.

—Aiden...

—Vas a dormir conmigo. En mi cama. Donde perteneces.

Y la llevé a mi habitación. Y cerré la puerta. Y la desnudé despacio. Y le hice el amor hasta que se olvidó de por qué había pensado en irse.

La segunda noche hizo lo mismo. Miró hacia la habitación de invitados. Y yo volví a cogerla de la mano.

—Ni lo pienses —dije.

—Aiden...

—Eres mía, Annie. Y duermes en mi cama. Punto.

Y lo hice otra vez.

La llevé a mi habitación. La desnudé. La adoré hasta que estuvo suplicando.

La tercera noche ya no miró hacia la habitación de invitados.

Simplemente me siguió a mi habitación. Como si fuera lo más natural del mundo.

Como si esa fuera su habitación también.

Se me aflojó el pecho.

Porque Annie está cediendo. Poco a poco. Está dejando que esto sea real.

Está dejando de luchar.

Y cada noche que paso con ella es mejor que la anterior.

Cada noche descubro algo nuevo.

Que le gusta cuando le susurro al oído. Que se vuelve loca cuando le muerdo el cuello. Que se corre más fuerte cuando le digo lo preciosa que está, lo mucho que la deseo, lo perfecta que se siente.

Y cada noche me hundo en ella sin protección. Cada noche me derramo dentro de ella.

Marcándola. Intentando dejarla embarazada.

Porque lo quiero. Joder. Lo quiero más que nada.

Quiero ver a Annie embarazada, con mi hijo creciendo dentro de ella. Quiero poner las manos en su vientre y sentir a nuestro bebé moverse. Quiero estar ahí cuando nazca. Quiero verla convertirse en la madre de nuestros hijos.

Quiero todo.

Y cada vez que me corro dentro de ella, cada vez que la lleno, rezo para que esta sea la vez. Para que mi semilla prenda. Para que cuando pase un mes ella venga y me diga que está embarazada.

Porque eso lo cambiaría todo.

Si dejo a Annie embarazada, no puede irse. No va a querer criar a nuestro hijo sola en Missoula cuando podría estar aquí. Conmigo. Con Dean. Con una familia.

Y eso me hace sentir culpable.

Porque sé que debería decírselo. Debería decirle que intento activamente dejarla embarazada, que cada vez que me hundo en ella sin protección es porque quiero que se quede.

Pero no puedo.

Porque tengo miedo de que, si se lo digo, se asuste. Que vuelva a levantar esos muros. Que se vaya antes de que pueda convencerla de que se quede.

Así que me lo callo. Y sigo haciéndole el amor todas las noches. Y sigo rezando para que prenda.

Es domingo por la mañana cuando Annie se despierta antes que yo.

La siento moverse. Intentando apartarse sin despertarme.

Abro los ojos.

—¿A dónde vas?

Se sobresalta.

—A la cocina. A preparar el desayuno.

—Ven aquí.

—Aiden...

—Ven. Aquí.

Vuelve a la cama. A regañadientes.

Y yo la atraigo hacia mí, la coloco sobre mi pecho, con su pelo cayendo alrededor de nosotros como una cortina.

—Buenos días —digo.

—Buenos días.

—¿Cómo has dormido?

—Bien. Muy bien.

—Bien.

La beso. Suave, despacio.

Y ella me devuelve el beso, con esa dulzura que siempre tiene por las mañanas. Cuando todavía está medio dormida. Cuando sus defensas todavía no están completamente levantadas.

—Te quiero así —digo contra sus labios.

—¿Cómo?

—Así. En mi cama. Sobre mí. Con el pelo revuelto y los labios hinchados de mis besos.

Se le colorean las mejillas.

—Aiden.

—Es verdad.

—Eres imposible.

—Y tú eres preciosa.

La beso otra vez. Más profundo esta vez.

Y siento cómo su cuerpo responde. Cómo se derrite contra mí. Cómo empieza a moverse, frotándose contra mí.

Buscando fricción.

Y me pongo duro. Instantáneamente.

—Annie —gruño—. Si sigues haciendo eso...

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a follarte ahora mismo.

—Entonces hazlo.

Y lo hago.

La levanto, la coloco sobre mí, y me hundo en ella de una sola embestida.

Annie grita, echa la cabeza hacia atrás, se agarra a mis hombros.

Y empieza a moverse. Arriba y abajo. Cabalgándome. Tomando su placer.

Y es la imagen más erótica que he visto en mi vida.

Annie sobre mí, con los pechos moviéndose con cada embestida, con el pelo cayéndole por la espalda, con los ojos cerrados, con esa expresión de placer puro.

—Tan bien —gimo—. Te ves tan jodidamente bien así. Montándome. Tomando lo que necesitas.

—Dios, Aiden.

—Eso es, preciosa. Úsame. Soy tuyo. Completamente tuyo.

Se mueve más rápido. Más desesperada.

Y yo la ayudo. Pongo las manos en sus caderas, la guío, la empujo hacia abajo cada vez que baja, hundiéndome más profundo.

—Córrete para mí. Déjame sentirte.

Y se corre. Gritando mi nombre, temblando sobre mí, apretándome tan fuerte que casi pierdo el control.

Pero aguanto. Porque quiero que dure. Quiero que sienta cada segundo de esto.

Cuando termina, cuando está temblando y sin aliento, la tumbo en la cama.

Me coloco sobre ella, entre sus piernas.

Y empiezo a moverme. Más rápido que antes, más duro.

Persiguiendo mi propio placer ahora.

—Voy a llenarte —digo contra su oído—. Voy a llenarte tanto que vas a sentirme durante días.

—Sí —gime—. Sí, Aiden.

—Y vas a hincharte con mi bebé. Lo sé. Lo siento.

Y es verdad. Lo siento. Siento que esta es la vez. Que voy a dejarla embarazada. Que Annie va a llevar a mi hijo dentro de ella.

Y esa certeza me empuja al borde.

Me corro, hundiéndome profundo, derramándome dentro de ella.

Llenándola. Marcándola. Haciéndola mía de la forma más primitiva posible.

Nos quedamos ahí, abrazados, respirando fuerte.

Y cuando finalmente me aparto, cuando salgo de ella y la veo ahí. Tumbada en mi cama. Con mi semilla goteando de ella.

Sé que voy a hacer todo lo posible para que se quede.

Para que esto dure para siempre.

Porque la alternativa —perderla otra vez— no es una opción. No lo es.

Y haré lo que sea necesario para asegurarme de que eso no pase.

Lo que sea.

CAPÍTULO 26

AIDEN

Hoy es el día.

Queda poco para que se acabe el plazo de los dos meses desde que encontré a Dean.

Así que voy a decírselo.

Voy a decirle a Annie que la amo. Que quiero que se quede. Que quiero que adoptemos a Dean juntos.

Que quiero casarme con ella. Darle más hijos. Envejecer a su lado.

Todo.

Y estoy aterrado. Aterrado del todo.

Llevo todo el día intentando encontrar el momento perfecto, las palabras perfectas.

Pero no existen.

No hay forma perfecta de decirle a la mujer que amas que llevas semanas intentando dejarla embarazada con todas tus fuerzas, que quieres que abandone su vida en Missoula y se mude aquí, que quieres que sea tuya para siempre.

No hay forma de decir eso sin que suene a locura.

Pero voy a hacerlo de todas formas.

Porque en cinco días se cumplen los dos meses.

Y cuando se cumpla el plazo va a irse. Y no voy a poder soportarlo.

Annie me mira raro durante todo el día. Es tan perceptiva que sabe que me pasa algo.

Estamos en la cocina, preparando el almuerzo. Ella revuelve el caldo en la cazuela, yo haciendo... no sé ni qué hago porque no puedo concentrarme.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque llevas cinco minutos mirando esa cebolla sin cortarla.
Bajo la vista. Tiene razón.

—Perdona. Estaba pensando.

—¿En qué?

En ti. En nosotros. En cómo pedirte que te quedes sin que salgas corriendo.

—En nada importante.

Me mira. Con una expresión que dice que no me cree.

Pero no insiste.

Comemos, con Dean en su hamaca, haciendo esos ruiditos que nos hacen sonreír.

Y yo intento comportarme normal. Intento hablar. Intento no parecer un manojo de nervios.

No funciona.

Porque Annie sigue mirándome como si supiera que algo va mal.

Después jugamos con Dean en el jardín.

Hace buen tiempo: sol, brisa suave. El tipo de clima perfecto de Montana.

Annie está sentada en la manta, con Dean tumbado frente a ella, haciéndole cosquillas, riéndose cuando él se ríe.

Y yo los miro.

Los miro y pienso en que esto es lo que quiero para siempre.

Estos momentos. Esta familia. Esta vida.

Y el miedo me aprieta el pecho hasta dejarme sin aire.

Porque, ¿y si dice que no? ¿Y si le pido que se quede y me dice que no quiere? ¿Y si la pierdo otra vez?

—Aiden.

La voz de Annie me saca del trance.

—¿Qué?

—Te he preguntado tres veces si querías agua.

—Ah. Sí. Gracias.

Se levanta, va hacia casa.

Y yo me quedo ahí, con Dean, intentando calmarme. Intentando encontrar el valor.

La noche llega demasiado rápido.

Bañamos a Dean juntos. Como hacemos cada noche cuando regreso del trabajo. Annie sosteniéndolo mientras yo le lavo el pelo con cuidado, hablándole bajito, diciéndole que es un niño muy bueno.

Lo secamos, le ponemos el pijama, le damos el biberón.

Y cuando sus ojitos empiezan a cerrarse, lo llevamos a la cuna.

Annie le canta. Esa nana que le canta todas las noches. Con esa voz suave que me derrite por dentro.

Dean suspira, se acomoda, se queda dormido.

—Ya está —susurra Annie.

Salimos de la habitación, cerramos la puerta con cuidado.

Y nos quedamos ahí. En el pasillo.

Este es el momento.

—¿Tienes hambre? —pregunto.

—Un poco.

—Yo me encargo de la cena. Tú has pasado todo el día con Dean. Vete a leer hasta que tenga todo preparado.

Annie sonríe.

—Qué detallista —bromea, pero puedo ver que le gusta mi propuesta—. Muchas gracias.

Voy a la cocina, frío unos filetes y hago una ensalada.

Lo sirvo en dos platos, los llevo a la mesa.

Aviso a Annie de que todo está listo.

Annie entra en la cocina y entonces ve las velas.

Las velas que he encendido para que todo sea más romántico.

—Aiden, ¿qué es todo esto?

—Una cena.

—Ya veo que es una cena. Pero ¿por qué has puesto velas?

—Porque quería que esta noche fuera especial.

—¿Por qué?

Me siento frente a ella.

El pulso me golpea tan fuerte que seguro lo oye.

—Porque tengo que decirte algo. Algo importante.

Se le tensa la expresión.

—¿El qué?

Respiro hondo.

Es ahora o nunca. Tengo que echarle valor.

—Annie. Estos casi dos meses han sido los mejores de mi vida.

—Aiden.

—Déjame terminar. Por favor.

Asiente.

—Llevo diez años arrepintiéndome de no haber luchado por ti cuando te fuiste. Diez años castigándome por dejarte ir. Y cuando apareciste en mi comisaría hace casi dos meses pensé que era una segunda oportunidad. Una oportunidad de hacerlo bien.

Se me cierra la garganta.

—Y he intentado ir despacio. He intentado darte espacio, darte tiempo, hacer que me perdonases. Pero ya no puedo esperar más.

—¿Esperar a qué?

—A decirte la verdad.

La miro directamente a los ojos.

—Te amo, Annie. Estoy enamorado de ti. Llevo enamorado de ti toda la vida. Y sé que es pronto. Sé que te asusta. Pero necesito que lo sepas.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Aiden...

—Y quiero que te quedes. Aquí. Conmigo. Quiero que adoptemos a Dean juntos. Quiero que formemos una familia de verdad. Quiero...

Y entonces alguien llama a la puerta de casa.

Con fuerza. Dando unos golpes fuertes e insistentes que cortan el aire.

—¡Sheriff Cooper! ¡Sheriff!

Me quedo quieto.

No. Joder. Por qué nos tienen que interrumpir justo ahora.

—¡Sheriff! ¡Abra! ¡Es urgente!

Me levanto, camino hacia la puerta y la abro.

Tommy está ahí, con el uniforme puesto, sudando, con una expresión de pánico.

—Sheriff. Gracias a Dios. Llevo llamándote media hora. Tu móvil estaba apagado.

—Lo sé. ¿Qué pasa?

—Ha habido un asalto a mano armada en la gasolinera de Hamilton. Los asaltantes han huido. Están armados y son peligrosos. Han disparado al dueño, está grave. Y ahora están escondidos en algún lugar entre Hamilton y aquí. La policía del condado nos ha pedido refuerzos. Necesitan que vayas.

Se me cierra el estómago.

—¿Cuántos son?

—Dos. Con armas de fuego. Y han demostrado que están dispuestos a usarlas.

—Joder.

—Tenemos que irnos. Ahora.

Miro hacia la cocina.

Annie está ahí. De pie. Con las manos apretadas contra el pecho. Y hay tanto miedo en sus ojos.

—Tengo que irme —digo.

—Lo sé.

Su voz se quiebra al final.

Camino hacia ella.

—Annie...

—Ten cuidado —dice—. Por favor. Ten mucho cuidado.

—Siempre lo tengo.

—No. Escúchame. —Me coge de la camisa con las manos—. Están armados, Aiden. Han disparado a alguien. Son peligrosos. Y tú... tú vas a ir tras ellos.

—Es mi trabajo.

—Me da igual tu trabajo. —Su voz sube. Las lágrimas empiezan a caer—. No quiero que te pase nada. No puedo perderte.

Se me parte el pecho.

—No vas a perderme.

—No lo sabes. No puedes prometerme eso.

—Annie.

—Solo prométeme que vas a tener cuidado. Que no vas a hacer ninguna tontería. Que vas a volver.

La miro. Y veo el terror puro en sus ojos.

El mismo terror que siento yo.

—Te lo prometo —digo—. Voy a volver.
Asiente, pero las lágrimas siguen cayendo.
Me inclino. La beso. Con desesperación, con todo lo que siento y no he dicho.
Me aparto, a regañadientes.
—Vuelvo pronto —digo.
—Más te vale.
Voy hacia la puerta. Tommy me pasa el chaleco antibalas. Me lo pongo sobre la camisa, ajusto las correas.
Y cuando me giro, Annie está ahí. Justo detrás de mí.
Y antes de que pueda decir nada, me abraza.
Me abraza con tanta fuerza que me saca el aire de los pulmones.
—Por favor —susurra contra mi pecho—. Por favor, mantente a salvo.
La garganta se me cierra.
La abrazo también. La aprieto contra mí.
—Joder, Annie. Me estás matando.
Me aparto. Solo lo suficiente para mirarla.
—Si el premio es volver a una casa en la que tú estés, te juro que vuelvo entero.
Se le llenan los ojos de lágrimas.
—Aiden.
La beso. Una última vez. Con toda la pasión, con todo el amor que tengo dentro de mí.
Y luego me obligo a soltarla. A alejarme. A salir por esa puerta.
Subo al coche patrulla. Tommy arranca.
Y mientras nos alejamos, mientras veo mi casa desaparecer por el retrovisor, solo pienso una cosa.
Tengo que volver. Tengo que volver a Annie. Tengo que decirle todo lo que no le he dicho.
Pase lo que pase.
Tengo que volver.

CAPÍTULO 27

ANNIE

Me quedo en la puerta. Mirando cómo el coche patrulla desaparece por el camino. Con las luces rojas y azules parpadeando en la oscuridad.

Hasta que ya no puedo verlo. Hasta que solo quedan las estrellas y el silencio.

Y entonces cierro. Y me apoyo contra la puerta.

El pulso me golpea hasta hacer daño. Las manos me tiemblan. Las piernas apenas me sostienen.

Respira.

Aiden va a estar bien. Va a estar bien.

Es su trabajo. Ha hecho esto mil veces.

Pero nunca antes había sido consciente de que se estaba poniendo en peligro. Nunca antes había estado esperándolo en casa. Nunca antes había tenido tanto que perder.

Voy a la cocina. La cena sigue en la mesa, las velas siguen encendidas, las palabras que Aiden me acaba de decir flotan en el aire como fantasmas.

Te amo.

Quiero que te quedes.

Quiero que adoptemos a Dean juntos.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Porque quiero quedarme. Pero me asusta.

Me asusta lo mucho que quiero esto, lo mucho que necesito esto, lo mucho que me rompería si lo perdiera.

Si perdiera a Aiden.

Apago las velas, recojo los platos, los vacío y los llevo al fregadero.

Y los lavo, mecánicamente, solo para tener algo que hacer con las manos. Algo que me distraiga de pensar en Aiden.

En que está ahí fuera, persiguiendo a hombres armados. En peligro.

Mientras yo estoy aquí, a salvo, sin poder hacer nada.

Termino de limpiar, apago las luces.

Y subo las escaleras.

Entro en la habitación de Aiden para mirar a Dean. Me siento en la cama junto a la cuna.

Y lo miro dormir. Tan tranquilo. Tan ajeno a todo.

—Aiden va a volver —le susurro—. Va a volver. Porque es el hombre más fuerte que conozco. Y porque nos tiene a nosotros esperándolo.

Me quedo ahí. Durante horas. Mirando a Dean. Esperando.

Rezando.

El teléfono suena a las once y media.

Del susto casi me caigo de la cama.

Bajo las escaleras corriendo para cogerlo.

—¿Aiden?

—Annie. Soy Tommy.

El corazón se me para. ¿Por qué me llama él?

—¿Dónde está Aiden?

—Annie...

—¿Dónde está?

—Ha habido un incidente.

Se me cae el alma a los pies porque tengo un mal presentimiento.

—¿Qué tipo de incidente?

—Los asaltantes estaban escondidos en un granero abandonado. Cuando entramos... uno de ellos disparó.

No puedo respirar. No puedo pensar. No puedo procesar lo que acaba de decir.

—¿Le han disparado? ¿A Aiden? —consigo preguntar.

—Sí. En el hombro. Está de camino al hospital ahora mismo en una ambulancia.

Las piernas se me doblan. Me dejo caer en el sofá.

—¿Está... está consciente?

—Sí. Pero ha perdido mucha sangre. Necesitan operarlo. Me ha pedido que te llame.

Se me cierra el estómago. Apenas respiro.

—¿A dónde lo han llevado? ¿A qué hospital?

—Al General de Missoula. Es el más cercano con quirófano.

—Voy para allá.

—Annie, no deberías conducir así.

—Voy para allá.

Cuelgo.

Y me quedo ahí, sentada, con el teléfono en la mano, intentando procesar.

Le han disparado. A Aiden le han disparado.

Está de camino al hospital. Necesitan operarlo.

No. No, no, no.

Esto no puede estar pasando.

Me obligo a levantarme. A moverme.

Cojo el teléfono, marco el número de Maya.

Suena tres veces antes de que conteste.

—¿Annie? ¿Qué pasa?

—Maya... —Se me quiebra la voz—. Han disparado a Aiden.

Silencio.

Y luego:

—¿Qué?

—Estaba... perseguía a unos asaltantes. Y le han disparado. Está de camino al hospital. Necesitan operarlo.

—Dios mío. ¿A qué hospital?

—Al General de Missoula.

—Vamos para allá. Ahora. ¿Dónde estás?

—En casa. Con Dean. Yo... no puedo conducir. No puedo...

—Tranquila. Vamos a recogerte. Llegamos en diez minutos. ¿Vale?

—Vale.

Cuelgo.

Y entonces me muevo.

Como un autómata.

Subo a mi habitación. Cojo una chaqueta, un bolso, el móvil.

Voy a la habitación de Aiden para coger a Dean. Lo cojo de la cuna con cuidado de no despertarlo.

Lo envuelvo en su manta, lo sostengo contra mi pecho.

—Aiden va a estar bien —le susurro—. Tiene que estar bien.

Bajo las escaleras. Cojo la bolsa de pañales. Meto biberones, ropa de repuesto, todo lo que pueda necesitar.

Y espero.

De pie en el recibidor, con Dean en brazos, temblando.

Las luces del coche de Matt iluminan la entrada diez minutos más tarde.

Salgo, cierro la puerta, subo al coche.

Maya está en el asiento trasero. Me hace sitio.

—Dame a Dean —dice.

Se lo paso. Ella lo coloca en la silla que han traído, lo abrocha.

Y Matt arranca.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—No lo sé. Tommy solo me ha dicho que lo han disparado al entrar a un granero. Que Aiden recibió un disparo en el hombro.

—¿Está consciente?

—Eso ha dicho Tommy. Pero... pero ha perdido mucha sangre. Necesitan operarlo.

Maya me coge de la mano. La aprieta.

—Va a estar bien.

—No lo sabes.

—Sí lo sé. Aiden es fuerte. El más fuerte que conozco.

—Pero le han disparado, Maya. Le han disparado.

Se me quiebra la voz. Las lágrimas empiezan a caer. Y no puedo parlarlas.

—Shhh. —Maya me abraza—. Va a estar bien. Te lo prometo.

—No puedes prometerme eso.

—Puedo. Y lo hago. Porque Aiden es un cabezota. Y si hay algo por lo que luchar, va a luchar. Y tú eres su razón para luchar.

La miro.

—¿Qué?

—Annie. Te ama. Cualquiera puede verlo. Y no va a dejarte. No después de todo lo que ha pasado para tenerte de vuelta.

Quiero creerla. Dios. Quiero creerla tanto.

Pero el miedo es más grande.

El miedo de que esto sea demasiado bonito para ser cierto. De que el destino me lo quite justo cuando empezaba a creer que podía tenerlo.

Matt conduce rápido. Muy rápido.

Pero no me importa.

Porque necesito llegar. Necesito ver a Aiden. Necesito saber que está bien.

El viaje se me hace eterno. Cada kilómetro parece durar una hora. Cada minuto se arrastra.

Y yo me quedo ahí, en el asiento trasero, con la mano de Maya en la mía, mirando por la ventana.

Rezando. Rezando como no he rezado en mi vida.

Por favor. Por favor, que esté bien. Por favor, que no lo pierda.

No puedo perderlo.

Llegamos al hospital cuarenta minutos más tarde.

Matt aparca en la entrada de urgencias. Bajamos.

Maya coge a Dean. Todavía dormido, envuelto en su manta.

Y entramos.

El olor a desinfectante me golpea nada más entrar. Las luces fluorescentes. El sonido de máquinas, de voces.

Voy directa a recepción.

—Venimos por Aiden Cooper —digo—. El sheriff de Millbrook. Lo han traído hace una hora. Con un disparo.

La enfermera mira el ordenador.

—Sí. Está en quirófano ahora mismo.

—¿Cómo está?

—No puedo darle esa información. Tendrán que esperar a que salga el médico.

—Pero...

—Lo siento. Tienen que esperar.

Maya me pone la mano en el hombro.

—Ven. Vamos a sentarnos.

Me lleva a la sala de espera. Nos sentamos.

Y entonces no puedo hacer nada más que esperar. Esperar y rezar.

Los minutos pasan. Lentos, interminables.

Maya está a mi lado, hablándome bajito, intentando distraerme a pesar de que es su hermano el que está en medio de una operación. Yo tengo a Dean abrazado contra mi pecho.

Matt está de pie, junto a la ventana, mirando hacia fuera. Inquieto. Aiden es su mejor amigo.

Y yo estoy sentada con el corazón desbocado.

Pensando en Aiden. En que lo amo. En que quiero quedarme. En que necesito que esté bien para poder decírselo.

Por favor. Por favor, déjame decírselo. Déjame tener esa oportunidad.

Pasa una hora. Luego dos.

Y nadie sale. Nadie nos dice nada.

Y el miedo crece.

Se expande, lo llena todo, hasta que es lo único que siento. Hasta que es insoportable.

—¿Por qué tardan tanto? —pregunto.

—Estas cosas llevan tiempo —responde Maya.

—Pero han pasado dos horas.

—Lo sé.

—¿Y si...? ¿Y si algo ha salido mal?

—No ha salido nada mal.

—No lo sabes.

—Annie. —Me mira—. Respira. Aiden va a salir de esa operación. Mi hermano va a estar bien.

Quiero creerla.

Pero el miedo me está ahogando.

Y entonces se abre una puerta.

Un médico sale. Con bata verde, la mascarilla bajada y una expresión cansada.

—¿Familia de Aiden Cooper?

Me levanto tan rápido que casi me mareo. Maya también. Matt se gira desde la ventana.

Los tres nos acercamos al médico.

—Yo soy su hermana —dice Maya—. Ella es Annie. Y él es Matt, su mejor amigo.

El médico nos mira a los tres.

—¿Cómo está? —pregunta Maya.

Y en ese segundo antes de que hable, en ese segundo que parece eterno, solo pienso una cosa.

Por favor. Por favor, que esté bien.

Por favor.

CAPÍTULO 28

ANNIE

—¿Cómo está? —pregunta Maya.

Su voz tiembla. Puedo ver cómo Matt le pone la mano en la espalda. Sosteniéndola.

—La operación ha ido bien —dice el médico.

Se me afloja el pecho. Solo un poco.

—El proyectil entró por el hombro izquierdo. Atravesó músculo, pero no tocó ningún hueso importante, ni arterias. Ha tenido suerte.

—¿Está bien? —pregunto.

Mi voz sale rota. Pequeña.

—Sí. Está estable. Hemos extraído el proyectil, hemos limpiado la herida, le hemos puesto sangre. Va a necesitar fisioterapia y reposo. Pero va a recuperarse del todo.

Las lágrimas me caen por las mejillas.

De alivio esta vez.

Aprieto a Dean contra mi pecho.

Maya solloza. Matt la abraza.

—¿Podemos verlo? —pregunta Matt.

—Está en recuperación ahora. Pero en una hora lo llevaremos a una habitación. Pueden verlo entonces.

—Gracias —dice Maya—. Gracias.

El médico asiente. Y se va.

Y los tres nos quedamos ahí.

De pie en mitad de la sala de espera.

Procesando.

Aiden va a estar bien. Va a estar bien.

—Joder —dice Maya. Y se deja caer en una silla—. Joder.

Matt se sienta a su lado. La abraza.

Y yo me quedo de pie.
Porque si me siento me voy a derrumbar.
Y no puedo. Todavía no.
No hasta que vea a Aiden. No hasta que vea con mis propios ojos
que está bien.

AIDEN

Siento mucho dolor.

Eso es lo primero que registro cuando empiezo a despertar.

Un dolor sordo y constante que me recorre todo el hombro izquierdo, que se extiende por el brazo, que late con cada respiración.

Y hay algo más.

Un sonido. Constante, rítmico.

Bip. Bip. Bip.

¿Qué es eso?

Intento abrir los ojos. Pero me pesan. Como si llevaran plomo.

Lo intento otra vez. Con más esfuerzo.

Consigo abrirlos. Solo una rendija.

La luz me ciega. Blanca. Brillante. Demasiado brillante.

Parpadeo. Una vez. Dos.

Hasta que todo empieza a enfocarse. Techo blanco. Paredes blancas. Ese olor.

Ese olor a desinfectante y a algo químico que solo tienen los hospitales.

Hospital.

Estoy en un hospital.

¿Por qué?

Intento moverme. Incorporarme.

Y el dolor explota.

Agudo, punzante, atravesándome el hombro como un cuchillo.

—Joder.

La palabra me sale como un gruñido.

Y de pronto lo recuerdo todo.

El granero. Los asaltantes. Entrando con Tommy. La oscuridad. Y luego el disparo.

El impacto en mi hombro que me tiró al suelo.
Tommy gritando mi nombre.
Sus manos presionando la herida, intentando detener la sangre.
Las luces de la ambulancia. Las sirenas.
Y luego... nada.
Mierda.
Me dispararon.
Bajo la vista. Tengo el hombro vendado con gruesas capas de gasa blanca. Y hay tubos, conectados a mi brazo, a una máquina que hace ese sonido.
Bip. Bip. Bip.
Mi corazón.
Intento incorporarme otra vez. Con más cuidado esta vez.
Y es entonces cuando la veo.
Annie.
Sentada en una silla junto a mi cama. Con la cabeza apoyada en el borde del colchón. Dormida.
Tiene el pelo revuelto, mechones pelirrojos cayéndole por la cara, ojeras profundas bajo los ojos, la ropa arrugada.
Y tiene mi mano entre las suyas.
Sosteniéndome, aferrándose a mí.
Como si tuviera miedo de soltarme.
Se me rompe el pecho.
Porque Annie está aquí. Ha estado aquí, esperando.
—Annie —digo.
Mi voz sale rasposa, rota. Apenas la reconozco.
Annie se sobresalta, levanta la cabeza tan rápido que casi se cae de la silla. Me mira.
Y los ojos se le llenan de lágrimas al instante.
—Aiden.
—Hola.
—Estás despierto. Oh, Dios. Estás despierto.
Se levanta, se inclina sobre mí, me toca la cara con manos que tiemblan.
Como si necesitara tocarme para creer que soy real. Que estoy aquí.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—Como si me hubieran disparado —bromeo.

Intenta sonreír. Pero no funciona. Porque las lágrimas siguen cayendo.

—No tiene gracia.

—Un poco sí.

—Aiden.

—Estoy bien, Annie. Estoy aquí.

—Lo sé. Lo sé. Pero, he pasado tanto miedo —Cierra los ojos. Respira hondo—. Cuando Tommy me llamó. Cuando me dijo que te habían disparado. Yo... yo pensé...

No termina la frase.

Pero no hace falta.

Porque puedo ver en su cara lo que pensó.

Que me había perdido.

—Annie.

—He estado tres horas esperando. Tres horas sin saber si ibas a estar bien. Si la operación iba a salir bien. Si ibas a... —Se le quiebra la voz—. He estado tres horas pensando que no iba a poder decirte...

—¿Decirme qué?

Abre los ojos. Me mira.

Y hay tanto en esa mirada. Tanto miedo. Tanto amor.

—Que te amo.

El corazón se me para. En seco.

—¿Qué?

—Te amo, Aiden. Te amo tanto que me duele. —Las lágrimas le caen más rápido—. Siempre te he amado. Desde que tenía quince años y no sabía ni lo que era el amor de verdad. Desde la noche que me dijiste que te gustaba y me rompiste el corazón porque no era suficiente. Desde cada maldito día de estos diez años en los que intenté olvidarte y no pude.

No puedo hablar. No puedo respirar.

Solo puedo mirarla mientras me dice esto. Mientras me entrega su corazón después de diez años.

—Y quiero quedarme —continúa—. Quiero quedarme aquí. Contigo. Con Dean. Quiero adoptar a Dean contigo. Quiero formar una familia. Quiero todo lo que me estabas ofreciendo antes de que tuvieras que irte.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Joder, Annie.

—Quiero despertarme en tu cama todas las mañanas. Quiero desayunar contigo. Quiero cuidar de Dean contigo. Quiero una vida contigo. Una vida de verdad. No pasajera. No mientras dure el caso. Para siempre.

Las lágrimas me caen por las sienes.

Porque esto. Esto es lo que llevo diez años esperando oír.

—Pero tienes que prometerme algo —dice.

—Lo que sea.

—Prométeme que no vas a volver a darme un susto así. —Su voz se rompe—. No puedo... no puedo volver a pasar por esto. No puedo estar tres horas sin saber si vas a morir. No puedo perderte, Aiden. No ahora que por fin te tengo.

Alargo la mano. Le limpio las lágrimas con el pulgar.

—No vas a perderme.

—No lo sabes.

—Sí lo sé. Porque ahora tengo demasiado por lo que vivir. Te tengo a ti. Y a Dean. Y no voy a arriesgar eso. No voy a arriesgaros.

—Pero tu trabajo...

—Voy a tener más cuidado. Te lo prometo. Voy a hacer todo lo posible por volver a casa cada noche. Porque mi casa eres tú. Y Dean. Y no quiero estar en ningún otro sitio.

Annie solloza.

—Te amo —dice—. Te amo tanto.

—Yo también te amo. Joder, Annie. Llevo amándote toda mi vida.

Se inclina, me besa.

Suave, con cuidado de no hacerme daño.

Y ese beso sabe a lágrimas y a promesas y a futuro.

Cuando se aparta, me mira.

—¿De verdad quieres que me quede?

—Es lo único que he querido desde el día que volviste.

—¿Y Dean?

—Vamos a adoptarlo. Juntos. Como debe ser.

—¿Y si aparecen sus padres?

—No van a aparecer. Y si lo hacen, lucharemos. Pero Dean es nuestro, Annie. En todo lo que importa, es nuestro hijo.

Sonríe. Esa sonrisa que hace que todo valga la pena.

—Nuestro hijo.

—Sí.

—Me gusta cómo suena eso.

—A mí también.

Nos quedamos ahí. Mirándonos. Con las manos entrelazadas.

Y por primera vez en diez años, me siento completo.

Porque Annie me ama. Porque va a quedarse. Porque vamos a ser una familia.

Los tres. Para siempre.

—¿Dónde está Dean? —pregunto.

—Con Maya y Matt. En la sala de espera. No los dejan pasar todavía. Solo a una persona.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí?

—Desde que llegamos. Hace cinco horas.

—Joder.

—No podían irse. Es tu hermana. Y tu mejor amigo. Querían asegurarse de que estabas bien.

La garganta se me cierra.

—¿Puedes decirles que estoy bien? Que ya me he despertado.

—Claro. Ahora vuelvo.

Se levanta. Pero yo no suelto su mano.

—Annie.

—¿Sí?

—Gracias. Por estar aquí. Por esperarme. Por todo.

—No tienes que darme las gracias. No hay ningún otro sitio en el que quisiera estar.

Me besa otra vez.

Y luego sale de la habitación.

Dejándome solo.

Con el corazón tan lleno que casi no cabe en el pecho.

Porque Annie me ama. Y va a quedarse. Y vamos a adoptar a Dean juntos. Y vamos a ser una familia.

Y todo ha valido la pena. Cada año de espera. Cada día de arrepentimiento. Cada noche en vela. Todo.

Porque ahora la tengo. Y esta vez no voy a dejarla ir.

Nunca.

CAPÍTULO 29

ANNIE

Aiden sale del hospital tres días después.

Con el brazo en cabestrillo, con órdenes estrictas de reposo, con una lista de medicamentos que tengo que asegurarme de que tome.

Y con una expresión de alivio cuando salimos de ese edificio.

—Odio los hospitales —dice mientras subimos al coche.

—Lo sé.

—El olor. Las luces. Todo.

—Lo sé.

—Y la comida es horrible.

—También lo sé.

Me mira. Y sonrío.

Esa sonrisa que me derrite el corazón.

—Gracias por sacarme de ahí.

—No tienes que darme las gracias. Es lo que hace la gente que se ama.

Su expresión se suaviza.

—Todavía no me acostumbro.

—¿A qué?

—A oírte decir eso. Que me amas.

—Pues acostúmbrate. Porque voy a decirlo mucho.

Se inclina, me besa. Suave, rápido.

—Vamos a casa.

Los primeros días son difíciles.

Aiden odia estar quieto. Odia no poder hacer cosas. Odia tener que pedirme ayuda para todo: para vestirse, para ducharse, para

cosas tan simples como atarse los zapatos.

Y lo pone de un humor horrible.

—No necesito ayuda —dice la tercera mañana cuando intento ayudarlo con la camisa.

—Aiden. Tienes un brazo en cabestrillo.

—Puedo hacerlo con uno.

—Claro. Y por eso llevas diez minutos intentándolo.

—Annie...

—Deja que te ayude.

—No quiero que me ayudes. Quiero poder hacer las cosas yo solo.

Lo miro. Y veo la frustración en su cara. La impotencia.

Y se me ablanda el pecho.

—Lo sé. Pero ahora mismo no puedes. Y no pasa nada. Déjame cuidar de ti.

—No me gusta ser una carga. Prefiero cuidarte yo a ti.

—Ya lo veo. Pero vas a tener que aguantarte. Y no eres una carga para mí.

Gruñe. Pero deja que le ayude.

Le pongo la camisa. Le abrocho los botones. Uno a uno.

Y cuando termino, cuando levanto la vista, me está mirando. Con una expresión de amor que me acelera el corazón.

—Gracias —dice.

—De nada.

—Annie.

—¿Sí?

—Te amo.

Se me hincha el corazón.

—Yo también te amo.

Pasa una semana. Una semana en la que Aiden mejora poco a poco. En la que recupera movilidad. En la que el dolor va disminuyendo.

Una semana en la que cuidamos de Dean juntos. En la que vivimos esta vida que hemos construido.

Una semana en la que soy feliz del todo.

Y me doy cuenta de algo.
Estoy de pie en el baño. Mirándome en el espejo.
Y hay algo diferente en mí.
Los pechos los tengo más sensibles, más hinchados. Me duelen cuando me toco.
Y tengo náuseas. Desde hace tres días, sobre todo por las mañanas.
Y mi regla...
¿Cuándo fue mi última regla?
Intento recordarlo.
Hace... hace más de un mes. Más de cinco semanas.
El corazón se me acelera.
No puede ser. ¿O sí?
Pienso en todas las noches con Aiden. En cómo me ha hecho el amor sin protección. En cómo me ha llenado una y otra vez. En cómo me dijo que quería dejarme embarazada.
Y yo le dejé.
Dios mío.
Podría estar embarazada. Podría estar llevando al hijo de Aiden dentro de mí.
Y la idea... La idea no me asusta. Me emociona.
Me llena de una calidez que se me extiende por el pecho.
Porque quiero esto.
Quiero tener un bebé con Aiden. Quiero formar esa familia que los dos hemos soñado.
Lo quiero todo.
Pero necesito estar segura antes de decirle nada.
Salgo del baño. Bajo las escaleras con cuidado.
Aiden está en el salón. Preparando a Dean para el baño.
—Voy a bañarlo —dice cuando me ve—. ¿Quieres ayudarme?
—No. Ve tú. Yo... tengo que hacer una llamada.
—¿Estás bien?
—Sí. Estoy bien.
Me mira. Con esa expresión que dice que sabe que me pasa algo.
Pero no insiste.
—Vale. Estaremos arriba.

Coge a Dean. Sube las escaleras.
Y en cuanto oigo el agua correr en el baño, me muevo.
Cojo las llaves, salgo de casa, subo al coche.
Y conduzco a la farmacia. Rápido.
Porque no tengo mucho tiempo antes de que Aiden termine de
bañar a Dean y se pregunte dónde estoy.
La señora Perkins está detrás del mostrador cuando entro.
—Annie. Has venido dos veces en una semana. ¿Todo bien?
—Sí. Necesito... necesito un test de embarazo.
Se le ilumina toda la cara.
—Oh, cariño. Oh, qué maravilla.
—No sé todavía... Solo quiero asegurarme.
—Por supuesto. —Va a la estantería. Vuelve con una caja—. Este
es el mejor. Muy fiable.
—Gracias.
—¿Quieres que lo ponga en una bolsa?
—Sí. Por favor.
Lo hace. Me lo pasa con una sonrisa enorme.
—Mucha suerte, cariño. Aunque algo me dice que no la vas a
necesitar.
Pago. Salgo casi corriendo.
Conduzco de vuelta a casa más rápido de lo que debería. Aparco.
Entro.
Oigo a Aiden arriba. Todavía con Dean. Hablándole con esa voz
suave que usa cuando lo baña.
Subo las escaleras, de puntillas, como una ladrona en mi propia
casa.
Entro en el baño, cierro con llave.
Saco el test, leo las instrucciones, aunque ya sé cómo funcionan.
Tres minutos.
Lo hago. Rápido. Y lo dejo sobre la encimera.
Y espero.
Me siento en el borde de la bañera. Con las manos apretadas
entre las rodillas.
Mirando ese test.
El corazón me late tan fuerte que lo oigo en los oídos.

Por favor. Por favor, que sea positivo. Por favor.

Porque lo quiero.

Quiero estar embarazada. Quiero llevar al hijo de Aiden dentro de mí. Quiero darle esa familia que tanto desea.

Quiero todo.

Los tres minutos son una eternidad. Cada segundo se arrastra.

Hasta que finalmente suena la alarma del móvil.

Me levanto. Con las piernas temblando.

Me acerco a la encimera.

Cojo el test.

Y miro.

Dos líneas. Dos líneas rosas. Claras. Perfectas.

Es positivo.

Estoy embarazada.

Las lágrimas empiezan a caer. Pero esta vez son de pura felicidad.

Porque voy a tener un bebé. El bebé de Aiden.

Vamos a ser una familia de verdad. Los cuatro.

Me llevo la mano al estómago. Todavía plano. Sin señales de lo que está creciendo dentro.

Pero está ahí. Nuestro bebé está ahí.

—Hola, pequeño —susurro—. Eres muy esperado. Muy querido. Tu papá va a volverse loco cuando se entere de que existes.

Me limpio las lágrimas. Respiro hondo.

Y me muevo.

Guardo el test en la caja. Voy a mi habitación. Busco papel de regalo en el armario.

Lo envuelvo, con cuidado. Como si fuera el regalo más precioso del mundo.

Que lo es.

Bajo las escaleras.

Aiden está en el salón ahora. Con Dean ya bañado y en pijama. Dándole el biberón.

Levanta la vista cuando entro.

—¿Dónde estabas? Te he llamado, pero no has respondido.

—Estaba... ocupada.

—¿Con qué?

—Con esto.

Le enseño el paquete.

Me mira. Mira el paquete.

Con una expresión confundida.

—¿Qué es?

—Cuanto termines de darle el biberón a Dean lo descubrirás.

—Annie, ¿qué...?

—Por favor. Solo hazme caso.

Aprieta los labios como si no estuviese de acuerdo, pero me hace caso. Cuando termina de alimentar a Dean, lo hace eructar, deja el biberón en la mesa, con cuidado. Y luego coloca a Dean en su hamaca.

Coge el paquete. Lo mira, lo gira entre las manos.

—¿Es mi cumpleaños y no me he enterado? —bromea.

—Aiden. Abre el maldito paquete.

Sonríe. Pero empieza a abrirlo.

Despacio, quitando el papel, abriendo la caja.

Y entonces se queda quieto. Completamente quieto.

Mirando lo que hay dentro.

El test de embarazo.

Con esas dos líneas rosas inconfundibles.

El silencio se extiende.

Un segundo. Dos. Tres.

Y yo empiezo a ponerme nerviosa.

—¿Aiden?

No responde.

Solo mira el test. Sin moverse. Sin respirar.

—Aiden, di algo.

Levanta la vista.

Y tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Esto es...? —Su voz se quiebra—. ¿Estás...?

—Embarazada. Sí.

Deja caer la caja. Y cruza la distancia entre nosotros en dos zancadas.

Me levanta del suelo, me da vueltas, riendo y llorando a la vez.

—¡Estás embarazada! ¡Joder! ¡Estás embarazada!

—Aiden. Cuidado con el hombro.

—Me importa una mierda el hombro. —Me baja. Me sostiene la cara entre las manos—. Vas a tener un bebé.

—Vamos a tener un bebé.

—Vamos a tener un bebé. —Lo repite como si necesitara decirlo en voz alta para creerlo—. Nuestro bebé.

—Sí.

Y lo veo.

Veo el momento exacto en el que se da cuenta de lo que esto significa. De que vamos a ser padres. De que vamos a tener un hijo biológico además de a Dean. De que nuestra familia está creciendo.

—Annie. —Su voz tiembla—. No te puedes ni imaginar lo feliz que me haces.

—Creo que me hago una idea.

—No. No te haces ni una idea. Llevo semanas rezando para que esto pasara. Para que mi semilla prendiera. Para que te quedaras embarazada.

Se me corta la respiración.

—¿En serio?

—En serio. Cada noche que me hundía en ti sin protección. Cada vez que me corría dentro de ti. Estaba rezando para que fuera esa vez. Para dejarte embarazada.

—Aiden.

—Y ahora está pasando. De verdad. Vas a tener a mi bebé. —Baja la mano a mi estómago. Me roza con los dedos—. Aquí. Ahora mismo. Nuestro hijo está creciendo aquí.

Pone la mano plana sobre mi vientre. Con tanto cuidado. Con tanta reverencia.

Como si ya lo sintiera.

—Hola, pequeño —susurra—. Soy tu papá. Y te quiero tanto. Tanto. No puedes ni imaginártelo.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Porque esto.

Ver a Aiden así. Hablándole a nuestro bebé. Con esa ternura absoluta.

Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—¿Cuándo lo has sabido? —pregunta.

—Esta tarde. Me he dado cuenta de los síntomas. Y he ido a la farmacia mientras tú estabas bañando a Dean.

—¿Y no me has dicho nada?

—Quería estar segura primero. Y quería que fuera especial. Cuando te lo dijera.

Me mira. Con los ojos brillantes.

—Ha sido perfecto. Absolutamente perfecto.

Me besa. Suave. Dulce.

Y cuando nos separamos, apoya su frente contra la mía.

—Vamos a tener dos hijos —dice—. Dean y este bebé.

—Sí.

—Y vamos a llenar esta casa. De amor, de risas, de todo.

—Aiden.

—Quiero más, Annie. Quiero llenarte de bebés. Quiero verte embarazada una y otra vez. Quiero darte la familia enorme que siempre has querido.

—¿Cómo sabes que quiero una familia enorme?

—Porque te conozco. Porque sé que de pequeña soñabas con tener muchos hermanos, muchos hijos, una casa llena de ruido y de vida.

Tiene toda la razón.

—Quiero darte eso —continúa—. Quiero darte todo lo que siempre has soñado. Todo lo que mereces.

—Ya me lo estás dando.

—¿Sí?

—Sí. Esto. Tú. Dean. Este bebé. Es todo lo que he querido siempre.

Me besa otra vez. Más profundo esta vez, más desesperado. Como si no pudiera tener suficiente de mí.

—Te amo —dice contra mis labios—. Te amo tanto que no me cabe en el pecho.

—Yo también te amo.

—Y voy a cuidar de ti. Durante todo el embarazo. Voy a estar ahí para cada náusea, para cada antojo, para cada momento.

Me mira con adoración.

—Voy a ir a cada cita médica. Voy a sostener tu mano. Voy a darte masajes cuando te duela la espalda. Voy a hacer todo lo que necesites.

—Ya lo sé.

—Y cuando nazca el bebé... —Se le quiebra la voz—. Cuando nazca voy a estar ahí. Voy a ser el primero en sostenerlo. Voy a cortarle el cordón. Voy a hacer todo lo que un padre debe hacer.

Las lágrimas me caen por las mejillas.

—Vas a ser un padre increíble.

—Voy a intentarlo. Con todas mis fuerzas.

—No tienes que intentarlo. Ya lo eres. Con Dean.

—Dean ha sido fácil. Ya está aquí. Ya sé cómo es. Pero este... —Vuelve a poner la mano en mi estómago—. Este bebé es nuestro desde el principio. Y eso me aterra y me emociona a partes iguales.

—A mí también.

Nos quedamos ahí, con su mano en mi vientre, con nuestras frentes juntas.

Y por primera vez desde que descubrí que estaba embarazada, me permito ser feliz del todo.

Sin miedo, sin dudas.

Solo felicidad.

Porque voy a tener un bebé con el hombre que amo. Porque vamos a ser una familia de verdad.

Los cuatro.

Y no puedo esperar a que empiece el resto de nuestra vida.

CAPÍTULO 30

ANNIE

Aiden lleva tres semanas sin dejarme subir al altillo. Tres semanas enteras.

Y cada vez que le pregunto qué está haciendo ahí arriba, me dice lo mismo.

—Es una sorpresa.

—¿Qué tipo de sorpresa?

—Del tipo que no te voy a contar hasta que esté lista.

Y luego me besa, me distrae. Y consigo olvidarme del altillo durante unas horas.

Pero la curiosidad me come viva.

Porque Aiden desaparece ahí arriba durante horas. Sube y baja cargando cosas, hace ruidos. Matt ha venido varias veces a ayudarlo.

Y no me deja subir. Ni una sola vez.

Es sábado por la tarde cuando finalmente me lo dice.

Estamos en el salón. Yo con Dean en brazos, Aiden de pie frente a mí, con esa expresión nerviosa que tiene cuando está a punto de hacer algo importante.

—Necesito que vengas conmigo —dice.

—¿A dónde?

—Arriba. Al altillo.

Se me acelera el corazón.

—¿Ya está lista la sorpresa?

—Sí.

—Por fin. Llevo semanas muriéndome de curiosidad.

Sonríe.

—Lo sé. Vamos. Los tres.
Aiden coge a Dean de mis brazos y subimos las escaleras.
El corazón me late más rápido con cada escalón.
Llegamos al pasillo de arriba. Aiden se detiene frente a la puerta del altillo.

—Cierra los ojos —dice.

—¿Por qué?

—Porque quiero que sea una sorpresa de verdad.

—Vale.

Cierro los ojos, sonriendo.

Siento su mano en mi espalda, guiándome.

—Cuidado con el escalón.

Subo despacio. Contando los escalones.

—Ya está —dice Aiden—. Espera un momento.

Oigo cómo se mueve.

—Vale. Ahora sí. Abre los ojos.

Los abro. Y se me para el corazón.

Porque el altillo se ha transformado en una biblioteca.

Mi biblioteca.

Hay estanterías por todas las paredes. De madera clara. Vacías, pero esperando. Esperando mis libros.

Hay un sillón enorme de cuero color caramelo, con una manta gruesa, con cojines mullidos.

Una lámpara de pie, una mesita auxiliar, una ventana con vistas a las montañas.

Y una alfombra suave en el centro con una hamaca de bebé.

Es perfecto. Más que perfecto.

Me llevo las manos a la boca.

—Dios mío, Aiden.

Las lágrimas caen.

—Sé cuánto te gusta leer —dice—. Y quería que tuvieras un espacio tuyo, donde puedas estar tranquila, donde puedas colocar todos tus libros.

Me giro hacia él.

—Es lo más bonito que nadie ha hecho por mí nunca.

Se le ilumina la cara.

—¿De verdad te gusta?
—Me encanta. Es perfecto. Más que perfecto.
—Matt me ayudó con las estanterías. Maya eligió el sillón.
—Gracias. Gracias por esto.
—No tienes que darme las gracias. Quiero que esta sea tu casa de verdad.
—Ya lo es.
Su expresión se suaviza.
Coloca a Dean en la hamaca que ha comprado para este espacio.
Y se arrodilla.
Saca una cajita de terciopelo negro del bolsillo.
El corazón se me dispara.
—Madre mía.
—Annie Calloway. —Su voz tiembla—. Llevo diez años arrepintiéndome de no haber luchado por ti cuando te alejaste de mí. Y no voy a cometer el mismo error dos veces.
Abre la caja.
Y dentro hay un anillo de oro blanco, con un diamante en el centro.
Perfecto.
—Cásate conmigo —dice—. Cásate conmigo y déjame pasar el resto de mi vida amándote. Déjame criar a nuestros hijos contigo. Déjame envejecer a tu lado.
Las lágrimas me caen por las mejillas.
—Sé que es pronto —continúa—. Pero no quiero esperar más. No quiero desperdiciar ni un día más sin que seas oficialmente mía.
Me sostiene la mirada.
—Di que sí, Annie. Por favor.
—Sí —susurro—. Sí, me caso contigo.
Se levanta, me abraza, me levanta del suelo.
—¿En serio?
—En serio.
Me besa. Con desesperación. Con amor.
Y cuando nos separamos, me coge la mano. Saca el anillo. Y me lo pone.
Espacio. Con reverencia.

Me queda perfecto.

—Jamás me imaginé que pudiera ser tan feliz —susurro.

—¿No?

—No. Hace meses pensaba que iba a pasarme la vida sola. Y ahora lo tengo todo.

Me abraza.

—Y yo. Lo tengo todo.

Nos quedamos ahí, abrazados, en mi biblioteca.

Con Dean durmiendo. Con el anillo brillando en mi dedo.

Completamente felices. Completamente enamorados.

Completamente en casa.

EPÍLOGO

ANNIE

Cinco meses después

Estoy frente al espejo de mi habitación.

La habitación que comparto con Aiden desde hace meses. La que ya no es «la habitación de Aiden» sino «nuestra habitación».

Me aliso el vestido azul claro por enésima vez. Intentando que se vea bien sobre mi barriga.

Porque la barriga está ahí.

Redonda, perfecta, imposible de ocultar.

Estoy embarazada de casi seis meses.

Y nuestra hija se mueve sin parar. Como si supiera que hoy es un día especial.

Me pongo la mano en el vientre. Como hago cien veces al día.

Y ella responde. Con una patadita suave contra mi palma.

—Hola, pequeña —susurro—. Hoy es el día. Hoy tu hermano se convierte oficialmente en parte de nuestra familia.

Otra patadita. Más fuerte esta vez.

Sonrío.

—Ya lo sé. Tú también estás emocionada.

—¿Con quién hablas?

Me giro.

Aiden está en la puerta, con Dean en brazos. Los dos vestidos con traje, Dean con uno diminuto que Maya le regaló especialmente para hoy.

Y están tan guapos que se me corta la respiración.

—Con nuestra hija —respondo—. Le cuento lo importante que es hoy.

Aiden sonrío. Esa sonrisa que me derrite el corazón cada vez.

Cruza la habitación, se coloca frente a mí.

—Estás preciosa.

—Estoy enorme.

—Estás preciosa. Y embarazada. Y mía. Y perfecta.

Se me calienta la cara.

—Eres un adulator.

—Soy honesto.

Se inclina. Me besa. Suave.

Y Dean hace un ruidito. Como protestando por estar atrapado entre nosotros.

Nos separamos. Riendo.

—Alguien está celoso —digo.

—Pues que se acostumbre —bromea Aiden—. Porque pienso besar a su mamá mucho. Muchísimo.

—Mamá.

La palabra todavía me hace temblar de felicidad.

Porque hoy Dean va a ser oficialmente nuestro hijo.

Y yo voy a ser oficialmente su madre.

Y no puedo estar más agradecida de que sus padres biológicos no hayan aparecido.

—¿Estás lista? —pregunta Aiden.

—Más que lista.

—Entonces vamos. Maya y Matt ya deben de estarnos esperando.

Bajamos las escaleras, salimos de casa.

Y durante todo el camino al juzgado, con Aiden conduciendo y Dean haciendo ruiditos en su silla trasera, solo puedo pensar en lo mucho que ha cambiado mi vida.

Hace seis meses estaba sola en Missoula. Convencida de que iba a pasarme la vida así. Sola, sin familia propia, sin hijos, sin el amor que siempre había querido.

Y ahora...

Ahora lo tengo todo.

Llegamos al juzgado quince minutos más tarde.

Maya y Matt ya están ahí. Esperándonos en la entrada.

Maya con su pequeña en brazos. La niña tiene tres meses, los ojos azules enormes. Y está despierta, lo mira todo con curiosidad.

—¡Por fin! —dice Maya cuando nos ve—. Pensaba que no llegabais.

—Alguien ha necesitado un cambio de pañal de última hora —explica Aiden.

—Claro. Siempre pasa. —Maya me abraza—. Estás radiante.

—Gracias. Tú también.

—Mentirosa. Pero te quiero igual.

Matt se acerca. Le da un abrazo a Aiden. Cuidadoso con Dean entre ellos.

—Hoy es el día, hermano.

—Sí.

—¿Nervioso?

—Aterrado.

—Va a salir bien.

—Lo sé. Pero no puedo evitarlo.

Matt sonríe.

—Es normal.

Entramos juntos. Los cuatro adultos. Dos bebés.

Ellen y Robert ya están dentro. Sentados en las sillas de la primera fila.

Ellen se levanta cuando nos ve. Viene directa hacia mí.

Y me abraza. Fuerte. Como solo las madres saben abrazar.

—Hoy es un gran día —dice.

—Sí.

—Estoy tan orgullosa de vosotros. De los dos.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Gracias, Ellen.

—No me des las gracias. Solo sed felices. Los cuatro.

—Lo seremos.

Robert se acerca también. Me abraza. Y luego abraza a Aiden.

—Enhorabuena, hijo.

—Gracias, tío.

El juez entra. Un hombre mayor de pelo gris y expresión amable.

—Buenos días. ¿Familia Cooper?

—Sí —responde Aiden.

—Perfecto. Pasad.

Entramos en su despacho. Es pequeño, con un escritorio grande, estanterías llenas de libros legales, una ventana con vistas al aparcamiento.

Nos sentamos. Aiden y yo. Con Dean en el regazo de Aiden.

Los demás se quedan de pie. Detrás. Como testigos.

El juez coge una carpeta. La abre.

—Bien. Estamos aquí para formalizar la adopción de Dean Cooper por parte de Aiden Cooper y Annie Cooper. ¿Correcto?

—Sí —decimos los dos.

—He revisado toda la documentación: las evaluaciones, los informes de seguimiento. Y todo está perfecto. Así que solo necesito que firméis aquí.

Pasa los papeles hacia nosotros.

Aiden me mira.

—¿Tú primero?

—Juntos.

Sonríe.

Cogemos los bolígrafos. Los dos a la vez.

Y firmamos.

Mi mano tiembla tanto que apenas reconozco mi propia letra.

Pero lo hago.

Firmo.

Annie Cooper.

Y junto a mi nombre, Aiden firma el suyo.

Aiden Cooper.

El juez coge los papeles. Los revisa. Asiente.

Y sonríe.

—Enhorabuena. Dean es oficialmente vuestro hijo.

Y el mundo explota.

Ellen llora. Robert también. Maya solloza. Matt tiene los ojos húmedos.

Y yo no puedo parar de llorar.

Aiden me pasa a Dean. Lo cojo, lo acurruco contra mi pecho.

—Eres nuestro —le susurro—. Oficialmente nuestro.

Dean me mira. Con esos ojos azules. Y sonríe.

Como si supiera justo lo importante que es este momento.

Aiden nos abraza a los dos. A Dean y a mí.
—Nuestra familia —dice—. Oficialmente.
—Nuestra familia.
Ellen se acerca. Nos abraza a los tres.
—Bienvenido a la familia, Dean Cooper.
Y esas palabras tan simples me hacen llorar más fuerte.
Porque Dean tiene un apellido ahora. Tiene una familia. Tiene
padres que lo aman, que lo eligieron.
Tiene todo lo que un niño merece tener.
Salimos del juzgado media hora más tarde.
Cuando hemos firmado todo. Cuando hemos sacado fotos.
Cuando hemos llorado y reído y celebrado.
El sol brilla. Hace calor. Ese calor perfecto de Montana.
Aiden coloca a Dean en su silla del coche, lo abrocha, le da un
beso en la frente.
—Ya eres oficialmente un Cooper, pequeño. Para siempre.
Dean le agarra el dedo. Fuerte.
Y Aiden se derrite.
Del todo.
Subo al coche. Aiden se sienta a mi lado. Arranca.
Y mientras conducimos de vuelta a casa, con Dean en su silla y la
mano en el vientre donde nuestra hija crece, me permito ser feliz del
todo.
Porque esto es real. Tengo una familia. Estoy casada con el
hombre que amo. Vamos a criar a nuestros hijos juntos.
Y hace meses, cuando llegué a Millbrook pensando que estaría
tres días y me iría, jamás imaginé que encontraría esto.
Este amor. Esta familia. Este hogar.
Pero aquí estoy. Con el anillo de Aiden en mi dedo. Con su bebé
creciendo dentro de mí. Con Dean siendo oficialmente nuestro.
Feliz. Enamorada. En casa.

¡EXTRA! UN PEQUEÑO VISTAZO A SUNSET VALLEY

«RECUERDO SALVAJE»

SEGUNDA OPORTUNIDAD + HIJA SECRETA + SMALL TOWN

Él es el sheriff del pueblo

Ella es la mujer que lleva siete años evitándole

Y la niña que acaba de traer de vuelta... es de ambos

PRÓLOGO

LAUREN

El chirrido metálico de la persiana al bajar resuena como una sentencia final. Mis dedos se crispan alrededor del frío metal mientras el peso de la realidad me aplasta tanto como este trozo de acero oxidado que desciende por última vez. El letrero de «Vintage & Brew» queda oculto, y con él, todo lo que Iris y yo hemos construido en los últimos dos años.

—Bueno, ahí va nuestro sueño —murmuro, intentando sonar desenfadada mientras el olor a café tostado, vainilla y mantequilla caramelizada nos envuelve como un abrazo de despedida.

Iris suspira a mi lado, pero cuando la miro de reojo, está sonriendo. De alguna manera, siempre sonrío, incluso cuando acabamos de perder hasta el último dólar de nuestros ahorros.

—Al menos nadie puede quitarnos las cinco estrellas en la reseña del Seattle Times —dice, agitando las manos como si presentara un titular imaginario—. «El mejor café artesanal que jamás probaré. Lástima que estén en quiebra».

No puedo evitarlo; una carcajada se me escapa, áspera pero sincera. Esta es Iris, mi salvavidas, la mujer que ha estado conmigo en cada paso del desastre que ha sido mi vida adulta. La que, sin tener ninguna obligación, decidió criar a Luna conmigo cuando apenas nos conocíamos.

—¿Qué haría yo sin ti? —le pregunto mientras giro la llave en la cerradura por última vez.

—Probablemente tener un trabajo aburrido en alguna oficina con fotocopidora y cafetera automática —contesta ella, enganchando su brazo con el mío mientras comenzamos a caminar calle abajo—. Nada de bancarrotas glamurosas.

El aire húmedo de Seattle me pega el pelo a la cara. Debería sentirse como un hogar, esta ciudad donde nací, donde viví con mis padres. Pero nunca ha dejado de sentirse como un exilio autoimpuesto. A pesar de que siempre creí que lo que quería era regresar.

—Aún nos queda una hora antes de tener que ir a recoger a Luna —dice Iris, consultando su reloj con pulsera de cuentas—. Tiempo suficiente para un café de consolación. Uno que no hayamos tenido que preparar nosotras, para variar.

Asiento, agradecida por la distracción. Pensar en Luna siempre me centra, me recuerda que por muy mal que estén las cosas, tengo a la persona más importante del mundo esperándome. Mi pequeña de seis años, ajena al desastre financiero que sufrimos, probablemente dibujando unicornios con su característica concentración, inclinando la cabeza exactamente como lo hacía... él.

El pensamiento viene sin avisar, como un golpe bajo.

Aunque tampoco es como si su recuerdo se hubiese desvanecido nunca.

Nos dejamos caer en los asientos de plástico de una cafetería cualquiera, de esas franquicias impersonales contra las que intentábamos competir. La ironía no se me escapa.

—Vale, vamos a hablar del elefante en la habitación —dice Iris después de que nos sirvan un par de lattes que saben a agua sucia comparados con los nuestros—. Opciones. ¿Cuáles tenemos?

—¿De verdad quieres que las enumere? —Soplo sobre mi café—. Porque es una lista muy corta. Tan corta que es inexistente.

—Sabes que hay una opción —dice Iris con cautela, como quien intenta acariciar a un gato arisco—. Una que lleva años esperándonos.

Mi estómago se contrae.

—No empieces.

—Lauren...

—No puedo volver a Sunset Valley —digo automáticamente, mientras un escalofrío recorre mi columna—. No puedo arriesgarme a que Cole vea a Luna y se dé cuenta de quién es. Y no puedo... —trago saliva—. No puedo volver a verle.

Iris me observa con esos ojos que parecen leerme el pensamiento. Después de siete años criando juntas a Luna, conoce mis secretos mejor que yo misma.

—¿Qué alternativa tenemos? —pregunta con suavidad—. El alquiler del apartamento vence en dos semanas. Pronto empezarán a llamar por las deudas de la cafetería. Y Luna necesita estabilidad.

Mi preciosa niña.

Luna. Su existencia siempre actúa como un ancla en medio de la tormenta.

—Lo sé —admito, pasándome una mano por el pelo—. Pero volver allí... volver a ver a Cole...

—Igual está casado y no te dice nada —sugiere Iris—. Podría tener tres hijos y una esposa perfecta a estas alturas.

«Con Luna serían cuatro hijos». La corrijo mentalmente.

La idea me golpea con una punzada de dolor que me sorprende por su intensidad. Después de siete años, debería darme igual. No debería dolerme imaginarle formando una familia con otra.

Pero me duele. Como el infierno.

—O mejor aún —continúa Iris, que obviamente ha notado mi reacción—. Podría haberse quedado calvo. O haber desarrollado una adicción a los jerséis de rombos.

Una risa involuntaria burbujea en mi garganta.

—Cole Wellington con jersey de rombos. Eso sería digno de ver.

—O podría haberse vuelto obeso —sigue Iris, claramente envalentonada por mi sonrisa—. Ya sabes, de esos que no pueden ver sus propios pies.

—Vale, para —le digo, pero estoy sonriendo—. Es cruel desear la obesidad a alguien.

—¿Más cruel que romperle el corazón a una adolescente el día después de acostarse con ella por primera vez?

Y ahí está. La verdad cruda que siempre duele, por mucho tiempo que pase.

Me quedo en silencio y sopeso nuestras posibilidades, que en realidad es lo único que de verdad importa.

—Tienes razón —digo después de un largo silencio—. No nos queda otra opción.

Iris me mira, sorprendida por mi rendición.

—¿Entonces vamos a...?

—Llamar a mi tía Helen —completo, sintiendo un extraño alivio al decirlo en voz alta—. Preguntarle si su oferta sigue en pie. Si aún necesita ayuda en la librería. Si aún quiere conocer a su sobrina-nieta en persona.

Iris da palmadas, entusiasmada como una niña.

—¡Sí! ¡El trío dinámico se muda al salvaje Oeste!

—Montana no es el Oeste, Iris.

—Todos los sitios con vaqueros son el Oeste para una chica de Portland —declara con absoluta convicción—. Ya estoy visualizando nuestra cafetería vintage en Main Street. Será perfecta. La llamaremos «Vintage Valley». Ahora solo nos hace falta trabajar durante meses como unas mulas para conseguir el dinero suficiente y poder abrirla.

A pesar de todo, su entusiasmo es contagioso. Por un momento, me permito imaginarlo: un espacio acogedor cerca de la librería de mi tía, con muebles rescatados y tazas de colección. Luna creciendo en un lugar donde todos se conocen, donde puede ir en bici sin que me dé un infarto, donde el aire huele a pino y no a tubos de escape.

Un lugar en el que yo fui feliz, aunque no me di cuenta hasta que lo abandoné.

Pero entonces, como un nubarrón en el horizonte, aparece él.

—¿Y si Cole se da cuenta? —pregunto en voz baja—. Luna tiene sus gestos, Iris. La forma en que inclina la cabeza cuando dibuja. Cómo se pasa la mano por el pelo cuando algo la frustra. Su risa... Dios, su risa es idéntica.

Iris cubre mi mano con la suya.

—Entonces, cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Juntas. Como siempre.

Asiento, agradecida por tenerla. Mi familia elegida.

—Además —continúa con una sonrisa traviesa—, si Cole Wellington resulta seguir siendo el mismo capullo egocéntrico de hace siete años, siempre puedo echarle una maldición. Tengo nuevos cristales muy potentes.

Pongo los ojos en blanco.

—Por favor, nada de cristales ni cartas de tarot ni «limpiezas energéticas» cuando lleguemos. La gente ya pensará que somos lo bastante raras.

—Prometo limitar mis rituales al apartamento —dice, levantando solemnemente su mano—. A menos que la situación requiera una intervención cósmica de emergencia.

Consulto mi reloj. Casi es la hora de recoger a Luna.

—Vamos. Tenemos que contarle a una niña de seis años que nos mudamos a un pueblo donde la población de vacas supera a la de personas.

—¡Se va a volver loca! —exclama Iris, dejando un billete bajo su taza—. Lleva meses obsesionada con los caballos y los vaqueros desde que vio esa película de Disney.

Mientras salimos a la llovizna persistente de Seattle, una sensación extraña se instala en mi pecho. Miedo, sí. Incertidumbre, por supuesto. Pero también algo más.

Algo que se parece peligrosamente a la esperanza.

Sunset Valley. Voy a volver a casa. Y esta vez, lo hago con la única parte de Cole que me llevé conmigo. La única que él nunca supo que existía.

Y por supuesto. No tengo ningún interés de volver a verle. Que Dios me ayude.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.



O pulsando [AQUI](#)



¿QUIERES CONOCER SUNSET VALLEY?

SEGUNDA OPORTUNIDAD + HIJA SECRETA + SMALL TOWN

Él es el sheriff del pueblo

Ella es la mujer que lleva siete años evitándole Y la niña que acaba de traer de vuelta... es de ambos

LAUREN

Volver a Sunset Valley es lo último que quiero hacer.

Pero estoy sin dinero, sin opciones, y con una hija de seis años que necesita un hogar. Así que aquí estoy, montando la cafetería vintage de mis sueños e intentando no cruzarme con el único hombre capaz de destrozarme con una sola mirada.

Cole Wellington.

Mi primer amor. Mi primer todo. El hombre al que le di mi virginidad y al día siguiente me destrozó.

En un pueblo de dos mil habitantes, evitarlo es imposible. Especialmente cuando me mira como si los años no hubiesen pasado. Como si aún fuera suya.

Pero hay algo que Cole no sabe: Luna, mi niña de ojos traviesos, es suya.

COLE

Lauren Morgan está de vuelta en mi pueblo. Con una hija.

Y esta vez no pienso dejarla escapar. A ninguna de las dos.

Llevo siete años arrepintiéndome. Siete años imaginando con quién está. Si es feliz.

Me destroza pensar que otro hombre formó una familia con ella.

Pero esa niña... Esa niña es lo más bonito que he visto en mi vida. Tiene los ojos de Lauren, su sonrisa, su risa contagiosa.

No me importa quién sea su padre. Voy a recuperar a Lauren, y voy a ser el padre que esa niña necesita.

Porque Lauren Morgan es mía. Siempre lo ha sido.

Solo tengo que recordárselo.

En Sunset Valley, los secretos salen a la luz... y algunas historias de amor merecen una segunda oportunidad.

SERIE SUNSET VALLEY - LIBRO 1

CONSÍGUELO [AQUÍ](#)



SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela romántica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.

Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy

Página web: <https://oliviadarcyautora.com/>
